



Círculo Rojo

NEGRO SOBRE BLANCO

NEGRO SOBRE BLANCO



JOSEP BOTELLA



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: abril 2020

Depósito legal: AL 657-2020

ISBN: 978-84-1350-819-1

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Josep Botella Gallego

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: DepositPhotos.com

© Imagen de portadilla: <https://lamemoriaviva.wordpress.com/2010/06/23/ociedad-la-fiscalia-de-algeciras-abre-diligencias-por-los-ninos-robados-del-franquismo/>

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

«Aunque nada pueda hacer volver la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no debemos afligirnos, porque la belleza subsiste siempre en el recuerdo».

Esplendor en la hierba
William Wordsworth

Cuervos en el estómago

The thrill is gone

Lew Brown / Ray Henderson (1931) — Chet Baker (1954)

Una mezcla de olor a orines, vómitos y alcohol envolvía la habitación. Se trataba del hedor a derrota, desesperación e impotencia. El frío de otoño le despertó y entre temblores pudo contemplar desde lo más profundo de su ser el penoso estado en que se encontraba. La noche había sido dura. La había pasado bebiendo whisky y fumando hierba en soledad mientras mantenía una conversación triste y derrotista consigo mismo. Aunque trató de ser elocuente, no logró comprender el significado de su propio discurso, hasta que las palabras se convirtieron en un farfallo incomprensible.

Su vida no marchaba bien. Todo a su alrededor se había desmoronado como lo hacen los castillos de arena lamidos por las mareas; poco a poco, pero sin pausa, inexorables, inclementes con la construcción infantil. Sin que se diera a penas cuenta el mundo que había construido desapareció dando paso a un caos interior que lo convertía en la sombra de lo que fue.

Había acumulado problemas como quien acumula ropa sucia en un cesto infinito. Su matrimonio había fracasado dos años atrás y su exmujer, Clara, le ponía todas las trabas posibles para

poder ver a Abril, su hija de diez años. Mantenía una extraña relación con Gemma, una policía de la División Científica que tenía grandes problemas para empatizar e interactuar socialmente, a la que le unía un idilio más sexual que afectivo.

En el terreno profesional tampoco iban las cosas como él quería. Para poco había servido estudiar la carrera de periodismo que acabó como doctor cum laude en Ciencias de la Información. Tuvo trabajos de importancia en periódicos de prestigio. Trabajó como corresponsal para la televisión autonómica, hizo buenos trabajos como periodista de investigación, hasta que cambió su estrella. La gran promesa Julián Salvado, quien parecía apuntar alto se había derrumbado como un castillo de naipes. Ahora con cuarenta y cinco años a sus espaldas, y con el sector de la prensa en profunda crisis, no le había quedado otro remedio que trabajar como freelance para un periódico digital y colaborar con un programa de radio que disfrutaba de una excelente audiencia, pero donde él tan solo colaboraba en una sección mensual de crónica negra.

Las facturas se acumulaban mes a mes y sus ingresos no le permitían hacer demasiados excesos. El alquiler, la hipoteca compartida, los gastos de manutención que debía pasar a su ex, y su afición por la buena comida y la mejor bebida lo asfixiaban.

Bajó a cuatro patas del sofá, que tendría que limpiar más tarde porque había quedado hecho un asco. Se arrastró más que caminó hasta la ducha donde dejó que el agua caliente arramblase al fondo del sumidero solo aquello que el agua y el jabón son capaces de eliminar, el resto de porquería estaba demasiado en su interior como para que pudiese desaparecer con el simple hecho de ducharse.

Se vistió con unos vaqueros y una camiseta y dudó si ponerse alguna prenda más de abrigo. Tenía esa sensación de vacío y frío que dejan al día siguiente las malas curdas. La temperatura había empezado a bajar aquella semana evidenciando que el verano ya había pasado y definitivamente octubre haría honor a su condi-

ción de otoño aferrándose al ciclo de las estaciones, pese a que el cambio climático se empeñase en llevar la contraria.

Finalmente cogió una chaqueta y bajó a la calle. Aquel día tenía una entrevista concertada desde hacía un par de semanas. Un compañero de la radio le había puesto en contacto con alguien que decía tener una información importante que quería difundir. Julián no creía que fuese nada de excesivo interés, de lo contrario aquel compañero hubiese optado por algún otro periodista de mejor reputación dentro de la empresa. Pese a sus reticencias, un informador siempre era alguien a quien agradecer cualquier dato que pudiera aportar un hilo hacia una posible noticia. Aun en sus horas más bajas, el instinto periodístico de Julián salía a flote de vez en cuando entre su sangre dopada.

Le escocían los ojos, y la luz de la mañana fue como una invasión para sus pupilas aún por dilatar. El olor a salitre le picó en la nariz, sensible por toda la cocaína que llevaba consumida. Aquel tipo de vida iba a acabar con él, pensó al tiempo que se dirigía hacia el interior del barrio de la Barceloneta. Dejó el Paseo Juan de Borbón a su espalda y la iglesia de Sant Miquel del Port a su izquierda en busca de la calle d'Escuder por donde llegaría a la calle Baluart y allí el templo, el lugar donde se le pasaban las penas y renacía. Entró en el bar La Cova Fumada que a aquellas horas empezaba a congregar a los parroquianos habituales. Saludó a Josep María y a Magí Solé y se acomodó en su lugar de siempre. En la cocina se afanaba la matriarca, la señora Palmira, que no perdía ojo a su nieto Guillem, quien aprendía los trucos gastronómicos de su abuela. Un aroma a gloria excelsa procedente de los guisos de Palmira llegó hasta la maltrecha nariz del periodista. En la busca desesperada de su recuperación pidió una de las imprescindibles bombas picantes, capipota y un calamar acompañado de los garbanzos más espectaculares que había visto en su puñetera vida. Para contrarrestar los efectos de la resaca se medicó con una cerveza bien fría que funcionó mejor que cualquier analgésico.

Mientras se calentaba un poco más con el carajillo de ron, otra de las medidas paliativas para su jodida dolencia, marcó el teléfono de su amiga Amanda. Un politono con una canción de Bustamante sonaba mientras esperaba que Amanda descolgase. La música se le hizo insufrible y la espera le pareció eterna.

Amanda era una transexual amiga de Julián desde hacía mucho tiempo. Una persona muy importante en su vida, a la que le unía una amistad sincera, y uno de los pilares imprescindibles de su existencia.

—¡Digamelón! —respondieron al otro lado de la línea.

—Mira que eres garrula —dijo Julián sin más.

—¡Ay, chocho! Tú sí que eres desaborío. Si quieres te cuelgo y se acabó el rollo.

—¡Que no!, que te llamo porque tengo una entrevista cerca de tu casa y quería saber si te va bien que pase cuando acabe y cenamos juntos.

—¡Uy! Pues claro. Ahora me pongo a prepararte una tortilla de las que te gustan. Ya sabes que se me hace el culo calderilla cada vez que me llamas. Por cierto, he hablado con tu hija esta mañana. Se marcha el viernes a una excursión con el colegio y necesita que le deje un chubasquero. Anuncian lluvias. Clara le dijo que me llamase para pedírmelo. Ya sabes que yo siempre tengo todo tipo de prendas del fondo de vestuario del teatro. Si no fueras tan capullo te diría que la llamas, pero si lo haces la acabarás liando otra vez.

Amanda trabajaba de utilera en el Teatro Apolo y siempre estaba dispuesta a prestar vestidos de noche a sus amigas, o los cachivaches más raros que uno pudiera imaginar.

—Déjalo. No me líes que bastante tengo ya. Pasaré sobre las nueve. Un beso.

—Un beso es lo que me vas a tener que pagar por la cena, pero con lengua, guapo.

—¡Eres muy ordinaria! —la insultó siguiendo la soez costumbre establecida entre ellos—. Hasta luego —colgó.

Pasó el tiempo que le quedaba hasta la hora de su cita sentado en la barra del bar leyendo *La Vanguardia* de «cabo a rabo». Tenía la costumbre de leer la prensa de atrás hacia delante. Cuando alguien le sorprendía leyendo de ese modo el periódico, se justificaba explicando que un veinticinco por ciento de los lectores de diarios lo hacían de esa manera, que había hasta incluso estudios que analizaban los motivos. En su caso era por que empezaba por la sección de *La Contra*, especialmente si estaba escrita por Víctor Amela, y desde allí retrocedía hasta llegar a las noticias que ya conocía porque se había despertado con ellas escuchándolas por la radio.

Saliendo de la nada apareció a su lado Plàcid, seco como un bacalao y con la mirada más estrábica que se pueda imaginar. Uno de sus ojos miraba hacia el mostrador, vigilante de que no le hicieran indicaciones de abrirse de allí, y el otro se fijaba en la cerveza que quedaba en la copa del periodista. Plàcid era hijo del barrio, nieto del barrio, tataranieto del barrio. Todos sus ancestros habían nacido, vivido y muerto en la Barceloneta. Tan solo había oído hablar de una excepción, el tío Miquel, al que le había dado por emigrar a la Argentina allá por los años 30, y según las cartas que enviaron algunos compatriotas (también del barrio) había desaparecido durante aquella «época infame» mientras acompañaba al exilio al presidente Hipólito Yrigoyen.

Aquel hombre áspero como la arena de la playa de la Barceloneta, antes de que la piqueta acabase con el paisaje de su infancia, antes de que la aplicación de la Ley de Costas edulcorase el litoral barcelonés y el mar inundase de nuevo los ojos de los vecinos de la primera línea. Aquel indígena de aquella parte de la ciudad susurró tímidamente al oído de Julián la contraseña: «Estírate e invítame a un chato de vino amic».

Julián nunca decía no a esa petición de auxilio. Sabía que aquel hombre no se iba a rendir y que su sed era imparable, irreversible,

incurable. Su sed venía de muy lejos, venía de haberse bebido a litros el ambiente salino impregnado en cada rincón de aquella especie de Baixa Pombalina a la catalana.

En una ocasión entre chato y chato, Plàcid le había explicado que había sido el propietario del merendero El Salmonete, quien dice propietario puede decir encargado o tal vez camarero, qué más daba. El caso es que cuando los merenderos o chiringuitos fueron derribados, Plàcid se quedó sin trabajo como tantísima otra gente. Desde entonces no había vuelto a trabajar, se pasaba el tiempo deambulando por las estrechas calles haciendo algún apaño aquí y allá. Para sobrevivir había realquilado un sofá en su «quart de casa», de escasos veinticinco metros, a una vieja amiga a la que tampoco le había sonreído la fortuna, sino tan solo algún que otro cliente de sonrisa poco sincera por las calles del cercano Rabal.

Julián pidió un chato de vino y una ensaladilla rusa para Plàcid que le trató de besar agradecido. Mirando el reloj de Estrella Damm colgado en una de las paredes comprobó que debía marcharse para llegar puntual.

Salió del bar con el tiempo suficiente para ir en autobús hasta el Paral·lel y desde allí pasear hasta el Hotel Villa Emilia en la calle Calabria donde tenía la cita.

El trayecto le había mareado, tenía nauseas, la cabeza le daba vueltas, una bocanada incontrolable de vómito agrio le hizo doblarse entre el hueco de dos coches y devolver lo que habían sido majares, ahora incompatibles al haberse mezclado con los restos de whisky y ácidos de su estómago. Una señora con su hijo de la mano aceleró el paso a la vista de aquella escena escatológica mientras mascullaba su opinión entre dientes.

Julián, aturdido, con la cara embotada y los ojos llorosos a punto de salir de sus órbitas, trató de recomponerse y continuar su camino. Antes de llegar al hotel, paró en un colmado pakistaní y compró chicles de menta extrafuerte para tratar de disimular

el aliento ante su interlocutor. Al llegar al hotel fue al baño, se enjuagó la boca y comenzó a masticar dos pastillas de chicle que le provocaron un lagrimeo de lo más inoportuno. Al final iba a parecer una María Magdalena que inspirase poca credibilidad ante alguien dispuesto a una confidencia o, ¿tal vez el efecto fuese todo lo contrario? Enseguida lo sabría.

Una primavera oscura

Carceleras del puerto

Joaquín de la Oliva / Juan Mostazo (1938)

«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado».

El Generalísimo Franco. Burgos 1.º abril 1939

El Hispano–Suiza K6 Van Vooren, serpenteaba por las maltrechas carreteras que separaban Madrid de Málaga. Un paisaje devastado por tres largos años de contienda hacía del viaje una tortura para alguien poco acostumbrado al trabajo sobre el terreno. Mostrando la piel desgarrada de una España que iniciaba un periplo que le llevaría a lo más profundo del abismo oscuro y tétrico durante casi medio siglo.

El comandante Vallejo-Nájera, director de los Servicios Psiquiátricos del Ejército Franquista, releía postrado en el asiento trasero del coche el último parte de guerra firmado por su líder, del que guardaba una copia como si de un tesoro se tratase. Había pasado algo más de un mes desde el comunicado que marcaba el fin de la contienda, pero el horror aún se prolongaría mucho

tiempo más. Ahora era el momento de reordenar todo aquello que durante la campaña bélica no había sido posible debido a las prisas para no dejar piedra sobre piedra y aniquilar las posiciones de los rojos de sur a norte, y de oeste a este sobre la piel de toro.

En las manos del comandante estaba marcar las líneas psicológicas que permitiesen reforzar aún más la moral de las tropas que acababan de ganar una guerra cruda y sucia que había dividido definitivamente a todo un país. Pero su misión iba aún más allá, su ideología fascista y afín al nazismo, sus enlaces con científicos alemanes que le habían llevado al convencimiento de que era imprescindible purificar la raza y erradicar todo rastro de marxismo en el ser humano. Según él, la degeneración de la raza había ocurrido durante la república, en la que se había permitido que las teorías marxistas, comunistas y anarquista anidasen en lo más profundo de las clases inferiores.

Eran las siete de la tarde cuando el coche llegó a la puerta del penal de Málaga. El aroma de los jazmines en primavera flotaba en el exterior en contraste con el ambiente insalubre que emanaba del interior. Olor a miedo, a represión, a muerte...

El director del penal, junto con una comitiva, esperaba al médico que iba a dirigir el estudio definitivo para reafirmarse en las conclusiones de su ideología.

—A sus órdenes, mi comandante —rugió marcialmente el director de la prisión mientras se cuadraba ante su superior—. Estoy a su disposición. Espero que haya tenido buen viaje.

—Descanse —ordenó el comandante—. Hemos tenido un viaje cansado y tortuoso. Nuestras carreteras están en un estado deplorable después de estos años de contienda, y llegar hasta Málaga nos ha llevado día y medio. Hoy se ha hecho tarde para chácharas, por favor ordene que sirvan algo de cenar a mi chofer. Yo descansaré. Mañana a las ocho empezaremos con una inspección de las reclusas políticas. En cuanto mi equipo se reúna conmigo iniciaremos sin demora nuestros estudios.

El director de prisiones Juan Maroto, era un hombre menudo, de rostro moreno, pulcramente vestido con traje cruzado, y obsesionado por aparentar una clase de la que carecía. Se había informado a fondo sobre Vallejo-Nájera. Sabía que era el psiquiatra elegido directamente por Franco para dirigir los Servicios Psiquiátricos del Ejército Franquista. Había recopilado suficiente información sobre aquel médico. Conocía su influencia sobre el Generalísimo, también que había estado destinado en Alemania durante la Primera Guerra Mundial, y que sus teorías sobre la degeneración de la raza se habían formado en ese aspecto a partir de haber compartido conocimientos con célebres médicos alemanes, visitando hospitales militares y manicomios durante su estancia en el país teutónico. Aquel hombre que dirigía concienzudamente el Gabinete de Investigaciones Psicológicas, estaba llamado a convertir la nación española en una especie de mundo perfecto a los ojos de los fascistas, eliminando cualquier atisbo de comunismo, masonería, anarquismo o cualquiera de las formas que los demonios rojos pudieran adoptar.

Todos los esfuerzos que él, un convencido fascista al servicio de los vencedores, pudiera hacer para facilitar la labor en esa investigación, seguro que le serían reconocidos y recompensados.

La Prisión Provincial de Málaga era unos de los penales de Andalucía donde habían recluso a un gran número de mujeres por sus ideologías, apoyos al Ejército Rojo, o tan solo por cualquier sospecha o calumnia. Era el lugar elegido por Vallejo-Nájera para continuar con la búsqueda diabólica denominada por él como «gen rojo». Había iniciado sus experimentos con la reclusión de cerca de trescientos prisioneros de las brigadas internacionales en el abandonado Monasterio de Cardeña en Burgos, donde colaboraron y supervisaron los estudios miembros de la Gestapo. Su intención en Málaga iba a ir más allá.

El comandante Vallejo-Nájera iba a pasar la noche en la espartana habitación que habían preparado en el módulo de servicios

donde tenían su residencia el director y su familia, y donde se encontraba la cantina para los funcionarios. Habían sido órdenes expresas del psiquiatra, que quería estar en contacto constante con su equipo para poder participar en los experimentos que se iban a llevar a cabo durante las veinticuatro horas del día.

En la soledad de la habitación, el comandante se desabrochó la guerrera cargada de ornamentos militares. Se quitó, no sin gran esfuerzo, las altas botas y se lavó meticulosamente en la jofaina. La imagen que le devolvió el espejo decolorado y desconchado le hizo asustarse de sí mismo; las bolsas bajo los ojos, la boca grande y dura de labios apretados. No era un hombre viejo, pero su aspecto denotaba cansancio. La guerra había sido larga y su labor intensa, y aún le quedaba un largo camino por recorrer. Su guerra no había hecho más que empezar, era ahora cuando podría entregarse a fondo para tratar de erradicar el mal del marxismo de su patria y hacer expiar de sus pecados a los prisioneros y prisioneras recluidos en las cárceles franquistas.

Se puso el pijama y se arrodilló frente al crucifijo que colgaba de la pared de la cama. Estuvo rezando píamente hasta que el dolor en las rodillas se hizo insoportable. Solo Dios, solo él, sería capaz de ayudarle a poder extraer el «gen rojo» de aquellos seres infrahumanos. Su condición de psiquiatra bien podría confundirse con la de un inquisidor, o tal vez algo aún más concreto: la de un exorcista.

Al otro lado de la prisión, en los calabozos más oscuros, una mujer cantaba con honda pena una copla acompañada de un trágico coro de llantos y súplicas.

Pacto con el diablo

Nocturno n.º 20 en do sostenido menor

Chopin (1830)

En uno de los sillones situados junto al piano que hay en el bar del hotel, se encontraba sentado un hombre vestido elegantemente, traje de dos piezas a cuadros en gris marengo y un jersey de cuello alto negro. Junto a él reposaba un sombrero igualmente negro, que iba acariciando como si se tratase de un gato de angora.

Por un momento Julián pensó en dar media vuelta y volver a su casa, tomarse dos diazepam y meterse en la cama hasta estar en mejores condiciones, pero, primero: no había expectativas de «mejores condiciones», y segundo: el hombre ya le había visto e intuía que él era «él».

El caballero se incorporó ágilmente, se dirigió hacia Julián y se presentó.

—¿Es usted el señor Salvado? Yo soy Félix Basté Arañó —proclamó con el convencimiento evidente del que tiene claro a quién se dirige.

Félix Basté Arañó, un hombre de nombre con tres tildes. Era un septuagenario bien plantado, con aspecto de tener una forma física admirable para su edad.

—Si le parece bien, podemos ir a charlar a mi habitación. Será más discreto y podré expresarme tranquilamente. Aquí, a la vista y oídos de cualquiera, no sabría hablar abiertamente y lo que quiero decirle es muy delicado.

No habían pasado dos minutos desde el encuentro y aquel hombre le estaba pidiendo que subiese a su habitación. Aquello iba a parecer un encuentro romántico a ojos de los empleados del hotel. Además, Julián no sabía en absoluto lo que pretendía decirle aquel personaje, y mucho menos de quién se trataba, pero sin dudarlo accedió sin poner ningún reparo.

El hombre introdujo su llave electrónica en el lector de tarjetas del ascensor que identificaba a los huéspedes para evitar que personas ajenas al hotel pudiesen subir a las plantas correspondientes a las habitaciones. Pulsó el botón señalado con el número ocho, y mantuvo silencio mientras duró el trayecto. Julián también estuvo callado, mascando la bola de chicle mentolado.

Frente a la puerta de la habitación, el hombre pasó nuevamente la tarjeta por la cerradura electrónica y cedió el paso a Julián. La habitación estaba impoluta, nada había sido alterado después de que la asistenta la hubiera dejado lista. Tan solo un fular negro colgado del respaldo de una silla y un portafolios de piel que reposaba en una mesa auxiliar. Señal inequívoca de que el hombre ya había subido antes.

—Tome asiento si es tan amable —ordenó Basté cortésmente señalando el sillón que estaba bajo la ventana.

Dejó su sombrero sobre la almohada de la cama. Y ese detalle le extrañó especialmente a Julián. ¿Por qué si ya había estado anteriormente en la habitación y dejado sus pertenencias, había bajado a esperarle con el sombrero, siendo que no tenía intención de salir a la calle? No le dio más importancia a aquella duda que le cruzó como un relámpago por su mente, y se dispuso a coger de la bolsa su BlackBerry y hablar por primera vez.

—Bien, señor Basté. Usted me dirá. ¿Me da permiso para que grabe nuestra conversación?

Julián sentía que la conexión entre su estómago y su cabeza se anudaba a la altura de la garganta tirando de ambos extremos, produciéndole una sensación mezcla de náuseas y migraña. Temía que, si no grababa la conversación, al día siguiente poco pudiese recordar.

— ¡Lo lamento, pero no! —respondió el hombre secamente—. No quiero que haya ninguna prueba de nuestra reunión. Lo que le explicaré debe ser algo entre usted y yo. Tome todas las notas que desee, pero mi voz no debe quedar registrada, ni grabaciones, ni fotografías. Ninguna evidencia. Después de lo que yo le explique, investigue todo lo que pueda o le dejen y publique el resultado, difúndalo lo más ampliamente que le sea posible, pero yo debo quedar al margen.

Mala suerte. Julián guardó la BlackBerry, sacó su Moleskine, su boli Bic, y se dispuso a tomar apuntes en la medida que su cerebro embotado se lo permitiese.

Prefería las notas hechas en grabaciones de voz, se había acostumbrado a aquel sistema, cada vez le daba más pereza escribir. La falta de práctica hacía que le costase entender su propia letra, que parecía de médico. Ojalá y pudiese compararse a un médico, aunque en los últimos tiempos tampoco ser médico era algo que le pudiese garantizar a nadie un estatus mejor que el suyo. Cuántos galenos había hoy en día que luchaban por sobrevivir igual que en su caso. Ese pensamiento le hizo recordar los reproches de su padre cuando decidió decantarse por la carrera de periodismo. Su padre le insistía en que medicina era una carrera seria y que el periodismo le conduciría a tener toda una fuente de problemas. Su padre había sido conserje en la redacción de El Pápus y solo la casualidad de haber estado de baja laboral por una repentina operación de apendicitis le había librado de haber sido él quien muriera en el atentado del 77 perpetrado por la Triple A. Era un

hombre con un gran sentido práctico y estaba convencido de que un puesto de médico en la seguridad social era el mejor de los futuros para su hijo mayor.

Abrió la Moleskine y se dispuso a tomar buena nota de lo que Félix Basté tuviese que explicarle.

Basté se puso en pie, se mesó los cabellos plateados, miró distraídamente por la ventana, lanzó un hondo suspiro y empezó su relato.

Pertenezco a una familia acomodada, podríamos decir que de la burguesía catalana de rancio abolengo. Mi madre fue la hija única de un importante industrial textil descendiente de los Arañó, y mi padre un famoso abogado muy relacionado con el régimen franquista y la Falange. Una familia recta y fiel a unos principios cristianos, involucrada a los intereses del Opus Dei desde sus inicios y benefactora en todas sus causas. Crecí rodeado de todos los privilegios propios de un chico de mi clase social, con una educación esmerada y unas creencias grabadas a fuego con las que he cargado toda la vida. A los veintiocho años me casé con Mariona Ripoll, la que fue mi esposa durante casi cincuenta años. Mariona era la hija mayor de los propietarios de las conocidas Cavas Ripoll, uno de los principales productores de cavas del país. Ya entonces a finales de los años sesenta importaban sus vinos espumosos por medio mundo. Como podrá imaginar, por lo que le relato, mi estatus ha sido siempre el de un hombre acomodado y bien relacionado en muchos ámbitos. Hasta aquí nada extraño. Pero hay algo que me carcome por dentro y que quiero denunciar antes de no estar a tiempo. Ese algo tiene que ver con mi pasado, con mis primeros años de matrimonio y con mi propia existencia.

Julián tomaba notas, tratando de imaginar a qué podía estar refiriéndose aquel hombre. Levantó por un momento el Bic de la libreta y pudo observar que una parte de Basté había abandonado

la habitación. Su cuerpo permanecía inmóvil, con la frente pegada al cristal de la ventana, su mirada fija y perdida en algún lugar del paisaje, los hombros abatidos. Era como si lo hubiesen vaciado, despojado de su ser. Parecía el muñeco de un ventrílocuo, a la espera de que su dueño lo devolviera a la vida. De pronto, tras un parpadeo reiterado, cobró la consciencia y siguió con su relato, mientras Julián devolvía la mirada a las páginas de la libreta, repasando el trazo de lo escrito hasta el momento.

Mi matrimonio con Mariona fue celebrado con gran alegría por ambas familias, era el enlace del año, de la década tal vez. Una boda de la alta sociedad catalana. Nuestros padres estaban encantados con nuestra decisión.

Mariona y yo estábamos muy enamorados y fuimos muy felices. Durante los primeros meses nos dedicamos a viajar. Nuestra luna de miel empezó con una vuelta al mundo que nos tuvo tres meses ocupados. Al finalizar yo retomé mi puesto en el negocio familiar y Mariona, que era una gran aficionada al arte, inauguró una galería de pintura en la calle Consejo de Ciento, al tiempo que retomó sus estudios en la Escuela Massana.

Pasaron los años, nuestra relación era excelente, pero Mariona no lograba quedarse embarazada, y cada vez las preguntas de la familia en las reuniones dominicales sobre nuestra intención de tener descendencia empezaban a hacerse más pesadas. Yo era hijo único, pero Mariona tenía dos hermanas menores y un día su hermana mediana, que recientemente había contraído matrimonio, anunció que estaba embarazada. Mariona lo celebró encantada con sus hermanas y sus padres, pero yo, que conocía sus reacciones, pude intuir que había algo en ella que la hacía desgraciada. Un velo de tristeza cruzó por su mirada. Aquel día al llegar a nuestra casa tuvimos una larga charla.

Mariona estaba apagada y melancólica. No me habló en todo el trayecto hasta llegar casa. A mí me costaba iniciar la conversación que sabía que nos llevaría a una discusión segura, pero debía

hacerlo, debía abordar el tema que empezaba a resultar un grave problema para nuestro matrimonio.

Sé que te sientes desdichada por no poder ser la primera en darle un nieto a tus padres, empecé diciéndole. Eres la mayor y es lo que esperaban de ti y lo que tú más deseabas por ti, por tu familia, por mí. Para mí también es difícil de aceptar. Pronto celebraremos nuestro cuarto aniversario y hemos de tomar una decisión. Todas las pruebas que nos hemos realizado hasta el momento no han servido para nada. Los tratamientos a los que te has sometido no dan frutos. Creo sinceramente que no debemos torturarnos más, tenemos que decidirnos por adoptar.

Mariona me fulminó con la mirada. Ella deseaba un hijo suyo, carne de su carne, sangre de su sangre. Así lo expresaba ella. Era cierto que de nada habían servido los caros y molestos tratamientos a los que se había sometido. No había certeza de que fuera un problema suyo, o que fuese yo quien tenía el problema. El caso era que el embarazo no llegaba y que nosotros estábamos deseosos de tener un hijo cuanto antes. Un varón, un heredero para las familias. Nuestro pensamiento en aquella época distaba mucho de cómo veo yo la vida hoy en día. El paso de los años me ha hecho darme cuenta de tantas cosas... Cosas que, en mi juventud, envuelto en el entorno familiar y social, entendía de forma muy diferente. En ocasiones tan solo la vida es capaz de enseñarte cuáles son las cosas que de verdad importan, y aun así hay quien nunca las aprende.

—Pero... ¿Qué dices? —exclamó Mariona, llevándose el dorso de la mano a los labios—. ¿Una adopción? Eso no entra en mis planes. A saber de quién podría ser. No creo que pudiese soportar la idea de estar criando a quien no haya estado en mi vientre.

—No seas tan exigente. Dios no quiere darnos un hijo de nuestra unión, pero estoy seguro de que serías una madre excelente y harías feliz a una criatura que posiblemente sería desgraciada en otros brazos. Hay muchos niños en el mundo, algunos abandonados por sus madres que no han querido hacerse cargo

de ellos o no han podido soportar la vergüenza de ser madres solteras. Nosotros en cambio podríamos darle todo aquello que necesitase para ser feliz y tener una vida plena.

—De ninguna manera, no estoy dispuesta a traer a esta familia a un bebé que nunca sería aceptado por mis padres. Lo sabes sobradamente. Ni mis padres ni los tuyos aceptarían un nieto que no sea de su sangre. No quiero discutir más sobre esta idea absurda.

Diciendo esto, se encerró en nuestra alcoba, dejándome con la palabra en la boca.

Pasaron los meses y Lucía, mi cuñada, dio a luz a una niña preciosa. El día que fuimos a la clínica a conocerla pudimos ver cómo toda la familia estaba encantada. Allí estaba mi cuñado Jordi orgulloso con su bebé, mi suegro que se lamentaba por los rincones por no haber tenido un nieto varón, aunque se mostraba contento con su hija por haberle hecho abuelo, y mi suegra, el bicho más grande de toda la familia. No hacía más que decirle a Mariona que a qué esperaba, que si tenía algún problema, que si debería ir al médico si era necesario. Obviamente sobre nuestra imposibilidad de no tener hijos no sabían ni una palabra, no eran cosas que se hablasen entre nuestra familia. De nuevo al salir de la clínica el rostro de Mariona delataba su frustración y pesar. Otra vez el silencio de vuelta a casa, un silencio falso porque yo oía con toda claridad cómo los engranajes de su cerebro encajaban los unos con los otros con un sonido tan solo perceptible a los oídos de quienes tienen lazos tan intensos como los que teníamos Mariona y yo. Ella no decía nada, pero se le entendía todo. No era envidia malsana hacia su hermana o su sobrina, no. Era sentirse desgraciada en lo más profundo de su ser por no poder engendrar un hijo tan deseado. De pronto, cuando detuve el coche frente a nuestra casa, me miró clavándome sus ojos y me dijo:

—Júrame que nadie lo sabrá nunca...

El tiempo se paró al decir aquello. Por un momento me dejó desconcertado.

—¿Jurarte el qué?

No hizo falta respuesta. Rápidamente supe a qué se estaba refiriendo.

—Júrame que si adoptamos un hijo nunca nadie sabrá que no es nuestro, que será tan Basté–Ripoll como si yo lo hubiera parido y tú lo hubieses engendrado. Júralo y ocúpate de todo. Yo no podré, no tengo fuerzas para eso.

A partir de entonces todos mis esfuerzos se dirigieron en planear una adopción secreta. En primer lugar, busqué todos los contactos que pudieran ayudarme y que sobre todo fuesen discretos. No podía arriesgarme a preguntar directamente, así que pensé en utilizar a un intermediario.

Por aquel entonces yo dirigía la fábrica textil de la familia, que en aquella época aún estaba en Pueblo Nuevo. Mi abuelo me había cedido el relevo como director general cuando cumplí los treinta años, aunque él seguía en activo supervisando con ojo crítico mis decisiones. El gran Llátzer Arañó, había llevado el negocio textil desde que lo cogió de manos de su padre y a mí me había tocado mantener el nivel de competencia que durante los cuarenta años anteriores había permitido que la fábrica de la familia se hubiese consolidado como una de las empresas textiles más importantes del país y una de las punteras en Europa pese a las grandes dificultades por las que había pasado el sector en Cataluña. Por no hablar del mérito de sobrevivir a una guerra civil y otra mundial.

Fausto Reyes, el director financiero, era mi hombre de confianza. Se trataba de una persona bien conectada y muy apreciada en algunos de los grupos más cultos de la ciudad. Miembro del Círculo del Liceo, del Círculo Ecuéstre, del Club de Polo y de otros clubs de prestigio. Una tarde, antes de acabar el trabajo, le pedí a Reyes que se quedase unos minutos para charlar conmigo. Al instante el ejecutivo se presentó en mi despacho, elegantemente vestido como era habitual en él. Traje de tres piezas de

color chocolate, con camisa blanca y corbata de seda azul con listas granates. Mocasines de piel en color burdeos completaban su atuendo, digno de un anuncio de moda.

—Fausto, tengo que pedirle un favor —le dije en tono serio.

—Usted dirá, señor Basté. Estoy a su disposición en la medida que pueda ayudarle.

Pese a nuestra confianza, siempre hubo un trato de respeto muy profundo entre nosotros. Las normas marcadas por mis antecesores dictaban que la relación entre los propietarios y los empleados nunca debían de traspasar el terreno profesional. Los tratos familiares no estaban bien vistos en nuestra empresa. Respeto; ante todo respeto, distancia y rigor. Eran como las normas de un pequeño ejército.

—Verá, Fausto; sé que usted está muy bien relacionado y para el asunto que preciso no puedo utilizar directamente a mis conocidos. Querría... querría saber en quién podría confiar para optar a una adopción sin trámites burocráticos, sin registros previos. ¿Entiende a lo que me refiero?

—Naturalmente que le entiendo. Conozco a un prestigioso doctor, miembro del Círculo del Liceo, a quien me une una amistad de mucha confianza. Es director de ginecología de la Clínica de La Lactancia, y estoy seguro de que sabrá orientarle. Déjeme que hable con él para ver qué puede decirme sobre su consulta.

—Ante todo, Fausto, necesito la máxima discreción. No hace falta que le diga que se trata de un tema muy delicado y nadie, nadie en absoluto, debe enterarse. Me he atrevido a pedirselo a usted porque sé que es persona discreta y de toda confianza.

—Descuide, señor Basté. Sabe que para mí su confianza es primordial. Nadie sabrá para quién realizo la consulta.

Esa tarde nos despedimos como si hubiésemos tenido una charla habitual sobre trabajo, y no volvimos a hablar del asunto hasta algún tiempo después.

Regresé a casa bajo una intensa lluvia. Mientras el agua resbalaba sobre el parabrisas, como las lágrimas que mi masculinidad evitaban, mis pensamientos volaban una y otra vez sobre la idea de la adopción. Sabía que la estabilidad de mi matrimonio dependía de poder tener un hijo en nuestro hogar, pero también sabía que una adopción nunca sería aceptada por nuestras familias. De ninguna manera sería bien recibido un bebé que no fuese consanguíneo de los Basté–Arañó o de los Ripoll–Casaus. Si definitivamente optábamos por una adopción, nadie debería saber la verdad jamás. Nuestro hijo sería a todos los efectos «nuestro».

Félix Basté hizo un gesto abriendo los brazos, volviéndose hacia mí, y dejando un rastro de vaho en la ventana por la que había dejado volar sus recuerdos. Con aquel gesto trataba de decirme que era todo lo que tenía por explicar por el momento. Se inclinó para tomar su sombrero de fieltro negro y se lo ajustó elegantemente. El gesto me recordó a Leonard Cohen en una de sus actuaciones. Sí. En efecto era a él a quien me había recordado nada más verle. Leonard Cohen, con su aire melancólico, su indumentaria como de ir a un entierro y su sempiterno sombrero. Entendí entonces que aquel hombre iba a todas partes con su sombrero.

—Por el momento no puedo explicarle más —dijo Basté con la voz entrecortada—. Son recuerdos muy duros para mí y lo que quiero decirle me resulta imposible hacerlo de una sola vez.

—Pero, no me ha dicho mucho... —se lamentó el periodista mientras se incorporaba—. Tan solo me ha explicado que tenía la intención de adoptar a una criatura y que su burguesa familia no podía enterarse. No entiendo qué interés periodístico puede tener este asunto. ¿Para qué tanto misterio?

—Entiendo que pueda parecerle banal —dijo Basté interrumpiéndome bruscamente—, pero le aseguro que no lo es. Hay algo

más que ahora me cuesta explicar. Debo tener más tiempo para poder vaciar mi conciencia. Creía que me resultaría más sencillo, nunca antes había hablado de ello con nadie. Veámonos en un par de días y le seguiré explicando mi historia.

—No sé, señor Basté, no sé. Tal vez no sea yo la persona adecuada. ¿Ha probado a hablar con un terapeuta antes de hacerlo con un periodista? —dije tratando de espolear a aquel hombre, que parecía tener un capítulo de su pasado atragantado.

—Es posible que no sea usted la persona adecuada, pero menos aún lo sería un terapeuta. De todos modos, ya he empezado a explicarle a usted muchas más cosas de las que, como le decía antes, le he explicado nunca a nadie: nombres, datos familiares, la adopción... Así que debería seguir escuchándome.

—La verdad es que no dispongo de demasiado tiempo, tengo mucho trabajo y este asunto suyo no veo que me reporte ningún beneficio —le expuso, mintiendo como un bellaco y poniendo la mejor cara de póquer que supo. Si tenía que perder el tiempo, no quería que fuese en vano, aquel hombre olía a dinero y él tenía que atender compromisos económicos mal resueltos.

—Sí, lo suponía. No se apure. Su tiempo, como el de todos, tiene un precio.

Basté era un hombre de negocios y no le había pasado por alto el que su «confesión» a un periodista en horas bajas iba a costarle algunos euros que para él eran calderilla. Como haría un mago pasando la mano por detrás de la oreja de su espectador, hizo aparecer de la nada un rollo de billetes de cincuenta euros atados con una gomita, como si se tratase de dólares americanos en una película. Depositó el cilindro encima de la mesa en la que Julián había estado tomando notas.

Ahora debo marcharme. Quédese el tiempo que desee, la habitación está pagada y también el minibar es suyo —dijo con tono autoritario mientras cogía sus cosas y abandonaba la habitación.

La luz de la lámpara de la mesa se proyectaba sobre la libreta de notas donde los trazos que había realizado semejaban un ejército

de hormigas retorciéndose entre ellos, hasta formar lo que pretendía: letras que unidas adquirían la apariencia de palabras que a su vez encadenadas se convertían en frases que a medida que las leía le devolvían a la historia que Basté trataba de explicarle. De eso se trataba la escritura, el medio de transmisión de conocimiento que durante milenios había servido a la humanidad para avanzar culturalmente, y que él, Julián Salvado, estaba reemplazando por medios electrónicos. Estaba olvidando escribir, estaba perdiendo la práctica de la escritura a mano. El hecho de no haber podido utilizar la grabadora le había obligado a tomar las notas manualmente y además en un día en que tenía las facultades mermadas. Ahora al tratar de entender lo que había escrito se daba cuenta de que su hija Abril, a sus diez años, tenía mucha mejor letra que él.

Apartó la libreta de un manotazo, se incorporó y fue hasta el minibar. La sugerencia de Basté lo había animado a solucionar a su modo la resaca que le acompañaba. Tomó los dos botellines de Ballantine que había en la neverita y los vació en uno de los vasos que reposaban sobre el aparador. Se sentó en la cama y contempló al trasluz el líquido dorado, lo olió, y el vapor provocó un cosquilleo en su nariz. Apuró el whisky en dos largos tragos, se tumbó y se descalzó presionando los talones de los zapatos con las punteras, haciéndolos salir despedidos contra el sillón en el que había estado sentado. El silencio de la habitación junto con el efecto del whisky consiguió que un sopor lo envolviese. Pasó la vista por la habitación pintada en tonos terracota y decorada con muebles de diseño en madera de pino, combinando con el parqué. Reparó en la lámina enmarcada que colgaba de la pared. Una imagen de Buda parecía observarle mientras se le escapaba una leve sonrisa por la comisura de los labios. Fijó la mirada en aquellos ojos rasgados y se quedó profundamente dormido.

Presas

Ojos verdes

M. Quiroga / R. de León / S. Valverde – Miguel de Molina (1931)

El comandante Vallejo-Nájera se había levantado al despuntar el alba, se había vestido de uniforme y sobre este se había puesto una bata blanca sin abrochar, para dejar claro que antes que militar era científico, un científico al servicio del glorioso ejército español, fiel a sus principios e ideales.

Con paso firme se dirigió hasta el despacho del director e hizo que el oficial de guardia le abriese la puerta, dándole instrucciones para que avisase al director Maroto.

Se sentó detrás del escritorio, abrió los cajones en busca de papel y anotó la fecha del día: miércoles, 10 de mayo de 1939, Año de la Victoria.

El despacho era amplio, con las paredes pintadas de color verde. Algunas manchas de humedad habían descascarillado la pintura en las esquinas. En un ángulo un archivador metálico del que pendía un cordel con la llave colgando, dando la impresión de que el contenido poco importaba que pudiese ser fisgoneado por ojos ajenos.

El escritorio una sobria y robusta mesa de roble, sobre la que reposaba una lámpara negra de hierro colado. Junto a esta, una

fotografía en un elegante marco representaba a Montoro vestido con traje corto a lomos de un caballo tordo. «Demasiado caballo para tan poco hombre», pensó Vallejo sin prestar atención a su pensamiento. En aquel momento la puerta se entornó y apareció la cabecita de Montoro seguida de su breve cuerpo, cuadrándose de inmediato.

—¿Da su permiso, mi comandante? Tronó el director, antes de entrar en su propio despacho.

—Adelante, Montoro. Le esperaba hace rato.

La pila de carpetas con expedientes que reposaban en la mesa de roble del director de la prisión era suficiente como para dedicarle semanas de trabajo y el comandante tenía prisa por llegar a alguna conclusión en sus investigaciones.

—Empecemos por el primero —ordenó al director con voz pausada y melosa. La frialdad que desprendía en su trato causaba cierto espanto en sus subordinados.

Maroto tomó entre sus manos sudorosas y regordetas la primera de las carpetas, sacando de su interior dos expedientes cumplimentados a mano.

—Salud Puértolas Sánchez —empezó leyendo Maroto—. Nacida el 15 de julio de 1920 en Nerja. Se la acusa de haber pertenecido al PC, vestir prendas de miliciana con correa y pistola durante la etapa roja, asistir a funerales marxistas para rendir homenaje, de manifestarse de ideas izquierdistas, de llevar bandera de la FAI en manifestaciones y de ser inductora del asesinato de dos guardias civiles. Juzgada en consejo de guerra y condenada a la pena capital. Esta roja aún no ha pasado por las armas por estar encinta y a punto de parir. El juez tuvo clemencia y sentenció esperar a que alumbrara para ejecutarla. Una pérdida de tiempo, a mi humilde modo de ver. Cuanto antes acabemos con toda esta escoria mejor.

—Ahórrese su opinión, es intrascendente. ¡El siguiente! —dijo Vallejo, sin levantar la vista de sus anotaciones.

Maroto apretó los dientes, tomó una nueva carpeta, sacó otro expediente procesal y se dispuso a continuar.

Así pasaron el resto de la mañana, comprobando los expedientes procesales de un buen número de mujeres condenadas y recluidas en la prisión, con las que Vallejo-Nájera estaba dispuesto a realizar sus investigaciones. El comandante seleccionó inicialmente a cincuenta mujeres, entre ellas a catalanas y vascas, a madres cuyos hijos estaban con ellas en la prisión, y a embarazadas. La intención de Vallejo era diversificar sus estudios psicológicos con mujeres de distintas tipologías: según su estado civil, su procedencia geográfica, su condición física, su condición social... Seis de ellas tenían entre quince y veinte años de edad. El resto oscilaba entre los veintinueve y los cincuenta. De las cincuenta mujeres investigadas treinta y tres tenían condena de muerte, diez estaban sentenciadas a cadena perpetua, y el resto se repartían penas de entre doce y veinte años.

—Estas mujeres que he seleccionado no deben ser tocadas físicamente —ordenó Vallejo a Maroto—. Todas ellas deberán pasar un estudio psicológico exhaustivo, y para ello es importante que estén en perfecto estado. Las torturas físicas podrían entorpecer la labor que debo llevar a cabo con ellas. Tiempo habrá de que paguen sus culpas. Inductores y asesinos sufrirán las penas merecidas, la de muerte la más llevadera. Unas padecerán emigración perpetua, lejos de la Madre Patria, a la que no supieron amar; porque también los hijos descastados añoran el amor materno. Otras perderán la libertad, gemirán durante años en prisiones purgando sus delitos, en trabajos forzados para ganarse el pan, y legarán a sus hijos un nombre infame: los que traicionan a la Patria no pueden legar a la descendencia apellidos honrados.

Maroto, bajó la vista y dijo casi en un susurro:

—Mi comandante, algunas de ellas llevan en prisión unos meses y hemos tenido que sacarles la información que necesitábamos utilizando los «métodos precisos».

—¿Como cuáles y a quiénes? —preguntó serenamente Vallejo.

Maroto rebuscó entre los expedientes y tomó uno de ellos, se llevó la punta del dedo pulgar a la lengua para humedecerlo y pellizó una de las hojas para seleccionarla.

—Esta mujer es uno de los casos: Esperanza Álvarez —empezó leyendo Maroto—. Ha sido torturada hasta confesar dónde se escondía su marido, huido de Nájera junto con una cuadrilla de rojos que atentaron contra el secretario del ayuntamiento causándole la muerte.

—¿Qué métodos se utilizaron para conseguir su declaración? —preguntó Vallejo sin dejar de contemplarse sus pulcras uñas.

El director, cerró la carpeta, cogió aire y su mirada se endureció.

—Esa ballena asquerosa no quería soltar prenda. Mis hombres tuvieron que emplearse a fondo. Después de días de muchas hostias sin conseguir más que lamentos y balbuceos estúpidos les pedí que la sometiesen a una reducción de peso. Le cortamos filetes de su propia carne. Empezamos por los costados y seguimos por las nalgas y piernas. A esa escoria le sobraba mucha grasa. Supongo que nos lo agradeció ya que después de cuatro días, cantó y nos dijo todo lo que queríamos saber. Hace poco más de una semana que la guardia civil dio con los fugados. Estaban escondidos como ratas en la casa de campo de unos familiares esperando para poder huir de Andalucía. Cuando llegaron «los civiles» no les dio tiempo a reaccionar, los pillaron por sorpresa y los cosieron a balazos. Cayeron los milicianos, junto con toda la familia, sin compasión.

—Entiendo... —murmuró el comandante, como si no quisiera que Maroto interpretase como una aprobación aquella afirmación.

En aquel momento el funcionario que hacía las veces de ayudante de Maroto los interrumpió.

—Mi comandante, ¿da su permiso? —dijo al asomar la cabeza cuando abrió prudentemente la puerta, dirigiéndose a la persona

de mayor rango, aunque percibió que a su jefe, el director de la prisión, no le hacía ninguna gracia haber quedado relegado a la categoría de subordinado—. Sus ayudantes acaban de llegar a la prisión y me han pedido que le avisase.

—¡Ya era hora! —gruñó Vallejo incorporándose y haciendo una señal a Maroto con la mano y las cejas urgiéndole a seguirle.

Fundido a negro

Space Oddity

David Bowie (1969)

Cuando despertó ya había anochecido. Tardó en recordar dónde se encontraba. Poco a poco fue recobrando la consciencia y recomponiendo lo ocurrido aquel día: la resaca, Basté, su historia... Se encontraba mejor, el sueño había sido reparador y parecía que su cuerpo había asimilado el alcohol, aunque al incorporarse sintió una punzada en el costado derecho, señal inequívoca de que su hígado no iba a olvidar aquel maltrato. La habitación había quedado iluminada únicamente por la lámpara de sobremesa, suficiente como para poder permitirle llegar al baño sin tener que ir palpando por las paredes. Frente al inodoro se bajó los pantalones y desaguó una enorme, cálida y sonora meada que le hizo estremecerse. Se lavó las manos y la cara en un lavabo immaculado y en el que le costó averiguar cómo se conseguía hacer fluir el agua a través del moderno sistema de infrarrojos. La mullida toalla le hizo sentirse bien y no dudó en introducir en su bolsa la que no había utilizado. Sería un bonito detalle para Amanda.

Salió de la habitación sin apagar la luz. Pulsó el botón del ascensor y bajó sin necesidad de introducir en esta ocasión la llave.

Salir del hotel no precisaba de los dispositivos de seguridad que filtraban el acceso a los visitantes del hotel que no estaban alojados.

Una vez en la calle, alcanzó con paso decidido la Gran Vía y se sumergió en la estación del metro de Rocafort. A esas horas estaba muy concurrida y Julián se sintió reconfortado. Siempre le había gustado viajar en el metro a las horas punta, era un urbanita convencido, se sentía protegido en el anonimato que le ofrecía la gran ciudad. Poder estar rodeado de cientos de personas y pasar inadvertido para él era, en cierto modo, como ser invisible.

El tren entró en la estación con puntualidad británica, del tipo de puntualidad británica de la de antes de las privatizaciones, cuando los trenes en el Reino Unido eran referencia mundial en el cumplimiento de los horarios. Los pasajeros esperaron cívicamente a que abandonasen el vagón los que se apeaban en aquella estación, todos excepto un tipo con estética de skinhead neonazi que hacía rato merodeaba por el andén siguiendo el ritmo de la música que sonaba en el interior de su brillante cabeza, a través de unos auriculares diminutos, mientras buscaba las miradas de los pasajeros retándolos en un duelo estúpido. A Julián se le cruzaron los cables. La falta de respeto a las normas más básicas de convivencia era algo que no soportaba. Esperó a subir el último al vagón. El skin se había quedado en la entrada, junto a la puerta, con la frente apoyada en el cristal, molestando la salida y la entrada en cada estación, con los ojos entornados y mascullando entre dientes la letra de la canción, mientras restregaba en el vidrio su gran cabeza circuncidada como un gran pene. Julián se colocó tras él, y en el mismo momento en que sonó la señal acústica, justo en el momento en que empezaba a cerrarse la puerta, propinó una patada seca y contundente en la espalda del skin, que salió despedido del vagón dándose de bruces contra el suelo del andén, sin comprender todavía quién o que lo había expulsado del tren. Mientras el metro iniciaba la marcha, Julián tuvo tiempo de ver cómo el skin corría tras el convoy buscando

al culpable y clamando venganza, mientras juraba en hebreo. Algo inesperado en un neonazi.

En el interior del vagón los pasajeros se quedaron atónitos. Hubo quien recriminó a Julián diciéndole que aquellas no eran formas de solucionar las cosas. Una señora mayor le dijo que había hecho muy bien, que se habían perdido las formas y que era la hora de la «mano dura». Una jovencita cargada con su carpeta de la universidad, no apartaba la vista de Julián con cara de sorpresa, aunque Julián prefirió ver en su expresión un atisbo de lujuria. Se mantuvieron la mirada mientras la joven se mordisqueaba el labio inferior. Cuántas veces se había llegado a enamorar mientras viajaba en metro. Eran amores pasajeros, que duraban lo que su amada tardaba en bajar del metro, o hasta incluso en algunas ocasiones se había prolongado el romance; habían coincidido en bajar en la misma estación, salir por la misma salida y hasta incluso ir en la misma dirección. Recordaba una ocasión en que estuvo cruzando miradas furtivas, sonrisas cómplices durante muchas paradas y se produjo esa situación de bajar en la misma estación, salir por la misma boca del metro, andar por la misma calle, siempre él detrás de ella, hasta que la rebasó lanzándole un beso y diciéndole adiós. Julián entró en el periódico y de pronto vio como la chica entraba tras él. Creyó que había triunfado, pero resultó que la joven era la hija de su jefe. «Tierra trágame», pensó Julián.

En esta ocasión el flirteo visual duró poco. La joven se apeó en la estación de España igual que un gran número de viajeros que a su vez eran reemplazados por otros viajeros. La magia se desvaneció lentamente, como el humo producido por glicerina y vapor, mezclándose entre el denso ambiente del metro a hora punta.

Las dos paradas que restaban hasta su destino se sucedieron como en un suspiro sin dar tiempo a Julián a repasar las notas que había tomado en la entrevista con Basté. Cuando quiso entender su letra llegó a su destino: Plaza de Sants. Saltó más que bajó del tren, estando a punto de quedarse en el interior.

Cruzó el largo pasillo flanqueado por paneles de color naranja y gris hasta llegar a la salida de la misma Plaza de Sants con la calle Galileo. Nada más asomar a la superficie, mirando hacia la izquierda, se podía contemplar la silueta del imponente edificio construido en los años cincuenta que quedaba enmarcado entre las calles Joan Güell y Galileo. Era allí donde vivía su amiga Amanda, el lugar donde encontraba refugio cada vez que lo precisaba, y esas ocasiones eran muchas. Cruzó el Paseo de Sant Antoni sin esperar a que el semáforo se lo permitiese y se plantó en el número 10 de la misma plaza, picó al timbre de Amanda que vivía en uno de los pisos más altos y esperó respuesta. Tuvo que insistir con varios timbrazos largos antes de que la inconfundible voz de su amiga le respondiera.

—¿Sííí? ¿Quién es?

—Soy yo, Amanda, abre.

—¡Uy! Es «él»... Ya te abro, corazón —respondió pulsando el interruptor de apertura que sonó como si un millón de abejas se hubieran confabulado en aquel instante.

Subió en dos zancadas los cinco escalones que separaban el vestíbulo de la entrada del rellano donde se encontraba el ascensor, pulsó el botón de llamada y esperó pacientemente mientras contemplaba cómo el contador digital indicaba los pisos por donde pasaba el ascensor, siempre lo había comparado con una cuenta atrás: 6, 5, 4, 3, 2, 1, 0... Esperó... Nada. No hubo explosión, nunca la había, tan solo ocurrió que las puertas correderas interiores le cedieron el paso al pequeño habitáculo. Era uno de esos ascensores antiguos, hoy reconvertidos según las nuevas normativas. De esos que a la primera de cambio te dejan colgado entre dos pisos. Ya le había pasado en una ocasión; le gustó aquella experiencia, contrariamente a lo que a muchas personas les ocurre, a él le agradó. Se limitó a sentarse, dejar la mente en blanco y esperar a que llegasen los bomberos. El tiempo que pasó encerrado en el ascensor fue como regresar al vientre materno.

Encerrado allí, en paz, aislado del mundo, flotando en el vacío, dependiendo del cable que sujetaba el ascensor como un inmenso cordón umbilical. Adoptó la postura fetal y se sumió en un estado de placidez. Imaginó estar flotando en líquido amniótico repleto de proteínas, carbohidratos, fosfolípidos, lípidos, urea, electrolitos, y antes de ser evacuado, incluso orina fetal.

Desembarcó del ascensor en el rellano de la vivienda de Amanda y un olor dulce a cebolla sofrita le condujo hasta la puerta del piso, que cedió al empujarla suavemente, siguió por el pasillo el aroma de lo que era una inconfundible y excelente tortilla de patatas con cebolla. Llegó a la cocina y allí estaba Amanda con sus auriculares puestos, camiseta gris de tirantes, mallas de color fucsia, zapatillas Nordikas, de espaldas a la entrada y afanada en los fogones mientras meneaba el culo al ritmo de alguna canción de moda. Julián se acercó a ella y la cogió por la cintura haciéndola moverse al compás que él marcaba, besándola al mismo tiempo en el cuello.

—¡Hola, Arguiñana! —dijo Julián tratando de ser cortés sin conseguirlo.

—¡Te has adelantado! Pensaba que me avisarías antes de venir—respondió Amanda con un mohín de recriminación.

Amanda era pequeña, no más de un metro sesenta, delgada, con una forma física envidiable. Hacía tiempo que había dejado de ser joven, pero era ahora en su madurez cuando el otoño se había instalado en la comisura de sus labios, en el contorno de sus ojos, en sus manos, en los pliegues de su cuello. Era ahora, en ese momento, cuando a Julián le parecía más hermosa que nunca.

—¿Has llamado a Clara? ¿Has hablado con Abril? —preguntó Amanda. Y sin darle tiempo a responder continuó—: Lo imaginaba. Eres un desastre Jul, nunca vas a cambiar. Vale que no quieras hablar con tu ex, pero a la niña tienes que llamarla, no puedes ignorar a todo el mundo. No quiero ser paliza, pero coge

el teléfono y llama a Abril, de lo contrario no te voy a dar tortilla —le amenazó en tono autoritario.

—Está bieeeeeen —aceptó Julián arrastrando la palabra.

Se dirigió al salón para llamar, no sin antes abrir la nevera y coger una cerveza, y tomó el teléfono; un modelo kitsch que imitaba un zapato de tacón de aguja. Con aquel instrumento en la mano desde el que trataba de llamar a su hija tenía la sensación de que era imposible tener conversaciones serias. Le vino a la mente una imagen en la que recordaba a Leónidas Breznev en calzoncillos hablando por teléfono, y lo imaginó, en plena guerra fría, tratando de convencer a su rival americano utilizando un teléfono como aquel: «¡No, míster Ford, no! Nuestra postura en la conferencia de Helsinki es inamovible»...

Al segundo timbrado contestó con un escueto «diga» una voz femenina muy familiar para Julián, que le hizo borrar de la mente a Breznev, sus calzoncillos y la guerra fría. Era Clara.

Hola, Clara. Soy Julián. Quiero hablar con Abril —respondió seca y autoritariamente.

Al otro lado de la línea se hizo un silencio cargado de significado, seguido de unos segundos de incertidumbre, ante los que Julián estuvo a punto de impacientarse.

—Un momento —respondió Clara sin emoción en la voz.

—¡Abril! —pudo escuchar desde algún lugar distante del teléfono—. Tu padre quiere hablar contigo.

Un instante después la alegre y cantarina voz de Abril sonaba a través del auricular.

—¡Hola, papá!

—¡Hola, mi amor! ¿Cómo está la flor más bella de mi primavera? —preguntó Julián utilizando aquella metáfora con la que se refería a Abril desde que nació.

—¡Bien! Hoy he quedado primera en las pruebas de natación y me he clasificado para el Campeonato de España Junior —le

explicó a su padre con contenida alegría—. ¿Vendrás? Es en Madrid, en diciembre —continuó explicando la pequeña.

—¡Qué grande eres, Abril! Claro, claro que iré. Iremos juntos y celebraremos tu triunfo seguro. Estoy muy contento.

—Sí, ya... También me dijiste que vendrías hoy y no has estado. ¿Por qué no has venido?

—Lo siento, Abril. Papá ha tenido una emergencia en el trabajo y me ha sido imposible llegar, pero ya ves que te estoy llamando para interesarme —mintió Julián a su hija.

No se había acordado de la prueba de Abril. El colocón de la noche anterior y la correspondiente resaca habían borrado de su mente el compromiso con su hija, aunque probablemente si hubiera ido sin avisar hubiera tenido una bronca monumental con Clara, quien ya le había advertido que no quería verlo por la piscina.

Te prometo que a los campeonatos de Madrid sí que iré. Allí estaré viendo cómo te colocan una medalla. Tú ahora debes entrenar y estudiar.

—Vale, papá. ¿Cuándo nos veremos? —preguntó inocentemente la niña.

—Pronto, muy pronto... Ahora tengo que colgar. Me esperan para entregar una noticia de última hora. Adiós, pequeña. Un beso muy grande, amor.

—Adiós, papi.

El vacío que quedó en la línea telefónica no era comparable con el que sentía Julián en su interior. La base de un iceberg en la Antártida no podía ser más gélida y oscura que el corazón de aquel hombre en aquellos momentos. Situaciones como esa, se producían cada vez con más frecuencia. Era consciente de que decepcionaba a su hija y a él mismo, creándole un sentimiento de culpa que lo sumía en una gran pena. Había desarrollado un mecanismo en su mente que le hacía olvidar los compromisos con Abril tan solo para evitar los vergonzosos espectáculos que

Clara formaba delante de cualquiera, fuesen familiares, padres de compañeras de Abril, o delante de sus amigas, no le importaba dónde o cuándo fuese, siempre que Julián aparecía en alguna fiesta, algún entreno de natación, en la puerta del colegio, habiendo avisado, o por sorpresa. Daba lo mismo, era un juego sucio psicológico que los arrastraba a todos. Esa era una de las razones que hacían a Julián «olvidar» las citas para evitar males mayores. Sabía que no era la forma de llevar la relación con su hija, pero habían caído en un círculo vicioso, sobre todo él, un grandioso círculo de drogas, alcohol y amnesia selectiva.

—Ya lo sé... —afirmó Amanda que aparecía por la puerta del salón con un plato donde humeaba una tortilla espectacular—. Antes me ha llamado Clara y me ha puesto al corriente. No has ido a la prueba de clasificación de Abril. Esta chica está fatal. Un día le va a dar algo serio —vaticinó Amanda poniendo pose de pitonisa—. Cambia la cara que esto ya no es nuevo para ti. Vamos a comernos esta obra de arte que está para chuparse los dedos.

Pero Julián no encajaba bien aquellas situaciones y le costaba remontarlas. Pese a ello hizo un esfuerzo por su amiga, que se había esmerado en prepararle aquella maravillosa tortilla. Amanda, la bella Amanda, la persona que lo había acogido siempre desde su reencuentro, incondicionalmente, sin juzgarlo, sin condenarlo. Suspiró profundamente al tiempo que abría su cartera, sacaba la mullida toalla que había robado del hotel y la dejaba debajo del zapatófono con tacón de aguja.

Uña y carne

Over the rainbow

Harold Arlen / Yip Harburg (1939)

Julián y Armando eran dos buenos colegas en el colegio. Habían empezado la primaria juntos en los Maristas de Sants. Con el tiempo se convirtieron en carne y uña, en el colegio les llamaban «los inseparables». A ninguno de los dos les gustaban especialmente los deportes, eran más aficionados a las actividades de teatro y musicales.

Armando era el más débil de los dos, poca cosa y algo enclenque, así que Julián, alto y fortachón, siempre lo defendía de los depredadores que se metían con él. La fragilidad de Armando la compensaba con un carácter extrovertido. Su soltura en el escenario lo convertía en protagonista de todas las obras que se llevaban a cabo en el colegio. Era un crío popular en la escuela. Julián por el contrario era introvertido y le costaba más hacer amigos, en cambio con Armando se entendía a la perfección.

Los años iban pasando y la relación entre los muchachos seguía siendo excelente, tanto en la escuela como fuera de ella. Julián era un liconcete, siempre rodeado de muchas novietas. En cambio, a Armando no le interesaba nada más que el teatro. Vivía para la interpretación.

De repente algo pasó. Una mañana al llegar a clase, Julián no vio a Armando, su pupitre estaba vacío. No le extrañó. Pensó que podía estar enfermo. Al salir de la escuela se acercó hasta su casa, pero tampoco encontró a nadie. Lo estuvo llamando por teléfono, pero nadie respondió. La ausencia se prolongó dos días, tres, una semana, hasta que Julián preguntó a su profesora, quien le explicó que Armando no volvería a la escuela. Cuando Julián le preguntó el motivo, la profesora le respondió que su familia se había tenido que mudar repentinamente de ciudad porque al padre de Armando le habían trasladado en su trabajo. Julián no podía creerlo. Se lo explicó a su madre entre sollozos; su amigo del alma había desaparecido, se había evaporado sin despedirse, sin ninguna palabra, sin ninguna explicación. Eran íntimos desde la primera infancia y ahora con catorce años se había marchado sin más. No podía creerlo. No entendía por qué Armando no le había explicado el porqué tenía que marcharse, esas cosas no se deciden de un día para otro. Trató de entender los motivos que su profesora y sus padres le explicaron. Las prioridades del trabajo del cabeza de familia, la obligación de la madre y los hijos de seguir al patriarca y razones similares propias de aquella época. Esos motivos no eran discutibles para un chico de su edad. Así que llegó a la conclusión de que Armando debió de asumir su rol de buen hijo y prescindir de todo y todos los que hasta aquel momento de su vida habían formado su pequeño universo. Seguro que allá donde se hubieran marchado volvería a encontrar otros amigos iguales o mejores que él y que podría dedicarse a la interpretación lejos de aquella escuela de barrio con olor a sotana rancia.

A partir de entonces, Julián se encerró aún más en sí mismo. Ya no tenía a nadie de confianza en la escuela. Dejó el grupo de teatro, abandonó todas las actividades extraescolares organizadas por el colegio y se inscribió en el Sensei, uno de los gimnasios del barrio donde se impartían clases de artes marciales. Él, que nunca antes se había interesado por los deportes, sustituyó su afición al

teatro por la práctica del Taekwondo, y llenó el vacío que dejó la ausencia de su gran amigo invirtiendo todo su tiempo libre en aprender las técnicas del combate.

Introducirse en el mundo de las artes marciales le enseñó valores que hasta entonces nadie le había inculcado. De la mano del Shihan fundador y director del gimnasio, fue aprendiendo disciplina, autocontrol, coraje, lealtad, perseverancia, valor... Siempre había pensado que durante aquellos años en el Sensei había aprendido conceptos que le habían servido en la vida mucho más que los conocimientos adquiridos en la escuela o la universidad. El deporte y en especial el Taekwondo habían marcado su existencia convirtiéndolo en lo que había sido y ya no era. Maldito matrimonio, maldito alcohol, malditas drogas.

En el Sensei se había preparado a fondo y había competido a un alto nivel consiguiendo dos campeonatos de Cataluña y un campeonato de España. Cuando abandonó el gimnasio para dedicarse a su trabajo como periodista había conseguido su quinto Dan. Lo dejó, muy a su pesar, pero era difícil mantener el nivel y la exigencia de las artes marciales y compatibilizarlo con otro tipo de lucha: conseguir ascender en el periódico. Desde entonces nunca más volvió a vestir el dobok, el uniforme que se utiliza en la práctica de las artes marciales coreanas, sencillamente lo cambió por la corbata y la americana. El uniforme que se utiliza en el mundo capitalista.

Era septiembre de 2001 y una parte del mundo se había roto. Los atentados del 11-S en New York habían cambiado todos los proyectos que el periódico tenía en marcha y los equipos de redacción estaban inmersos en cubrir las noticias que durante aquellos días estaban centradas en Estados Unidos, Afganistán y en lo que iba a pasar desde entonces.

En aquella época Julián era jefe del área internacional en La Vanguardia y, como era lógico, estaba colapsado de trabajo. Se pasaba el día entero delante del ordenador, colgado al teléfono tratando de contrastar las noticias que llegaban continuamente a la redacción y repartiendo las tareas entre su equipo. Sus jornadas eran interminables y tan solo aparecía por su casa para dormir unas horas, ducharse, afeitarse y cambiarse de ropa. Hacía tan solo un año que su hija había nacido y tres desde su matrimonio con Clara. Su relación con ella ya había pasado por momentos complicados y la pareja trató de buscar la estabilidad teniendo un hijo, algo que causó, como suele pasar, el efecto contrario. Si las cosas eran complicadas entre ellos dos, con la llegada de Abril y la implicación de Julián en el periódico se habían acrecentado aún más los problemas y un enorme abismo se abría entre la pareja.

Sentado en la barra de la cafetería La Oca, donde acostumbraba a desayunar y tomarse océanos de café, revisaba sus mensajes en el teléfono móvil mientras comía distraídamente un bocadillo. Se sentó a su lado una joven elegantemente vestida con un traje de chaqueta de color beige y una blusa blanca, intencionadamente desabrochada hasta el límite de la frontera donde su ropa interior adquiriría el protagonismo buscado. El radar masculino de Julián detectó la presencia y casi involuntariamente le hizo lanzar una rápida mirada de inspección que satisfizo su curiosidad. La mujer le daba ligeramente la espalda, los cabellos le ocultaban parcialmente el rostro y Julián se entretuvo observando con disimulo cómo ella rasgaba el sobre de azúcar, lo vertía en su café y removía lentamente el líquido negro. Todos los movimientos de aquella mujer aparentaban estar estudiados. Le pareció como si se tratase de una coreografía planificada con esmero. La postura erguida en el taburete, ligeramente ladeada, las piernas cruzadas, el gemelo izquierdo contra la tibia derecha, casi como soldado a ella, la mano izquierda ligeramente apoyada en la barra y levemente separada del cuerpo, mientras las puntas del pulgar y el

índice de la derecha sujetaban la cucharilla con la presión justa. El resto de los dedos permanecían plegados contra la palma de la mano, clavándose las uñas pintadas de color rojo amapola. Y en el medio de toda aquella obra de ingeniería, un pecho rotundo que destacaba entre los pliegues de la blusa apuntando directamente hacia la barra. Un pecho que a Julián se le antojó algo excesivo para aquel cuerpo. Reparó de nuevo en las manos cuando ella pasó de la taza del café a su bolso; manos grandes, poco femeninas, aunque cuidadas delicadamente. De pronto ella giró su rostro hacia el de él, clavándole la mirada y esbozando una sonrisa. Julián no hubiera sabido ponerle edad; ¿veintimuchos? ¿Treinta y pocos? Ella separó los labios perfilados en carmín a juego con la laca de uñas, y habló:

—Hola, Julián —dijo enigmáticamente con voz andrógina, que contrastaba con la sonrisa femenina y sensual que mostraba.

Julián se quedó con el bocado interrumpido y se apresuró a tragar sin haberlo masticado correctamente. Abrió los ojos como platos tratando de adivinar de qué podía conocerle aquella joven.

—Perdona; ¿nos conocemos? —acertó a preguntar.

—Nos conocimos hace muchos años —respondió ella continuando con el tono enigmático. Parecía como si estuviera iniciando un juego de adivinanzas—. Fuimos juntos a la escuela, en la EGB —explicó sin más detalles.

—Pues me vas a disculpar, pero no te recuerdo. Seguro que hemos cambiado mucho.

—Tú no has cambiado demasiado Julián, te he reconocido de inmediato. Pero es normal que tú a mí no me reconozcas tan fácilmente. Me llamo Amanda, pero tú me conociste como Armando.

Dicen los expertos que quedar en estado de shock puede llegar a matar a una persona. La sorpresa que representó para Julián descubrir que su antiguo amigo de la infancia había sido por unos minutos la fuente de atracción que lo distraía de su comida, que

se trataba de aquella mujer hermosa y deslumbrante, lo dejó literalmente en ese estado que empieza por deteriorar los tejidos, a dejarte sin oxígeno suficiente en el cerebro y posteriormente continúa con el corazón, los pulmones, los riñones... Su rostro se petrificó, la mandíbula batiente, las glándulas salivares segregando sin medida, sin poder controlar un hilillo de baba estúpida resbalando por la comisura de los labios.

—Qué bruta soy. Ya lo sabía, me lo tenía repetido cien veces: «Amanda ve con cuidado al explicarle quién eres», pero no. Y es que no puedo evitarlo. ¡Zas!, voy y te lo suelto así, de sopetón. Loca, una loca del coño es lo que soy.

Julián seguía sin saber qué decir. Más aún cuando escuchó cómo se expresaba Armando, Amanda, o quien realmente fuera aquella persona que él aún era incapaz de asociar a un recuerdo pretérito. Ni el físico, ni la voz, ni la manera de hablar le recordaban a aquel chico que un día desapareció de su vida. Era cierto que habían pasado muchos años, pero por mucho que trataba de hurgar en los pliegues de su cerebro, allí no quedaba nada, ni el más mínimo recuerdo que le permitiese una asociación. De pronto algo encajó en su bricolaje cerebral. Fueron solo unos segundos, cuando Amanda abrió desmesuradamente los ojos mientras se mordía el labio inferior en señal de desesperación buscando ayuda divina. Ese gesto personal le devolvió la imagen del Armando infantil haciendo lo mismo en más de una ocasión, cuando no le salía una escena en el teatro escolar, o cuando en los juegos infantiles se veía apurado.

—¿Armando? —balbuceó Julián regresando del mundo de los catatónicos.

—Llámame mejor Amanda, por favor.

—Amanda, perdón. Pero, desde cuándo has cambiado de... de...

—De sexo —dijo ella afirmando y mirándolo a los ojos.

—Sí, eso, de sexo. Disculpa si te estoy pareciendo algo estúpido, pero la verdad es que me has sorprendido mucho. No esperaba encontrarte, pero aún menos encontrarte convertida en una mujer.

—Amanda le sostuvo la mirada sin decir nada, tan solo esperando a que Julián apartase la vista de ella, o la mantuviese a modo de aceptación de la nueva situación. Una costumbre que con el paso del tiempo se tornó una práctica con la que Amanda hacía una primera valoración de la reacción de la persona que advertía por primera vez su transformación.

Un cura como Dios no manda

¿A quién le importa?

Carlos Berlanga / Nacho Canut - Alaska (1986)

La lucha por encontrar una identidad propia siempre resulta difícil para un adolescente, pero para un adolescente transexual al que han arrancado de su entorno puede resultar transcendental en su vida. Eso fue lo que le pasó a Armando cuando su padre decidió trasladarse de nuevo a su Plasencia natal. No entendía por qué su hijo se vestía continuamente con la ropa de su madre y se ponía sus zapatos, bisutería y pinturas. Por qué aquel crío jugaba con muñecas y cocinillas improvisadas y se sabía todo el repertorio de las folclóricas del momento. El colmo llegó cuando un día, a la vuelta del colegio, Armando le explicó a su madre que uno de sus profesores lo acosaba con caricias, besos y tocamientos. El señor Armando padre focalizó su rabia en el pequeño a quien creyó inductor de aquel hecho. Aquel hombre que había cruzado la península Ibérica de oeste a este, casi mil kilómetros, en busca de un futuro mejor en una gran ciudad como Barcelona. Una promesa de prosperidad lo había arrastrado hasta la capital catalana, donde se instaló y tuvo la oportunidad de prosperar y formar una familia, aunque nunca llegó a sentirse parte de aquella tierra. Sus orígenes le devolvían en cualquier oportunidad a su patria chica y

el extraño comportamiento de su hijo, que no logró entender, le hizo creer que aquella ciudad había contribuido a ello. Pensó que la solución era regresar a un entorno más tranquilo. Fue la excusa perfecta para recoger las ilusiones proyectadas antaño y regresar con su familia a Plasencia, una razón profundamente egoísta y equivocada.

Pasaron los años y el joven Armando se encontraba atrapado sin remedio en una confusión que lo angustiaba y le causaba continuos problemas en su entorno. Ni él, ni su familia, y mucho menos el ambiente provinciano de su nuevo hogar contribuía a dar salida a su verdadera sexualidad. Por fortuna encontró a alguien que supo entender y explicarle lo que le estaba sucediendo. Don Miguel, el párroco de la parroquia de Santa Elena, había escuchado al muchacho repetidas veces en secreto de confesión explicarle sus secretos más íntimos. Curiosamente aquel hombre de fe entendió el sufrimiento de aquel muchacho que renegaba de su cuerpo de varón. El sacerdote investigó acerca de aquel trastorno y trató de aconsejarle.

Una tarde del frío invierno plasentino el cura se reunió con los padres de Armando en su casa y abordó el tema.

—Vuestro hijo sufre —les dijo—. Eso es algo que vosotros sabéis y estoy seguro que sufrís con él. Es complicado entender lo que ocurre, y más fácil todavía confundirse. Os trasladasteis de nuevo aquí buscando una solución al problema, pero de nada sirve huir, cambiar de ciudad. El chico se encuentra perdido y es imprescindible buscar la ayuda necesaria. He estado informándome y hay endocrinólogos especializados en estos casos.

—Mi hijo no necesita un médico —lo interrumpió Armando visiblemente enojado—. Ese crío es un afeminado, lo que necesita es irse a la mili y que le enseñen a ser un hombre.

—Lucía —dijo el cura dirigiéndose a la madre de Armando—, tú mejor que nadie conoces a tu hijo y sabes que lo que digo es verdad. No se trata de un afeminado ni es homosexual. El chico es transexual, una mujer atrapada en un cuerpo de hombre.

Armando no entendía lo que aquel cura le explicaba, sentía que la sangre le subía a la cabeza. No entendía, ni quería entender. Su mujer no había oído hablar nunca de aquello, no pudo contener el llanto y buscó esperanza apretando entre sus manos el colgante de la Virgen del Puerto que siempre llevaba consigo.

—Desde luego la solución no pasa por alzarse en cólera ni en llorar —dijo el párroco sensatamente.

—¡A tomar por culo! ¡Fuera de mi casa! Ni usted que es un cura como Dios no manda ni nadie van a venir aquí a decirme cómo tratar al mariconazo de mi hijo.

Aquel hombre cerril, confundido, con convicciones ancladas en una época pretérita que desgraciadamente aún se daba en tanta gente, no estaba dispuesto a ceder un centímetro en su empecinamiento homófobo.

El destino quiso que el muchacho llegase a casa en el momento en que se tenía aquella conversación y escuchó desde la puerta lo que su padre le decía a su amigo el sacerdote. Al día siguiente, de madrugada tomó el primer tren hacia Madrid, abandonó su casa, aquella ciudad y a su familia. Tenía diecisiete años.

Bangkok le pareció el lugar más caótico del mundo. El tráfico feroz, los vendedores de todo tipo de mercancías diseminados por cualquier lugar, el río Chao Phrayala, espina dorsal de la ciudad, surcado por cientos de embarcaciones. Pese a todo aquel barullo se sentía en paz después de muchos años.

Se estaba recuperando de la operación de reasignación de sexo que durante tanto tiempo había preparado y que tanto esfuerzo y sacrificios le había costado. Años de confusión y búsqueda desesperada de una reafirmación de su identidad hasta definirse a sí misma como mujer. Visitas a caros endocrinólogos especia-

lizados, peregrinajes por médicos de cabecera y psicólogos de la seguridad social, hasta que finalmente encontró un psiquiatra que lo supo encauzar hacia el camino que tomó. Reemprendió el tratamiento de hormonas que en otras ocasiones había iniciado, pero que ahora iba a ser el definitivo. Dieciocho meses después estuvo lista para viajar a Tailandia y someterse a la operación que transformaría sus órganos sexuales.

Mientras contemplaba cómo las cúpulas del templo Wat Arun se teñían de carmín, su pensamiento volvió a los dolorosos años que había pasado buscándose la vida en Madrid, aceptando de mala gana trabajos mal pagados en bares de copas, gogó en discotecas, dependienta en un sex shop. Hasta que conoció a un empresario teatral con quien inició una relación, y que le ofreció la posibilidad de trabajar en su teatro como ayudante de utilería, lo que le permitió abrirse camino en la selva de la gran ciudad.

Ahora, convertida totalmente en lo que había deseado desde siempre, había decidido que emprendería una nueva etapa. Había recibido una oferta de trabajo del Teatro Apolo de Barcelona, deseaba regresar a la que había sido su ciudad durante la infancia y de la que no se había podido olvidar. Su nueva vida le esperaba para dar continuidad a su proyecto vital.

Pseudociencia

La hija de Juan Simón

C. Camps / M. Torres / D. Montorio — Angelillo (1935)

El día era limpio y luminoso y grupos de vencejos revoloteaban alrededor del penal de Málaga, envidiados por cualquiera que pudiese observarlos desde el interior de aquel reducto de la ignominia.

El comandante se incorporó dejando a un lado los expedientes de las reclusas y centrando su pensamiento en el propósito que lo había llevado hasta allí.

—Con mi equipo aquí, no hay tiempo que perder. Debo coordinarlos y ponernos a trabajar de inmediato. Ocúpese de que las cincuenta reclusas seleccionadas estén lo más separadas posible entre ellas y fórmelas dentro de dos horas en el patio. Acompáñeme para reunirme con mis hombres.

Diciendo esto alcanzó con grandes zancadas y paso marcial el corredor que llevaba a las dependencias centrales, mientras hacía restallar los tacones de sus altas botas anunciando su presencia anticipadamente.

Mientras tanto en la sala de reuniones se encontraba el equipo de trabajo de confianza del comandante, que se había trasladado desde San Pedro de Cardeña, en Burgos, donde habían estado

estudiando a los Brigadistas reclusos en aquel campo de concentración. El viaje fue duro, al igual que el del comandante, y los hombres estaban fatigados del viaje. Allí se encontraban, entre otros, los médicos: Enrique Conde Gargollo, Agustín del Río, y el alférez jurídico y criminólogo Miguel Fernández Rivera, quienes habían sido punta de lanza en los distintos estudios que dirigía Vallejo-Nájera sobre los prisioneros de guerra en manos de las fuerzas nacionales salvadoras de España.

Hasta el interior de la sala llegó el sonido de los tacones del comandante que, primero como un rumor, y pronto como un auténtico tiroteo anunció la inminente presencia del director de los Servicios Psiquiátricos del Ejército franquista.

Maroto se adelantó al psiquiatra y abrió la puerta haciendo prácticamente las funciones de un *chamberlain*, anunciando la entrada del comandante médico.

—¡Atención! ¡El comandante! —gritó el director de la prisión.

Inmediatamente todos los presentes en la sala procedieron a cuadrarse y saludar castrensemente a su jefe.

—¡Descansen! —dijo Vallejo después de pasar la mirada por encima de aquellos hombres polvorientos, que habían recorrido la península de norte a sur.

—Señores, no hay tiempo que perder. Tenemos un trabajo que empezar de inmediato, tiempo tendrán más tarde de lavarse y descansar. Ahora presten atención a lo que voy a explicarles sobre los trabajos que deberemos llevar a cabo en esta prisión y que nos ayudarán a complementar y reafirmar los estudios que hasta ahora hemos venido haciendo con distintos ámbitos de prisioneros. Hemos investigado a presos políticos que cumplen condena por su pertenencia a organizaciones marxistas, nacionalistas vascos que sorprendentemente son portadores de una «paradoja»: la mezcla de fanatismo religioso con el político. Marxistas catalanes que se convierten en enemigos de la patria por fanáticos marxistas y antiespañoles. Por último, los estudios que acaban

ustedes de dejar sobre los brigadistas internacionales y que nos está reportando conclusiones que podíamos imaginar; se trata de revolucionarios natos, movilizados por complejos de rencor y resentimiento, fracasados social y profesionalmente pertenecientes a las clases subalternas. Mantienen pese a todo sus ideas y principios dejando claro tratarse de fanáticos. Algunos de ustedes ya me han escuchado decir en más de una ocasión que se debe recordar para comprender la activísima participación del sexo femenino en la revolución marxista, su característica labilidad psíquica, la debilidad del equilibrio mental, la menor resistencia a las influencias ambientales, la inseguridad del control sobre la personalidad cuando desaparecen los frenos que contienen socialmente a la mujer y se liberan las inhibiciones frenatrices de las impulsiones instintivas; entonces se despierta en el sexo femenino el instinto de crueldad y rebasa todas las posibilidades imaginadas, precisamente por faltarle las inhibiciones inteligentes y lógicas. Caracteriza la crueldad femenina que no queda satisfecha con la ejecución del crimen, sino que aumenta durante su comisión. El hecho es tanto más digno de atención cuanto que la mujer suele desentenderse de la política, aunque su fanatismo o ideas religiosas la hayan impulsado en los últimos años a mezclarse activamente en ella, aparte de que en las revueltas políticas tengan ocasión de satisfacer sus apetencias sexuales latentes.

Por esto y por muchos otros aspectos que vamos a demostrar, estoy convencido de que nuestro trabajo en esta prisión con los diferentes modelos de reclusas a las que vamos a estudiar, nos dará claras conclusiones acerca de cómo deberemos actuar para salvaguardar la raza en nuestra patria.

Contradicción

Nem às paredes confesso

Artur Ribeiro (Amália Rodrigues)

Un mensaje en el teléfono le indicaba que Basté le convocaba a un nuevo encuentro en el mismo lugar que la primera vez. Era un texto escueto:

«Jueves, 18:00 h. Hotel Villa Emilia. Junto al piano. Le espero».

Julián leyó el mensaje con cierta apatía. Se había comprometido con Félix Basté y había aceptado su dinero, así que no podía dejar de ir a la cita. Aunque su olfato le decía que aquel asunto no le iba a traer más que problemas. Lo que le había contado Basté hasta el momento no era demasiado, pero intuía que aquel hombre iba a destapar algo que implicaría a demasiada gente poderosa.

El día de la cita pasó la mañana repasando sus notas y navegando por internet buscando información sobre las familias a las que se había referido Basté. Se bebió un par de cervezas y decidió parar cuando cogió del frigorífico la tercera. Debía estar sobrio para el encuentro. No quería que le pasase como la vez anterior en la que casi no fue capaz de escribir. Quería encontrarse al cien por cien para tratar de entender qué le quería transmitir aquel hombre, y poder decidir qué iba a hacer con aquella historia que

le empezaba a despertar su instinto profesional, aletargado durante mucho tiempo.

Salió de casa, cerró con llave, bajó el primer tramo de escaleras, se detuvo y pensó. Regresó al piso y fue directo hasta el cajón donde guardaba los medicamentos, tomó dos diazepam y dijo en voz alta: «Hoy los necesito», para qué tal vez le oyese su otro yo, ese que todos tenemos y al que recurrimos de vez en cuando para explicarle en voz alta lo que nos preocupa o lo que necesitamos justificar. Ese otro yo que en ocasiones se muestra comprensivo y tolerante y en otros momentos crítico y censor. En aquel momento a Julián le funcionó, aunque muy en su interior sonaba un repiqueteo de reproche que ignoró y aplastó como quien pisa una colilla para que deje de humear.

Siguiendo su costumbre se fue callejeando dejándose arrastrar por sus pasos mientras los psicotrópicos hacían su efecto. Al llegar al final del Paseo de Colón, justo al pie del monumento del Almirante, tomó un taxi que le llevó Paralel arriba. El tráfico era denso a esa hora de la tarde y el taxista, un paquistaní que escuchaba música qawwali, se afanaba en tratar evitar quedarse atascado en el carril taxi, dando volantazos a derecha e izquierda, lo que provocaba que se uniese al sonido de la música el tintineo del colgante con versículos coránicos que llevaba sujeto al retrovisor.

—No es necesario que vaya tan deprisa —sugirió Julián al comprobar que aquel hombre no tenía intención de quedar atrapado en el tráfico—. Le agradezco que quiera llegar pronto, pero me interesaría llegar sano y salvo.

—¿Todo el mundo prisa y usted no? Yo ya no saber qué hacer para gente estar contenta —respondió el taxista en el mejor castellano que sabía—.

Si correr quejas, si no correr quejas, da igual qué hacer...

—No se ofenda, amigo —dijo Julián atajando el disgusto del hombre debido a su comentario—. Voy bien de tiempo, no se preocupe. Por cierto ¿qué es lo que suena en su CD?

El taxista pareció cambiar de humor con aquella pregunta y respondió de inmediato:

—¡Ah! Es el legendario King Khan. Muy famoso en Pakistán. Hace mezcla del qawwali con música occidental. Bueno, muy bueno, gusta mucho. ¿Gusta a ti?

—Bueno, no entiendo demasiado, pero suena bien. Con este tráfico, dentro de tu taxi y con esta música, es como si estuviéramos circulando por medio de Karachi. Eres el segundo taxista pakistaní que cojo y veo que tenéis una forma de conducir muy similar, aunque no dista mucho de los taxistas autóctonos. En cambio, el sonido ambiente sí que es muy diferente. Se hace extraño no escuchar la emisora del radiotaxi y a Justo Molinero de fondo.

—¡Oh! Yo oído hablar de Justo Molinero, un líder de radio entre taxis Barcelona, pero no para conductores de Pakistán. Nosotros ya bastantes conductores de mi país, dentro de poco hacer asociación, poner nombre Pak Taxi. Así será mejor para nosotros y para clientes. Queremos explicar a otros compañeros las normas de taxis para mejor servicio y convivencia con compañeros del sector. Tú recordar mi nombre, apunta. Me llamo Khan, como el músico que te he dicho, si necesitas alguna vez taxi, este es mi número —dijo tendiéndole una tarjeta escrita en catalán, castellano, urdú e inglés, que por el dorso anunciaba una tienda de alimentación con servicio 24 horas.

Entre vaivenes, bocinazos y frenazos, Khan se fue abriendo paso hasta alcanzar el ensanche y a los pocos minutos dejaba a Julián en la puerta del hotel.

—Ya sabes, si tú necesitar taxi, llamar y Khan listo para transporte —dijo el taxista antes de arrancar su Skoda Octavia amarillo y negro para perderse entre el tráfico calle Calabria arriba.

En el bar del hotel reinaba la calma bajo una luz tenue y una melodía, que Julián no supo identificar, flotaba en el ambiente. El contraste entre el taxi de Khan, el tráfico y aquel espacio donde

acababa de entrar le aturdieron y no pudo por menos que dejarse caer en uno de los sofás. Se curvó y sujetó su rostro con las palmas de las manos. Un sentimiento de profunda tristeza se apoderó de él, vinieron a su mente recuerdos que revoloteaban en su interior como pájaros negros. Una idea abstracta, de abandono, de todo el tiempo perdido, de las personas que había dejado atrás o de las que se alejaban inexorablemente poco a poco, pero de forma constante, de los que habían muerto y nunca más volvería a ver...

El camarero lo sacó de su eventual pozo cuando se acercó y le preguntó:

—¿Está usted bien? ¿Necesita alguna cosa?

—Sí, gracias. Tan solo estoy un poco mareado. Estoy esperando a una persona, mientras tanto tráigame un whisky... No, mejor una Coca-Cola —se corrigió haciendo un esfuerzo titánico para él.

—Recuerde: nada de aparatos tecnológicos, ni audio, ni fotos. Tome notas si quiere, pero nada más. Basté parecía ser poco amante de las nuevas tecnologías y a Julián le costaba tomar notas, se había convertido en un perezoso, nada que ver con su etapa de aprendizaje donde no había más remedio que apuntar a vuela pluma las lecciones de periodismo que Josep Pernau le ofrecía. Todo un pozo de sapiencia aquel Pernau, un «gato viejo», periodista de raza que en la etapa de Julián como becario tuvo la suerte de conocer.

La habitación en la que Basté se disponía a continuar con su «confesión» era la misma que en el anterior encuentro, parecía como si hubiera estado desocupada entre una entrevista y otra. Julián intuyó que aquel hombre era un asiduo del hotel al que siempre ofrecían aquella habitación.

—No se preocupe, entendí el mensaje a la primera. Como verá no he sacado en ningún momento ningún dispositivo, tan

solo mi Moleskine y un bolígrafo barato y sin trampas —dijo Julián, al tiempo que extraía la mina del bolígrafo y miraba a través del tubo de plástico transparente.

Basté le miró como a un bicho raro. No parecía ser un hombre con demasiado sentido del humor. Ignoró el comentario y el teatro de Julián, tomó posición frente a la gran ventana, volvió a perder la mirada en algún punto lejano, un lugar indefinido a donde parecía regresar para obtener sus recuerdos, y empezó a hablar. El tono del habla, el ritmo, el énfasis adquiriría matices muy diferentes cuando narraba su historia. Porque el habla es mucho más que palabras y frases. En el primer encuentro Julián no había percibido aquel efecto. No estaba en buenas condiciones aquel día, pero ahora, más sobrio y con los sentidos menos embotados, pudo apreciar como Basté se introducía en su mundo interno y le hablaba desde aquel remoto lugar.

—Hace tiempo que aprendí, y lo creo firmemente, que la plenitud de mi sabiduría la alcancé cuando me di cuenta que no sé. Todo lo que he aprendido durante mi vida me lleva a esa conclusión, no sé. En realidad, ¿quién sabe? Los afligidos acostumbran a desperdiciar sus fuerzas intentando retener, y terminan sintiendo desconsuelo y pesar por la pérdida, y ninguna alegría por lo obtenido.

Basté hizo una pausa, se quedó flotando en aquel infinito al que pertenecía durante sus charlas con Julián. Una pausa excesiva, un punto y aparte granítico, pesado, casi ruidoso. Al tiempo en que Julián articulaba el primer sonido de la palabra correspondiente a la pregunta que iba a formular, Basté reanudó su discurso, chocando levemente los dos fonemas. Basté prosiguió:

—Fausto Reyes, mi hombre de confianza, el director financiero de mi empresa. ¿Lo recuerda? Le hablé de él y de sus contactos.

—Lo recuerdo. Me habló de Reyes y de la amistad que le unía a este con..., déjeme ver mis notas. Sí, el director de ginecología de la Clínica de La Lactancia, un amigo de la máxima confianza

y miembro del Círculo del Liceo. No mencionó el nombre del médico en cuestión.

—No, no mencioné el nombre del doctor —dijo Basté remarcando la negación sobre la identidad del ginecólogo—. Semanas más tarde, una mañana a primera hora, Fausto se presentó en mi despacho.

—Buenos días, señor Basté. ¿Tendría usted unos minutos? Querría hablarle sobre un asunto importante. Tiene relación con el encargo que me hizo.

—Naturalmente, Fausto, pase y cierre la puerta —respondió Basté de inmediato mientras colgaba su abrigo de alpaca gris en el perchero.

—Anoche pude charlar con mi amigo, el médico del que le hablé. Estrenaban Norma en el Liceo y coincidimos en el Círculo en un descanso de la representación. No fue casual, le había explicado con anterioridad en una conversación telefónica, escueta y sin demasiados datos, del interés de unos conocidos por una adopción, una adopción sin burocracias y discreta.

—Gran interpretación de la Caballé, ¿no te parece, doctor? —comentó Reyes a modo de introducción a la conversación con su amigo, a quien abordó por la espalda mientras este contemplaba el retrato que Ramón Casas realizó de Júlia Peraire, su musa. En aquella pintura podía observarse a una joven de mejillas arreboladas, mirada perdida y llena de dolor, de una belleza incuestionable. Arropada con una tela amarilla que contrasta con la oscuridad del fondo y en la que los pliegues sugieren un erotismo inusual para la época. La fuerza que trasmite la escena

mantenía abstraído al médico a quien le costó responder a la pregunta.

—La Sargantain te tiene absorto —insistió Reyes— Es una gran obra. Casas estaba fascinado por esa mujer.

—Eso parece —respondió al fin el ginecólogo— Casas pintó a Júlia en todas sus facetas, pero a mí este cuadro es el que más me atrae. ¿Qué puede trastornar más a un artista que una mujer bella?

—Una mujer bella que cante bien. En la ópera de esta noche dos mujeres bellas y con voces extraordinarias me tienen loco de amor: Montserrat Caballé y Fiorenza Cossotto, empastan sus voces de manera extraordinaria. Lamento no saber pintar como Casas para crear mis propias musas —dijo Reyes mesándose el cabello con la misma mano con la que sujetaba su cigarrillo Dunhill que humeaba desprendiendo un aroma dulzón característico del mejor tabaco inglés.

Querido amigo, eres un romántico. Aunque en efecto coincidido contigo en que las dos divas cantan fenomenalmente. Pero sospecho que no me abordas esta noche para hablar de pintura y de ópera, aunque el marco sea el ideal —sentenció el ginecólogo tratando de encauzar la conversación a asuntos más sustanciosos para él.

—En efecto —continuó Reyes—. Tal como te comenté, tengo unos amigos de muy buena familia que están interesados en poder adoptar una criatura, pero prefieren evitar la burocracia y los pasos previos. Ya sabes, personas de bien, de raza, serias y afines al régimen —acabó diciendo Reyes mientras exhalaba la última calada de su cigarrillo.

—Entiendo —afirmó el médico mirando cómo las volutas de humo se perdían por la sala—. Hablamos de algo muy serio, pero por fortuna soy la persona idónea para poder ayudar a tus conocidos, aunque es un proceso costoso. Hay que «solucionar» algunos asuntos intermedios que requieren algo de tiempo y dinero.

Pero tratándose de personas tan respetables como dices, le daré la máxima prioridad. Eso sí, necesito verme con ellos personalmente. Diles que pidan cita a mi secretaria mañana mismo, trataré de recibirles lo antes posible. Mientras tanto me iré informando acerca de la disponibilidad para una adopción.

Sonaron los avisos del inicio del segundo acto y en ese instante Reyes tendió la mano a su amigo agradeciéndole su buena predisposición y recordándole la necesidad de la máxima discreción.

—No es necesario que me insistas sobre ese aspecto, eso es algo obvio en estos asuntos. Todos piden lo mismo, aunque al final estas acciones son siempre por el bien de la raza y nada debería preocuparnos. Hacemos lo que es debido, solo que evitando papeleos. Disfruta de Norma y las cantantes —giró sobre sus talones y se perdió entre el público que ocupaba el salón de los espejos y que ya empezaba a desfilarse hacia sus localidades.

—Una semana más tarde de aquel encuentro me reunía con el médico en su consulta privada —explicó Basté a Julián.

—¡Un momento! —interrumpió Julián— Si era el director de ginecología de la Clínica de La Lactancia, ¿por qué no se reunió con él en la misma clínica?

—Su consulta privada era más discreta que la clínica. Aquel lugar era por aquel entonces una de las maternidades más populares en la ciudad y a mí igual que al doctor nos pareció mucho mejor un encuentro más discreto.

»Me costó convencer a mi esposa para que me acompañase. Ella, como le expliqué en nuestra reunión anterior, no quería participar en los trámites de la adopción, pero le hice ver que era mejor que fuésemos juntos a la entrevista con el ginecólogo, aquel encuentro bien podría servir de tapadera. Dejarnos ver en la consulta era parte de una simulación de una visita convencional. A

los ojos de quienes pudieran vernos serviría para hacer creer que Mariona podía estar embarazada.

»Aquel enero de 1970 una ola de frío polar asolaba la ciudad y Mariona temblaba acurrucada en mi regazo. Estaba aterida y hecha un manojo de nervios. La consulta ginecológica se encontraba en una céntrica calle del ensanche de la ciudad. Una finca regia proyectada por el arquitecto Manuel Sayrach, conocida como La Casa Montserrat, un lugar al que he regresado en otras ocasiones con fines muy diferentes. Pese a tener muchas otras visitas, por fortuna no tuvimos que esperar a ser atendidos y nos reunimos con el médico de inmediato. Ni a mi esposa ni a mí nos hubiera hecho sentir cómodos cruzarnos con las miradas de los futuros padres y madres, que esperaban ser atendidos leyendo las revistas de actualidad que inundaban la sala de espera. Y mucho menos hubiéramos sido capaces de fingir una conversación sobre natalidad.

»Aquel hombre tenía claro cuál era el modo de poder asignarnos un bebé. No era, ni mucho menos, la primera ocasión en que realizaba un trámite de aquel tipo. Supe desde el primer momento en que cruzamos una palabra que estábamos hablando de negocios, los he hecho durante toda mi vida y le puedo garantizar que aquello fue un trato económico y que nuestro interlocutor era un hábil negociador, y su red era tupida y fiable como lo era la estructura del régimen del que éramos adeptos todos los de nuestra clase. Un régimen que durante décadas había urdido una trama para el reparto de niños y niñas entre sus afines a cambio de generosas compensaciones económicas, aunque lo más deplorable, vil y diabólico era que no tan solo era una cuestión de dinero, sino un método eficaz para la higiene genética. Bebés de madres de las clases más desfavorecidas y de rojas prisioneras fueron repartidos entre casas de bien, seminarios, conventos y casas cuna, hasta no hace demasiados años.

»Nuestro médico era un hombre de modales exquisitos y fue amable y claro con nosotros, aunque no supo disimular su interés

económico y nos pidió dinero desde el primer momento. A partir de aquella entrevista, y en las restantes en las que me encontré con aquel hombre, no le vi como a un médico; sencillamente era un traficante, una herramienta para conseguir nuestro objetivo. Un negociador hambriento de dinero. ¡Un millón! —Basté hizo un silencio prolongado.

—¿Un millón de pesetas? —preguntó Julián tratando de que Basté reanudase su monólogo.

Basté cerró los ojos y apoyo la frente en la cristalera, e introdujo ambas manos en los bolsillos de los pantalones como si de pronto un viento helado le hubiera hecho estremecerse. Con su indumentaria de riguroso negro y su pelo gris peinado hacia atrás, semejava un cuervo con las alas plegadas.

—Un millón de pesetas de 1970 era mucho dinero. Aún para mí representaba un problema reunirlo sin dar explicaciones. Dispuse de todo el efectivo que tenía guardado, pero no fue suficiente y me vi obligado a fabular un negocio ficticio con un proveedor extranjero al que debería pagar en efectivo. No fue sencillo, pero el director del banco no pudo negarse a entregarme el dinero a cambio de presentarle unas facturas tan falsas como mi amistad con él.

»Aquel fin de semana anunciamos a nuestras familias que íbamos a ser padres. Organizamos una comida familiar en el Club de Polo, y Mariona hizo su papel a la perfección. Nunca la había visto hacer una interpretación de forma tan convincente y natural. Todos quedaron sorprendidos. Después de tanto tiempo las dudas sobre las posibilidades de tener descendencia ya se habían extendido entre nuestras familias, pero quedaron disipadas por completo aquella gélida mañana de domingo, tan fría como me pareció Mariona. Sus ganas de ser madre superaban en mucho todos los prejuicios que inicialmente había tenido.

»Una semana después de nuestra visita, regresé yo solo a la consulta de La Casa Montserrat, con parte del dinero, para hacer

el primer pago tal como acordamos. En aquella ocasión el médico me dio la clave para organizar lo que fue nuestra coartada, que nos permitió seguir adelante con aquella farsa. Me explicó que en seis meses estarían en condiciones de entregarnos un bebé, un varón, tal y como nosotros habíamos exigido. La entrega debería de hacerla en Madrid, era el mejor modo de garantizarnos que podrían cumplir con los plazos acordados. Rápidamente pensé que aquel contratiempo inicial se convertiría en algo que nos vendría muy bien. Pocos meses atrás había enviado a una persona en mi lugar para poner en marcha nuestra nueva delegación en Lisboa, pero no estaba funcionando con la eficacia que yo exigía, así que en aquel momento me encajaron todas las piezas. Me pondría personalmente al frente del proyecto y me llevaría a Mariona conmigo, sería la excusa perfecta para que nadie sospechase nada en absoluto. Lisboa sería nuestro refugio hasta que todo estuviera dispuesto para recoger al bebé en Madrid y continuar hacia nuestra ciudad convertidos en padres.

»Al llegar a casa le expliqué mi plan a Mariona que, para mi sorpresa, aceptó sin reparos, y se dispuso a preparar nuestra marcha. Tres semanas más tarde nos trasladábamos a una suite del hotel Tivoli en la céntrica Avenida da Liberdade. La Lisboa de los años setenta resultó un lugar perfecto para pasar desapercibidos. Por aquel entonces no conocíamos todavía a nadie en la ciudad, y en las contadas ocasiones en que nos vimos comprometidos en alguna recepción de la embajada, o con mis socios en el proceso de implantación de nuestra sucursal, pudimos esquivarlos excusándonos, argumentando que Mariona sufría un embarazo de riesgo y debía descansar.

»La puesta en marcha de la nueva delegación de Lisboa resultó laboriosa y me tuvo mucho tiempo ocupado. Habíamos conseguido el contrato que nos permitía el suministro de telas para la confección de los uniformes del ejército portugués. En aquellos años Portugal se encontraba en un periodo de cambios. El dicta-

dor fascista Oliveira Salazar, que había gobernado el país durante los últimos cuarenta y ocho años, fallecería en julio, después de llevar dos años incapacitado para gobernar debido a un accidente. Portugal estaba sumido en una dura guerra colonial, insoponible para la débil economía del país más pobre de Europa. Se comentaba en algunos círculos que los cambios políticos no se harían esperar, pero mientras tanto la vida en Lisboa transcurría tranquila y lentamente para quienes solo esperaban el paso de los días. Durante aquellos meses Mariona se convirtió en una experta conocedora de la capital, su pasión por el arte la llevó a interesarse por aquella ciudad, sus monumentos, sus barrios, su historia. Una urbe decadente, pero con una fuerza y un encanto que para ella se convirtió en un bálsamo que eclipsaba la farsa en la que nos encontrábamos inmersos. Ella no hablaba demasiado sobre la adopción, sabía que yo le había prometido encargarme de todo y asumiendo que así sería, se dedicó a esperar y fingir su papel.

Discretamente vestida y abrigada con un chaquetón de lana verde modelo Bromleigh New York, que combinaba elegantemente con una colección infinita de fulares, Mariona salía a pasear cada mañana temprano, mezclándose entre los lisboetas que iban a sus trabajos Avenida Liberdade abajo, hasta alcanzar la Plaza de Rossio con sus sinuosos mosaicos blancos y negros, el centro neurálgico de la ciudad. Desde allí, alcanzaba la Rua Áurea, para tomar el Elevador de Santa Justa, salvando el desnivel que existe desde la Baixa Pombalina y el Chiado en el Barrio Alto. Una vez allí cumplía con su rutina y se acomodaba en una de las mesas de la cafetería A Brasileira para tomar el primer café del día.

—Una bica, por favor —solicitó a Joao, el camarero que cada día le atendía con una sonrisa.

—Un café fuerte y corto para la «dama de verde» —repitió Joao a su compañero que atendía la cafetera detrás de la barra, llamándola por el sobrenombre por el que ya la conocían en el café.

Mariona estaba encantada con el trato que le dispensaban en A Brasileira, y se dejaba envolver por la calidez del local, sus paredes repletas de espejos, los murales que colgaban de las paredes, el intenso aroma a café tostado y recién molido. Así dejaba pasar las horas leyendo y estudiando todos los libros de arte que caían en sus manos.

Fue allí donde una mañana lluviosa conoció a quien haría que se enamorase definitivamente de aquella ciudad y de su gente, en especial de alguna de su gente. La Rua Garret se había convertido en un torrente que descendía hacia la Baixa y una mujer corrió a refugiarse en la cafetería que se encontraba llena a rebosar. La mujer se había cubierto con un pañuelo que apenas dejaba ver unos ojos negros de una profundidad abismal. Rápidamente, Mariona le indicó que se sentara a su lado y la mujer sin dudarle la obedeció. Mariona se quitó su fular y se lo ofreció a la mujer para que se secara. Al retirar el pañuelo empapado la reconoció de inmediato. Se trataba de Amalia Maluda, una de las artistas más conocidas de Portugal, la mujer había destacado por su faceta como cantante de fados y últimamente como pintora.

—Muchas gracias, me he calado hasta los huesos —dijo en portugués—. Es usted muy amable. La tromba de agua que está cayendo me ha sorprendido de repente. He bajado del coche de un conocido y de pronto el mar me ha caído encima. El café ha sido el primer lugar donde he podido refugiarme. Pero, por lo que veo, no he sido la única. Esto está a rebosar

Amalia continuó de corrido la historia de todo su periplo bajo la lluvia, utilizando como era natural su idioma, y Mariona no la interrumpió hasta finalizar, no enterándose prácticamente de nada de lo que le decía. Tan solo cuando Amalia se percató de la mirada perdida de la española, esta se atrevió a balbucear:

—Disculpe, pero es que no soy portuguesa, soy española. Llevo en Lisboa unas semanas y todavía no comprendo demasiado el idioma. Lo siento.

—¿Perdone! —exclamó la artista, cambiando a un español impecable y repitiendo su monólogo sin ahorrar una coma en la traducción.

Antes de que pudiese acabar, media cafetería se había congregado frente a la mesa que ocupaban las dos mujeres haciendo cola para solicitarle un autógrafo.

—¿Nos marchamos? Creo que ha escampado y podemos aprovechar para salir. ¿Me permite que le enseñe algo del mundo del fado? —susurró discretamente Amalia cerca del oído de Marionna.

Antes de abandonar el local, Amalia regaló sonrisas, besos, abrazos y autógrafos para todo el que se lo pidió. Tomó a Marionna de la mano y nada más salir se montaron en un característico taxi Mercedes 180D negro y verde, que estaba aparcado en la puerta.

—Rua Sao Bento, 193 —ordenó Amalia al taxista—. La voy a llevar a mi casa, debo cambiarme de ropa. Estoy empapada de la lluvia. De paso le enseñaré mi colección privada sobre el mundo del fado. He podido ver por sus libros que es amante del arte, y el fado lo es y con mayúsculas. Podrá gustarle o no, pero es mi obligación enseñarle a una española, y por su acento me atrevería a decir que del extremo opuesto de la península, en qué consiste nuestra música.

La tormenta había amainado, pero la ciudad permanecía envuelta en un manto gris. Algunas de las nubes que habían llegado desde el Atlántico a través del Tajo estaban instaladas sobre la colina del Barrio Alto. Pocos minutos después el taxi se detenía frente a una fachada amarilla. Una vez en el interior de la casa, Amalia se apresuró a conectar un tocadiscos donde colocó un viejo vinilo de la discográfica His Master's Voice, y se pudo escuchar junto al crepitar del disco la voz de Adelina Fernandes interpretando un antiguo fado.

—Estas son las primeras canciones que escuché en boca de las vendedoras de pescado en el puerto de Lisboa. Son el origen de mi afición.

Aquella bella mujer conseguía cautivar toda la atención de Mariona. Desprendía arte por los cuatro costados. Le mostró con todo detalle su casa, un lugar mágico: azulejos y plantas portuguesas, cristalerías italianas, muebles del siglo XVIII. Sus pinturas dispuestas por las paredes donde representaba escenas de la ciudad de Lisboa con un estilo muy particular, la luz y el color de los cuadros contrastaban con el clasicismo de la estancia.

Amalia se dispuso a preparar té invitando a Mariona a sentarse en su sofá de terciopelo granate, dispuesto sobre una alfombra oriental del mismo color. La artista se retiró breves instantes para cambiar sus ropas empapadas por la repentina tormenta, y regresó luciendo un conjunto de camisón y bata de satén en color púrpura y se sentó frente a la española en uno de los sillones que rodeaban al elegante sofá.

—Debo confesarle que este es uno de mis lugares favoritos de Lisboa. Aquí paso horas conversando con mis amigos. A veces pienso que soy exageradamente hogareña. Mi trabajo me ha obligado a pasar muchas horas fuera de casa y en cuanto puedo me recluyo aquí adentro y disfruto de la buena compañía en mi pequeño mundo. Me alegra mucho haberla conocido y que haya aceptado conocer mi arte. Pero ahora cuénteme, ¿qué hace usted en Lisboa?

Las dos mujeres pasaron largo tiempo explicándose sus cosas y sorbiendo litros de té. Aquel fue el inicio de muchos otros encuentros entre las dos. Mariona encontró en aquella casa y en su nueva amiga el bálsamo que precisaba para soportar la mentira en la que se había convertido su vida. Gracias a Amalia las semanas pasaban más deprisa y el tiempo que estaba separada de la fadista se le hacía eterno hasta un nuevo encuentro. Su marido estaba cada día más ocupado en sus negocios y había llegado un

momento en que parecía que no contaba para él. Por su parte, la artista había cancelado algunos compromisos para poder pasar más tiempo con su nueva amiga en la paz de su casa donde las dos dejaban pasar las horas en el jardín, en el salón leyéndose poesías mutuamente o contemplando como Amalia creaba sus pinturas con mano certera. Pasaron los meses y entre ellas fue creándose un vínculo afectivo que para Mariona representó algo insospechado hasta el momento. Se sentía obsesionada y atraída por aquella mujer... ¡No podía ser! ¡De ningún modo! No podía haberse enamorado de alguien de su mismo sexo. Estaba desconcertada, aturdida. Sus principios morales no se lo permitían. Su marido, su familia, sus convicciones ¡todo! Hasta que, de un modo casual, un leve roce del dorso de la mano de Amalia sobre su pecho lo incendió todo. El mundo se le puso del revés, no hubo control, la cabeza le daba vueltas. Sus bocas se encontraron, sus lenguas se enzarzaron en una danza dulce y sedosa. Las manos de ambas no dieron tregua, apresuradas y torpes empezaron a desnudarse la una a la otra. Los poderosos pechos de Amalia contrastaban con el leve pecho de la española. Ambos cuerpos se entrelazaban, se fundían en uno, se lamían, se absorbían, se deseaban sin medida. Perdían sus miradas recorriendo sus cuerpos al mismo tiempo que sus dedos desaparecían en lo más profundo de sus sexos, acariciándose allá donde ellas intuían que se causaban más placer. Aquella noche Mariona no volvió a su casa. No podía, no quería, tan solo deseaba hacer el amor con su amiga, alargando aquel goce descubierto furtivamente.

El aroma de las flores del jardín se colaba por la ventana abierta del dormitorio en el que se despertaba Mariona. En aquel momento apareció por la puerta su amante acarreando una bandeja con humeante té, panecillos y mantequilla. Se sentía incómoda de mostrar su desnudez e instintivamente se cubrió con la sábana. La portuguesa interpretó aquel acto reflejo y no pudo evitar esbo-

zar una sonrisa. Dejó la bandeja en el borde de la cama y le tendió una preciosa bata para que su amiga estuviera más cómoda.

—Desayunemos, dúchate, y te acompañaré hasta tu casa.

—Lo siento —fue lo primero que le dijo Mariona sin sentirlo verdaderamente.

—Pues no debes sentirlo. Lo que ha pasado entre nosotras ha sido lo más natural. No hemos hecho nada que no hayamos querido las dos. Ambas nos sentimos atraídas, nos gustamos, nos llevamos bien, nos apetecía hacer el amor. No te lamentes por ello. No vamos a cambiar nuestras vidas. Yo sé, por lo que me has ido contando durante este tiempo que hemos pasado juntas, que amas a tu esposo, que provienes de una familia estricta, de una moral recta y pía. Pero no te atrevas a decirme que no lo has deseado tanto como yo, y las cosas que se desean, cuando se cumplen, no siempre son lo que más nos conviene. Tranquila, no nos debemos nada. Ambas sabemos que debemos seguir con nuestras vidas, pero no por ello debemos renunciar a nuestra amistad. Regresarás a tu casa pronto e iniciarás una nueva etapa. Ya te dije que no me parece la mejor solución la que habéis buscado para enfrentar vuestra situación, pero es algo que solo os incumbe a vosotros y que yo me niego a juzgar. Bah, desayunemos.

Mariona la miró, la tomó del brazo atrayéndola hacia ella y le dio un largo beso sellando de aquel modo su relación.

Unos meses más tarde, regresamos a España. Tal como estaba previsto hicimos escala en Madrid para recoger al que iba a ser nuestro bebé. Todo se hizo de la forma más teatral, una obra digna de Marsillach.

Mariona ingresó en la clínica Belén donde todo estaba organizado para aparentar un parto sencillo, sin complicaciones. Y así fue...

Dos días después partíamos en coche hacia Barcelona con un niño precioso. Aquel viaje de regreso fue muy emotivo para noso-

tros. Hoy cuando lo recuerdo siento una profunda vergüenza de mí mismo, un remordimiento que me corroe por dentro. ¿Y sabe por qué? Porque me temo que volvería a hacer lo mismo.

Punto de inflexión

Ave Satani (The Omen)

Jerry Goldsmith (1976)

— Ya es suficiente por hoy —dijo Basté interrumpiendo su historia súbitamente y recogiendo su memoria del punto del infinito donde se trasladaba para recordar, como si se tratase de un sedal que hubiese lanzado con la potencia de un titán, al tiempo que se despegaba de la ventana. Era capaz de permanecer recostado sobre el cristal a medida que se quedaba sumido en la penumbra que envolvió la habitación durante su relato. Cuando regresó conscientemente al presente, tan solo iluminaba la estancia el haz de luz que proyectaba la lámpara del escritorio donde tomaba notas Julián.

—De modo que su esposa conoció a Amalia Maluda durante su estancia en Lisboa, y le puso los cuernos con ella. Curiosa manera de mitigar la espera.

—Piense lo que quiera. Mariona descubrió en Lisboa una parte de ella que no conocía hasta entonces y que cambió para siempre su relación conmigo y consigo misma. A mí nunca me lo contó. No pudo, o no quiso, ya no importa. Me enteré mucho más tarde. Mantuvieron su relación siempre. En ocasiones Mariona viajaba a Lisboa para ver a su amiga, en otras oportunidades Amalia venía

a Barcelona con motivo de alguna exposición o alguna actuación. No guardo ningún rencor por esa faceta de su vida.

—Y con todo lo que me explica, ¿a dónde quiere ir a parar?

—Le he dicho que ya es suficiente por hoy. No tengo nada que añadir por el momento. ¡Cuando digo basta es basta! —gruñó el viejo burgués, al tiempo que recogía su inseparable sombrero y enfilaba una retirada hacia la salida.

—Escuche Basté. No avanzamos demasiado en nuestros encuentros —replicó Julián, sujetándolo suavemente por el brazo—. Por mi parte ya está bien prolongar nuestros encuentros de confianzas. Usted financia este asunto, pero deberíamos ir al grano si quiere que alguna cosa se mueva. Me da la sensación de que no está siendo suficientemente claro, ya ha pasado demasiado tiempo desde esa adopción como para que sea el epicentro de sus motivos. Usted oculta alguna cosa que quiere que yo destape, que la haga pública, que la airee para calmar alguna parte de su conciencia. Lo intuyo, pero mal vamos... Vomite de una vez qué es lo que pretende, si es que de verdad quiere llegar a alguna parte.

Julián trataba de agujonear a Basté para que este reaccionara y avanzase en su relato. Y lo consiguió. El hombre le lanzó una dura mirada. Soltó el pomo de la puerta que acababa de entreabrir, cerrándose de inmediato, y regresó hasta donde se encontraba Julián, para enfrentarse cara a cara con él. Basté era de una estatura similar a la de Julián y le fue sencillo ponerse a su nivel y penetrar con sus ojos de rapaz en la mirada del periodista. Una mirada gélida que por unos instantes cohibió a Julián. Rodeó con su mano la garganta del periodista y le empujó hasta el interior del baño haciéndole retroceder hasta que tropezó con el inodoro y quedó sentado de forma ridícula, a merced del poderoso Basté que, sin apartar su mirada hipnótica, arremetió verbalmente contra un Julián sorprendido y desvalido.

—Así que pretende marcar el ritmo de mi «confesión» —comenzó diciendo en un tono elevado de voz—. ¿Quiere también

ser usted quien diga cómo, cuándo y dónde hablemos sobre este asunto? Le diré una cosa. He callado mucho tiempo, ha habido mucho dolor, y mi familia ha sufrido mucho por los canallas que corrompieron lo que para nosotros más importaba. Ahora he decidido hacer saltar por los aires toda esta trama, no soy el primero en denunciar las adopciones irregulares que se llevaron a cabo en este país, lo sé. Hace dos años el juez Baltasar Garzón denunció que durante sesenta años no se ha investigado sobre los bebés robados durante el franquismo. Tal vez la fórmula menos conocida, la más oculta, pero la más atroz, de la represión del régimen fascista. Yo soy parte directa de una de aquellas adopciones, y voy a desenmascarar a unos cuantos personajes que formaron esa red que para nosotros y para decenas de familias supusieron una gran desgracia. Los acontecimientos que devinieron a lo largo de los años transformaron mis ideales, los hicieron añicos, he llegado a darme cuenta del horror que provocó aquel régimen que aún en una parte muy importante está entre nosotros, enmascarado, en ocasiones a cara descubierta y de forma impune. Cuando Franco dijo en su lecho de muerte: «Lo dejo todo atado y bien atado», no habló en balde. Las raíces más profundas del franquismo, sus intereses, los descendientes de los personajes más siniestros están ahí, agazapados en la sombra, en la sombra de una palmera en la playa de un hotel de quince estrellas, llenándose los bolsillos y riéndose de nuestra falsa democracia. Los poderes fácticos prevalecen aun hoy en día, y la Iglesia que tanto tuvo que ver con el régimen, ahora hace como que mira hacia otro lado, mientras pone todas las trabas posibles para que nadie consiga indagar en sus asuntos. La misma Iglesia y sus ministros, los curas y monjas que ayudaron a tejer una tupida y cruel red para las adopciones de los hijos de los más desfavorecidos, los que «no los merecían» según ellos, para entregarlos a familias «de bien», sobre todo afines a sus convicciones, eso sí a cambio de un buen pellizco económico.

»¿Quiere que siga? ¿Que no me detenga en mi relato? ¿Está cansado de regresar a esta habitación para que un viejo le explique las penas de su vida? Pues bien, escuchará de un tirón lo que quería decirle, pero deberá ponerse a trabajar de inmediato. Ya no hay respiro alguno. Encuentre a mi hijo y destape esta historia de mierda. Mierda por todas partes.

La escena era ciertamente patética. Los dos hombres en el interior del baño del hotel, alicatado con baldosas de color gris ceniza, a oscuras, tan solo iluminados por el resplandor que llegaba desde la lámpara del escritorio. Julián sentado en el váter y Basté frente a él arrojando un torrente de palabras inacabables, explicándole los detalles de su pasado y encomiándole a buscar a su hijo.

—¿Buscar a su hijo? —consiguió balbucear Julián sin comprender en qué parte de la historia se encontraban.

Basté se detuvo en su relato por un momento al oír la pregunta de Julián. Pareció como si de pronto las piernas le flaqueasen, se desequilibró, pero dio un rápido paso a su izquierda y manutuvo la vertical sujetándose con las dos manos en la moderna pica del lavabo. Levantó la mirada y contempló su propia imagen que le devolvía el espejo en la penumbra. Era un Basté sin un rostro definido por la falta de iluminación, así es como él se encontraba en aquellos momentos. Tomó aire y continuó hablando.

—En efecto, ha oído bien. Mi hijo Llätzer, a quien adoptamos en julio de 1970 y que hace cinco años decidió que no quería seguir perteneciendo a la familia Basté-Ripoll. Llätzer, el nombre de mi abuelo, espero que algún día pueda resucitar como Lázaro de Betánia y regresar a nuestro mundo.

»Fausto Reyes, mi director financiero, nuevamente él. Ese desgraciado, fue la clave de todo, aunque la culpa fue mía. Yo le pedí ayuda para la adopción porque sabía que estaba bien conectado con gente muy ligada al régimen. Nosotros, mi familia, teníamos dinero, propiedades y negocios, pero ellos eran el poder

real agazapado en la sombra. Nos detestaban, aborrecían a los burgueses catalanes. Representábamos el tipo de capitalismo que ellos pretendían abolir, pero éramos necesarios porque generábamos riqueza. Reyes había pertenecido a la Falange y en aquella época era alguien muy influyente, aunque eso yo lo ignoraba en aquel entonces. Fue mucho más tarde cuando supe del poder que aquel hombre podía tener y cómo él y los suyos iban tejiendo lo que consiguieron crear. Durante años trabajó en la sombra con el único fin de apropiarse de nuestros negocios, y para ello no escatimó en esfuerzos. Tenía un as en la manga; la información sobre la adopción irregular de Llàtzer y finalmente asestó su golpe de gracia. En 1998 dejé a Reyes al cargo de la empresa, yo había decidido jubilarme anticipadamente y retirarme de la vida empresarial y social. Tenía sesenta y dos años y estaba cansado, no quería saber nada más de los negocios ni de la política en la que me había visto envuelto indirectamente en las últimas décadas. No estoy hablando de la vida pública de la política, estoy hablando de otras políticas, las que se llevan a cabo en las profundidades, las que ponen y quitan a los políticos que aparecen en la televisión, los periódicos, la radio. Hablo del verdadero poder, del poder económico, el que hace ganar unas elecciones, el que compra las portadas de los periódicos en los que a usted le gustaría volver a escribir. Ese poder que se tejió en la sombra y que se comenzó a crear con el franquismo, en el que gente como Reyes creció y ha gestionado hasta nuestros días. Manipularon todo y a todos, colocaron a gente de su máxima confianza, en silencio y sin levantar sospechas, en los mandos de la policía, el ejército, las administraciones, la justicia, los bancos, los partidos políticos, en todos los partidos sin importar el color, las televisiones, la prensa, las empresas importantes, incluidas las mías; todo ello para tener el control y el poder más absoluto, y para conseguir disponer del capital máximo en cada momento. Inversiones, asignación de contratos públicos y privados, control de las importaciones y las

exportaciones, ¡todo!, to-do, absolutamente todo, estaba bajo su control. Y lo más importante para ello fue el control de la eugenesia, esa fue la clave inicial de todo su proyecto. Se trató de controlar la genética de los individuos. Lo iniciaron durante el final de la guerra civil y la posguerra, para ello contaron con la iniciativa de un personaje tenebroso, el psiquiatra doctor Antonio Vallejo-Nájera, el instigador de toda la trama científica y seguidor de las teorías sobre la eugenesia positiva. Estaba obsesionado con eliminar el marxismo y el comunismo de la faz de la tierra, convencido de que esas ideologías eran una enfermedad y que existía un gen rojo en cada militante. El encarcelamiento de miles de derrotados en la guerra le permitió, a él y a su equipo, estudiar a grupos de presos y definir una estrategia para la eliminación del gen rojo, la purificación de la raza y hacer prevalecer la hispanidad. Las conclusiones de Vallejo fueron claras: multiplicar a los selectos y dejar que perezcan los débiles, y para ello una de las estrategias a seguir fue la de separar a los hijos de sus padres y madres encarcelados, tratando de segregar a los sujetos desde la infancia. No dudaron en repartir miles de niños entre casas cuna, hospicios, conventos, seminarios, y adopciones a favor de familias afines al régimen. Y todos ellos sin ser inscritos previamente en las prisiones donde habían ingresado con sus progenitores. Simplemente no existían y de ese modo sus apellidos quedaron perdidos para siempre y sus vínculos familiares extinguidos. Se conseguía con ello crear futuros hombres y mujeres afines al régimen y sus intereses.

»Esas prácticas se llevaron a cabo hasta finales de los años ochenta. Los padres y madres ya no eran los prisioneros rojos marxistas o comunistas, no solo se trató de una represión política, sino social. Las víctimas continuaron siendo los vencidos, sus hijos y nietos, gentes con pocos recursos económicos o culturales, madres solteras que habían llegado a las capitales a trabajar y habían quedado embarazadas, chicas de buena familia que no podían mancillar su buen nombre al haberse quedado en estado,

matrimonios que no podían mantener a un miembro más y lo dejaban en acogida en casas cuna, y que nunca pudieron recuperar a sus hijos por haber sido entregados en adopciones irregulares.

»Para llevar a cabo semejante trabajo fue necesario crear una red muy tupida, gentes adeptas al Régimen, como Reyes, o médicos como el doctor Eudaldo Peña de quien también le he hablado, y por quien tanto interés tenía usted de conocer su identidad. Instituciones católicas que se prestaron sin reparos para acoger a los niños y adoctrinarlos en el espíritu del nacionalcatolicismo.

»Regresando a Reyes le explicaré que él fue quien manipuló durante años el rumbo de mis negocios. Cualquier acción que emprendíamos la consultaba con mi hombre de confianza quien me aconsejaba con gran acierto, y así fuimos creciendo y haciendo más ricas y poderosas a mis empresas. Con el paso del tiempo fuimos introduciéndonos en círculos ligados directamente a intereses neoconservadores, financiando proyectos políticos desde «la cocina», siempre apoyando a los ganadores de la contienda, a sus hijos, hasta hoy en día a sus nietos. Pero desde hace unos años eso terminó para mí. Como le explicaba antes, quise poner punto y final dejando al mando de mis negocios a Reyes. Muy a mi pesar, mi hijo Llätzer nunca mostró ningún interés por nuestros negocios, todo lo contrario, resultó ser opuesto a nuestros ideales y a todo lo que nosotros representábamos. Se unió a movimientos de antiglobalización y a grupos anticapitalistas radicales. Yo creí que sería algo pasajero, ¡pero no! No hubo forma. Llätzer se distanció de nosotros y de nuestra forma de vida sin remedio.

»Fue él, Fausto Reyes, quien dio la estocada final. Durante años había visto que el único heredero del patrimonio familiar había tomado un rumbo díscolo y eso le allanó el camino. No hacía más que recordarme el origen de Llätzer, me hablaba de las teorías sobre el «gen rojo» tratando de ponerme en su contra, pero Llätzer era mi hijo y había llegado a quererle más que a mi vida. Reyes al comprobar que yo no hacía más que excusar sus ideales

y temiendo que estuviera dispuesto a pasarle todo por alto, un día, a mis espaldas, sin que yo me enterase le explicó la verdad. No ahorró detalles al contarle cuál fue su origen y la mentira que llevamos a cabo para su adopción. No tuvo escrúpulos para contarle la relación de su madre con Amalia. Él y su gente estaban al corriente. El único que no se había enterado de nada había sido yo. Solo lo supe cuando Amalia me lo explicó después del funeral de Mariona. Quiso que supiera toda la verdad sobre su relación para que comprendiera de qué modo mi esposa había cumplido con su papel de buena esposa, madre e hija, sin quebrantar las normas de nuestra familia. Desdichada y maldita familia.

»Fue definitivo. Llätzer nos abandonó, provocando una tormenta en mi familia. Desapareció sin más, sin dejar rastro, sin explicaciones. Todos los esfuerzos fueron vanos. Contraté detectives, movilicé a todos mis contactos, pero nada. Se había evaporado sin más. Para mí fue muy duro, pero para Mariona aún más. No lo superó. Cayó en una profunda depresión. Mezclaba la medicación con el alcohol y una fatídica tarde que conducía por las costas del Garraf empastillada y bebida se precipitó al mar. Mi mundo se vino abajo. En poco más de un año había perdido a mi esposa y a mi hijo. Los planes de Reyes habían salido redondos. Se había hecho con el control de los negocios, había provocado que Llätzer abominara de su familia. La depresión y el posterior accidente de Mariona le despejaban aún más el terreno. Por lo que respecta a mí, me había convertido en un títere, un fantasma que vagaba sin rumbo y que no interfería en sus fines. Hasta que un día de hace dos años, uno de los detectives que contraté encontró un indicio sobre la desaparición de mi hijo. Casualmente, investigando el paradero de la hija de otra familia de bien, relacionada con okupas en Molins de Rei dio con la muchacha, quien le explicó que había ido a parar a aquella casa, a la que llamaban Kasablanka, porque había estado liada con otro desertor de familia capitalista, que la había llevado hasta aquel lugar. En algún

momento la chica mencionó el nombre de Llätzer y el detective empezó a atar cabos, sin conseguir mucha más información.

»Sin pensarlo dos veces, me fui directo a la Torre Fergniani, una torre modernista que data de los años veinte del siglo pasado y que es conocida en la población como Kasablanka. Fue sencillo localizar el lugar, parecía que todo el mundo conocía la casa okupa. Nada más acceder al patio de la entrada encontré a unos tipos haciendo equilibrios en lo que habían convertido en un trapecio de circo, en un ángulo del patio otro hacía malabares. Del columpio del trapecio una muchacha que estaba colgada por las piernas me miraba sorprendida, unas rastas rubias le pendían como raíces que tratasen de alcanzar el suelo. De repente dio una voltereta en el aire y cayó de pie frente a mí. «¿Carla?», pregunté sin más. Era el nombre que me había facilitado el detective y me la jugué. La funambulista me miró sin extrañarse demasiado, tenía una mirada triste y cansada. En un principio me costó hablar con ella. Era reticente, creyó que me había enviado alguien de su familia para tratar de convencerla de que regresase a casa. El único contacto que tenía con su familia, me explicó, era cuando estaba apurada y le enviaba un SMS a su madre pidiendo que le ingresara dinero. Yo hubiera deseado que Llätzer hubiera hecho lo mismo y no se lo recriminé. Aquella joven resultó ser un espíritu libre, reivindicativo, pero muy influenciable, un alma cándida. Creyó la patraña que le expliqué. Le mentí diciéndole que me quedaban pocos meses de vida, que me habían detectado una enfermedad terminal y que quería despedirme de mi hijo. Se compadeció de mí y me estuvo explicando lo que Llätzer compartió con ella mientras estuvieron juntos en Kasablanka.

»Traté de jugar con la psicología de aquella chica, pero lo que ocurrió fue exactamente lo contrario. Fui yo quien cambió la visión que tenía sobre los que creía mis amigos, y me dispuse a dinamitar desde los cimientos todo en lo que había creído hasta entonces.

»Carla me habló sobre como Llätzer renegaba de nuestra familia, del poder de nuestro dinero, de cómo odiaba nuestra manera de vivir, del constante enfrentamiento conmigo y sobre la debilidad de su madre que vivía, según dijo, sometida a mi voluntad, así lo veía él. Finalmente me contó lo que llevó a que decidiese desaparecer: el hecho de que Reyes le explicase toda la historia sobre que era un niño adoptado o algo peor, un niño robado.

»Mi mundo ya estaba del revés en aquel momento, pero aquello lo acabó de trastocar. Reyes, en quien había confiado, había sido quien había orquestado aquello. Abrí los ojos, velados durante tantos años. Relacioné todo, como en uno de aquellos pasatiempos de unir los puntos, y apareció el dibujo principal. Reyes había sido una pieza más en el engranaje de los más poderosos, una pieza capital a la hora de manipularme y dirigir los intereses de mis negocios a favor de su gente, que se habían convertido también en los míos. Aunque en realidad mi familia y yo éramos prescindibles, y lo estaban consiguiendo, una vez más lo estaba consiguiendo. Así que, allí en un banco improvisado en una de las habitaciones semiderruidas de Torre Fergniani, me juré que pondría fin a aquella escoria.

»A partir de mi conversación con Carla conseguí una pista sobre el posible paradero de Llätzer. La chica me dijo que se había marchado con otros okupas a Praga. Me habló de la casa Milada, bastión del movimiento okupa en la ciudad del Moldava. Dejé a aquella criatura inocente en aquella especie de mundo circense en el que parecía ser feliz a su manera, aunque no lo transmitiese con la mirada, y me marché.

»Volví a poner en marcha a los detectives con la información que me había dado Carla y estuvieron trabajando durante más de un año siguiendo pistas por media Europa, hasta que hace seis meses las investigaciones dieron resultado y encontraron a Llätzer. Está en Berlín en el barrio de Kreuzberg, parece que está

desde hace bastante tiempo instalado en una casa okupa llamada Köpi. Le conocen como Lazar, su nombre traducido al checo, se lo tradujo durante su estancia en Praga donde empezó a convertirse en un líder de los movimientos alternativos.

»Ya no me sirven los detectives. He querido ir mucho más allá de encontrar a mi hijo, tan solo eso no me serviría de mucho, sé que no conseguiré que vuelva, sería estúpido insistir en esa dirección. Ahora sé que está bien, que ha elegido un estilo de vida y que no tengo ningún derecho a interferir. De hecho, ya lo hice desde el principio, cambiando su destino egoístamente y sin escrúpulos. Pensando erróneamente en que hacíamos el bien. Nunca podré pagar esa culpa y la de todo lo que aconteció con el devenir de los años.

»Aquí es donde cuento con usted. Le busqué porque sé que puede ayudarme a la vez que se ayuda a usted mismo. Soy un viejo cansado, amargado y arrepentido, pero no he cambiado tanto, no me he convertido al buenismo, soy un viejo zorro y voy a tratar de aprovecharme de usted. Será un trato desfavorable, pero que hará justicia; y usted, querido Julián, necesita una acción como esta. Es un periodista de raza en horas bajas, eso es verdad; borrachín y cargado de problemas afectivos, pero detesta las injusticias y los abusos de poder. Consiga llegar hasta Llätzer, explicarle la verdad sobre mi familia y la manipulación a la que he estado sometido. Destape toda la corruptela y la red de robos sistemáticos de niños. Vamos a hacer tambalearse a la ultraderecha, la Iglesia, grupos financieros... Le voy a proporcionar documentos que avalen lo que le he explicado y todo mi apoyo. Usted fue un gran periodista demuéstreselo de nuevo.

»Por mi parte, ya hace meses que estoy tratando de hacerme de nuevo con el control de mis empresas, aunque Reyes se ha ocupado de blindarse al frente de los negocios, ha falsificado documentos que lo convierten en administrador único de todas las empresas. Cuenta con el apoyo de los mejores bufetes de abogados y del

respaldo de grupos de poder muy importantes. Pero no deberían subestimar al viejo Basté. Va ser una batalla dura, amigo Julián.

Julián seguía sentado en el váter, escuchando atónito lo que Basté le estaba relatando. El hombre se había volcado de repente tras el acoso verbal de Julián. Se había decidido a explicarse por completo e involucrarlo en su cruzada desde aquel mismo instante. Basté continuó diciendo:

—Necesitaré dinero, así que he preparado una tarjeta de crédito para usted.

Sacó su cartera Montblanc de piel negra, una joya en sí misma, cartera de rico. La abrió y le tendió una tarjeta visa a nombre de Julián Salvado

No es ilimitada. Tengo la manía de controlar los gastos de mis empleados, pero le permitirá costear los gastos que le genere el viaje y cobrar sus honorarios —Introdujo su mano en uno de los bolsillos del pantalón y extrajo un pendrive—. Aquí dentro encontrará información que compromete a mucha gente, haga el mejor uso de ella. Alea iacta est —acabó diciendo el viejo mientras dejaba caer en el bolsillo de la camisa de Julián el pendrive.

Tenía la expresión de un hombre profundamente cansado al igual que debió tenerla Julio Cesar cuando pronunció la famosa frase antes de cruzar el Rubicón.

De pronto, alguien tocó a la puerta de la habitación. Basté salió del baño mientras Julián seguía a oscuras sentado, pensando en todo lo que Basté le había dicho. La tarjeta visa pendía entre sus dedos.

Basté entreabrió la puerta lo suficiente como para que una mano acabada en el tubo plateado de un silenciador se apoyase en su frente y le tiñese su pelo plateado de color carmín, revuelto con una masa de sesos. Cayó hacia atrás impactando contra la puerta del lavabo de donde acababa de salir. Al oír el golpe, Julián se incorporó de un salto como un resorte y vislumbró rápidamente el

cuerpo sin vida con la cabeza destrozada de Basté y a un hombre gigante, pelirrojo, vestido de negro, que trataba de abrirse paso hacia el interior de la habitación con la dificultad de la barrera que formaba el cadáver, que impedía abrir del todo la puerta. Julián instintivamente se encerró en el baño y se refugió en el interior de la ducha corriendo la mampara como si pudiese protegerle de todo mal. Una ráfaga de disparos atravesó la puerta del baño haciendo añicos espejo, lavabo, inodoro. Cristales y cerámicas volaron por el baño impactando por todos sitios. Julián acurrucado en el suelo de la ducha estaba aterrado y no se movió hasta que escuchó que el intruso salía de la habitación. Alguien había abierto una puerta de alguna habitación en aquella planta, seguramente por el estruendo de los destrozos producidos por los balazos, alertando al pelirrojo, que huyó abandonando la planta utilizando las escaleras.

Cuando Julián salió al pasillo, todo estaba en calma. Ni rastro del huésped intrigado, ni del asesino de Basté. Julián regresó a la habitación. El espectáculo era dantesco, una masa de pelo mezclada con restos de cráneo y cerebro se deslizaba viscosamente por la puerta del baño, el cuerpo de Basté con la cabeza destrozada tirado en el suelo como un muñeco roto. Aquel hombre que hacía pocos minutos clamaba venganza, había callado para siempre. Toda su ira se había esfumado. Bastó con una bala certera y... ¡pum! Todo lo que había sido y todo lo que era, los problemas que representaba para Reyes y sus manipuladores se habían acabado. No tuvo tiempo de seguir pensando, recogió sus cosas y se marchó de la escena del crimen cerrando la puerta de la habitación. Cuando cruzó el vestíbulo del hotel notó su pulso acelerado en las sienes, como un martilleo atronador. Sudaba, y al alcanzar la calle sintió un escalofrío que le hizo estremecerse. Instintivamente levantó la mano para parar un taxi al otro lado de la calle cruzando sin mirar. El conductor del coche que estuvo a punto de arrollarle no ahorró en insultos que Julián no oyó porque ya estaba en el interior del taxi.

Pidió al taxista que le llevase a su casa. Era el lugar menos seguro donde podía ir, pero el primero al que su abandonado cuerpo pidió regresar.

El taxi cruzó el Eixample sin dificultad, alcanzando Vía Layetana en pocos minutos. A la altura de la catedral se toparon con un control de policía y a Julián se le erizó la piel. Tan solo se trataba de un control rutinario que no afectó al taxi, pero que bastó para revolver el estómago del periodista.

El taxi le dejó al inicio del Paseo Juan de Borbón, y Julián volvió a cruzar la calle prescindiendo del color de las luces de tráfico, llegando a la carrera hasta su portal. Al llegar a su piso se dirigió a su dormitorio y preparó a toda velocidad un equipaje ligero en una bolsa de mano. El repiqueteo en las sienes no le dejaba pensar con claridad, para despejarse se asomó a la terraza donde los tiestos acogían a lo que hacía poco tiempo habían sido plantas y ahora solo esqueletos fulminados por el sol y el salitre marino. Nadie se ocupaba de regarlas, como nadie se ocupaba de cuidar a Julián. Miró el Paseo Juan de Borbón que a aquellas horas estaba tranquilo y buscó bajo la luz anaranjada de las farolas la presencia de Gemma, su «más que amiga», a quien había telefoneado desde el taxi y en una conversación extrañamente breve le había pedido que se reuniera con él con urgencia. Gemma pertenecía a la División de la Policía Científica. Aquella noche la tenía libre y había aceptado reunirse con él en su piso. Lo había notado preocupado, pero no hizo preguntas.

No divisó a Gemma y regresó al interior del piso. Encendió su ordenador y accedió a una de esas páginas web donde se pueden comprar billetes de avión. Comprobó que el siguiente vuelo a Berlín salía a primera hora del día siguiente y se dispuso a comprar un billete. A esas alturas de la noche y entre el martilleo de su cabeza y el recuerdo de Basté roto sobre el suelo de la habitación, cuando aún flotaban sus palabras, le habían hecho tomar la decisión de ir en busca de Llätzer o Lazar, o como coño se llamase

ahora el hijo de aquel viejo torturado por sus recuerdos, y tratar de sacar a la luz aquella historia.

Justo en el momento que en la pantalla del ordenador aparecía la confirmación de la plaza en el vuelo a Berlín, sonó el interfono. Era Gemma que le respondió con un simple «abre». La esperó en el rellano. Nada más salir del ascensor, corroboró una vez más cuánto le gustaba aquella mujer. Era de estatura media, de cabello castaño cortado en media melena, ojos negros y unos labios voluptuosos y sensuales que acaparaban la mirada de Julián cuando fijaba sus ojos en ella. En ocasiones lo sorprendía escudriñando su rostro y en especial su boca, mientras ella leía o miraba una película. Si no fuera por el carácter tan especial que tenía Gemma, en apariencia fría, metódica, carente de sentido del humor, obsesiva hasta el hastío con los temas que abordaba, y en especial con su trabajo, Julián pensaba que podrían haber avanzado en su relación, que por el momento no pasaba de encuentros sexuales desinhibidos y casi terapéuticos para ambos. Aunque él tampoco es que estuviera en su mejor momento para establecer relaciones más comprometidas.

Nada más entrar en el piso, la policía le expuso a Julián su pensamiento.

—¿Primero me follas y luego me explicas? ¿O primero me explicas y luego me follas?

A Julián, pese a conocerla sobradamente, siempre le sorprendía su sinceridad aplastante. No pudo por menos, aunque la ocasión no lo requiriese, que soltar una carcajada que se tornó en una mueca de desespero.

—Verás, Gemma... —dijo tratando de serenarse para poder explicarle a la joven lo ocurrido aquella tarde—. Hoy ha pasado algo muy grave —empezó diciendo—. Tal vez lo peor que puedo hacer ahora es contártelo a ti, pero sé que si no lo hago me arrepentiré más tarde. Así que escucha lo que tengo que explicarte...

Una hora después, Julián acabó su relato con todos los detalles. Desde que conoció a Basté, hasta que salió del hotel con el pulso acelerado taladrándole las sienes.

Gemma lo observaba fijamente, en esa ocasión era ella quien lo escudriñaba a él, pero la mirada de la muchacha no reparaba en ninguna parte del rostro de su amigo, era una mirada global, que abarcaba a Julián en su totalidad, no solo su rostro, ni siquiera su cuerpo, iba más allá; observaba hasta incluso su áurea, parecía como si su mirada fuera capaz de fusionarse con otros de sus sentidos y escuchase con los ojos la resonancia de las palabras que había acabado de articular Julián, tratando de averiguar si lo que él había contado tenía alguna incoherencia o algún resquicio que le hiciera dudar sobre la veracidad de lo ocurrido.

Transcurridos unos minutos en silencio, finalmente habló. La voz de Gemma, sonó profesional.

Te creo. Debes de entregarte inmediatamente y explicar en comisaría lo mismo que acabas de contarme a mí.

Julián miró en esta ocasión a los ojos negros de la bella policía y se convirtió en un jugador de póker experto. Tan solo le respondió:

—Lo haré después. Ahora ya te he explicado, así que debo follarte.

Diciendo esto, y contrariamente a lo que cualquiera en su situación hubiera hecho, empezaron a desnudarse con manos rápidas y mentes lentas, sobre el sofá donde tantas otras veces habían hecho el amor y que había sido testigo de todas las miserias y contadas alegrías de la vida de Julián durante los últimos años.

Sus lenguas se encontraron y se separaron una y otra vez, recorriendo los caminos que los llevaban a los lugares más erógenos de sus cuerpos. Julián jugó con su ombligo, mientras chupaba con energía sus pezones duros y erguidos antes de deslizarse hasta su vello púbico para lamerle el clítoris, que ella le ofrecía arqueando sus caderas y frotándose contra su boca. Los dedos certeros

de Julián se deslizaron en el interior de su vagina presionando la parte frontal, atrayendo aún más su clítoris hacia sus labios, succionando ahora rápido, ahora lento. Hasta que notó como Gemma alcanzaba su primer orgasmo, gimiendo y perdiendo el poco control que ella era capaz de mostrar. Ningún pudor, ninguna cohibición. Aturdida por el orgasmo, pero con ansia de más, se volteó en el sofá, clavando las rodillas en el cuarteado sillón de piel, ofreciéndole a Julián su vagina inflamada y encarnada, como un animalito pidiendo ser alimentado. Julián rasgó con los dientes el plástico del único condón que quedaba en la caja y se lo colocó, no sin la torpeza habitual que siempre interrumpía aquellos momentos, pero con la decisión de hacer un blanco certero, y en cuanto estuvo suficientemente enfundado, introdujo en aquel espacio mágico, cálido y sensual su pene rígido y firme, hasta topar con su abdomen en las nalgas de Gemma, que lanzó un gemido profundo, como una queja, que Julián interpretó correctamente, y se dispuso a repetir el movimiento con una cadencia casi musical, a un ritmo caribeño que se acrecentaba a medida que la policía lo acompañaba con gritos contenidos, más que con gemidos, mientras él se aplicaba acariciando sus pechos que pendían firmemente suspendidos hacía arriba, desafiando la ley de la gravedad. Tardaron en alcanzar el clímax simultáneo disfrutando ambos de lo que mejor se les daba hacer en común, o seguramente de lo único que hacían juntos.

Derregados, el uno sobre el otro, empapados en sus fluidos corporales, iluminados sus cuerpos por el resplandor de la luna, que se colaba entre los postigos. Habían quedado vencidos por el esfuerzo del sexo sin medida, lo habían dado todo en aquella comunión que entre ellos era como un medio de comunicación. Poco a poco, mientras recuperaban el sosiego y las pulsaciones descendían, Julián percibió cómo la respiración de Gemma, se hacía más profunda y pesada, hasta que se quedó dormida. Entonces, con sigilo, se desprendió lentamente del cuerpo de la jo-

ven y la arropó con una cálida manta que había quedado al margen de sus fogosidades. La muchacha se acurrucó y pasó a una fase de sueño profundo.

Julián, introdujo su ordenador en el equipaje que había preparado improvisadamente, se vistió a toda prisa y salió de su piso sin hacer el menor ruido.

Muy tarde para tomar una copa por el barrio y demasiado pronto para ir al aeropuerto. Las esperas en los aeropuertos le creaban demasiada angustia como para ponerse a prueba aquel día. Los últimos días había tratado de controlarse bebiendo menos, pero en aquel momento lo necesitaba, le urgía, era algo terapéutico tomar una copa. Confió en que su amigo Jorge estuviera trabajando en sus pócimas mágicas. Jorge regentaba uno de los lugares más misteriosos del barrio de Sant Antoni. El Tabernito se había convertido en la meca de los noctámbulos amantes de los buenos tragos, hechos con esmero y paciencia.

Como de costumbre, llegó a bordo de un taxi. El Tabernito estaba cerrado, pero Julián golpeó la persiana metálica, tuvo que insistir varias veces, hasta que al cuarto repiqueteo el rostro afilado y barbado del flaco asomó por la rendija de la puerta metálica.

—¿Qué haces por aquí a estas horas? Por poco no te abro la puerta. Me has pillado experimentando con mis alcoholes. Pasa que hace frío.

—Siento molestarte tan tarde, o pronto, depende cómo se mire. No se me ocurría otro lugar donde me pudiesen dar de beber algo de calidad a estas horas.

—No solo de calidad, eso por su puesto, también se trata de caridad. Siéntate, ya que estás aquí vas a hacer de conejillo de indias. Prueba esto que estoy preparando.

Jorge, era una especie de científico, un alquimista capaz de convertir las ginebras, el whisky, el ron o el vodka en analgésicos, vigorizantes, antidepresivos o Viagra. Aquel lugar invitaba a beber y filosofar. Una coctelería de madera, literalmente, de madera

y cristal. Un espacio donde Jorge creaba, probaba una y otra vez sus brebajes hasta que quedaba satisfecho. Botellas preñadas con frutas alcoholizadas que semejaban fetillos en formol. Recipientes de diversos tamaños, utensilios que no podían faltar en una coctelería: jiggers, goteros, mano de mortero, rallador, pala para el hielo, cuchillo, cubitera, y un sinfín de artilugios que eran utilizados con esmero, lavados y vueltos a colocar en su lugar original con el cuidado y la precisión de un relojero suizo.

Cayó la medida exacta desde la coctelera al interior de la copa de cóctel, ni un mililitro de más ni uno de menos. Julián tomó la copa y la olisqueó antes de tomar el primer trago, tratando de disimular el ansia que le provocaba aquel elixir, ante la atenta mirada del barman. No pudo contenerse y vació la copa de un solo trago.

—¡Vaya! Tenías sed. Ahora, ¿sabrías decirme a qué te ha sabido?

—A gloria bendita, me ha sabido a salvación. Está excelente, puedes creerme. Tal vez algo dulce para mi gusto, pero si me preparas otro más te lo perdonaré.

No hubiera hecho falta que Julián hiciera aquella petición. Desde la certera mano del alquimista ya se desbordaba la coctelera que contenía más satisfacción líquida. Nuevamente la copa quedó en su justa medida. En aquella ocasión Julián tomó el cóctel con más reposo.

—¿Ginebra?... con... ¿Jengibre?

—¡No! Vodka fusionada con lima, sumándole cerveza de jengibre, ahí sí que has acertado —gruñó Jorge al tiempo que tiraba de sus tirantes utilizando los dos pulgares—. Tómatelo que ahora va la vencida —dijo sacando de debajo del mostrador dos tazas de cobre—. El cobre hará que el hielo se mantenga más tiempo y la bebida estará a la temperatura ideal hasta que acabes el último trago. Ya has apagado tu sed y has degustado mi creación. Ahora disfrutémosla mientras me cuentas por qué estás aquí a estas horas.

—Julián no podía explicar los detalles del porqué huía, no quería implicar a Jorge en aquel asunto, pero confió en él para dejarle un mensaje dirigido a Amanda, a quien no había querido llamar para no incriminarla. Sabía que tanto la policía como los asesinos de Basté perseguirían su rastro a través de todos sus allegados.

—Tengo que salir de viaje dentro de unas horas y no podía conciliar el sueño. Así que me he presentado aquí antes de ir al aeropuerto, con la esperanza de que estuvieras elaborando tus experimentos. Sé que cuando se marchan tus clientes te dedicas a tus pócimas y aquí me tienes. Por cierto, ¿me podrías hacer el favor de decirle a Amanda, si pasa por aquí, que estaré unos días sin conexión? Este viaje me ha surgido de improviso y no he tenido oportunidad de hablar con ella, y no son horas de llamarla. Dile que en cuanto pueda contactaré con ella.

Diciendo esto Julián apuró el último trago de su taza y se despidió estrechándole la mano a Jorge en un saludo amistoso. El barman, un viejo zorro de la noche, había escuchado cientos de veces las confesiones de naufragos a la deriva de la madrugada y comprendió que lo que le explicaba Julián era sencillamente mentira. ¿Para qué preguntarle más? Guiñó uno de sus cansados ojos y con una sonrisa de medio lado se despidió del periodista.

El taxi Skoda Octavia de Khan se detenía en la puerta del Tabernito dispuesto a llevar a Julián al aeropuerto. Había recordado que aún guardaba en su bolsillo la tarjeta que le había dado aquella misma tarde el taxista y no dudó en concertar con el pakistaní el traslado.

—¡Hombre listo! Yo ya te he dicho que Khan dispuesto todo el tiempo para transporte. Tú llamar, taxi de Khan venir.

—¡Perfecto!, pero no corras. Voy con suficiente tiempo. No querría tener ningún percance de camino al aeropuerto.

—Tú hombre tranquilo, yo ya conocerte a ti como «el hombre tranquilo». A mí gustar, gustar.

Mein Kampf

The Long and Winding Road

Paul McCartney (1969)

La azafata alemana le despertó de un sueño profundo y pesado, le costó devolverle a la vida. En los altavoces sonaba The Long and Winding Road de The Beatles. Escuchó la canción antes que la enérgica voz de la azafata, y por un momento pensó en no abrir los ojos y quedarse en el asiento hasta que enviasen a alguien para retirarlo de allí. Aunque aquello hubiese sido un mal comienzo para el propósito que lo llevaba hasta Berlín. Abrió los ojos, miró a su alrededor y comprobó que casi todo el pasaje había abandonado el avión.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó en inglés la azafata, con aparente preocupación.

—Sí, disculpe. Estaba muy dormido —respondió—. Tan solo necesito un minuto. Gracias.

Julián, renacido, empezaba a incorporarse pesadamente y a salir de su cubículo junto a la ventanilla. Se estiró para recuperar su bolsa del portaequipaje comprobando su pésima forma física.

Aquella mañana llovía sobre Berlín. Un cielo gris oscuro empuñecía el paisaje que se veía por la ventanilla del tren que enlazaba el aeropuerto de Schönefeld con Alexanderplatz, en el

centro de la ciudad. Julián había quedado con su amigo Ricard para encontrarse en el Reloj Mundial Urania, que está en la misma plaza. Ricard, era un catalán afincado en Berlín que dirigía una empresa de actividades turísticas en la ciudad.

Allí estaba, enfundado en su corporativa chaqueta verde. Puntual como el reloj que tenía a su espalada, que databa de la época de la RDA y que mostraba la hora en diferentes ciudades del planeta. Aquella mañana, el enorme reloj les sirvió como paraguas improvisado ante la fuerte lluvia que presencié su reencuentro.

—Veo que en esta ciudad la lluvia es persistente. Es mi tercera vez en Berlín y en las tres ocasiones me he mojado —empezó diciendo Julián, jadeando al tener que correr hasta el refugio donde le esperaba su amigo para no quedar empapado al arreciar la lluvia.

—No creas, en esta época del año no es cuando más llueve en esta parte de Alemania, pero de todos modos un poco de lluvia siempre viene bien. Es un recibimiento especial para ti.

Después de aquella introducción poco convencional, los dos se dieron un caluroso abrazo.

—Me alegro de volver a verte. ¿Cuántos días vas a quedarte?

—Yo también me alegro de reencontrarte. Ha sido un viaje inesperado como te escribí en el e-mail. No sé cuánto me quedaré, no creo que demasiado. Pero no te preocupes, no quiero causarte molestias. Me arreglaré solo. Tú ya me enseñaste la ciudad a la perfección. El metro, el tranvía, los monumentos, los barrios, la historia... Fuiste un Cicerón de primera.

—Tranquilo, no te preocupes, te haré un precio especial —bromeó el guía—. De momento vamos a comer algo aquí cerca mientras hablamos.

Esperaron hasta que la tormenta amainó para salir de debajo del reloj. Dirigieron sus pasos hacia Karl Liebknecht Strasse. El nombre de la calle devolvió a Julián a la realidad y al propósito de su viaje. El nombre de aquel político asesinado a primeros del

siglo pasado, pacifista y antisistema, durante aquellos años turbulentos, le recordaba que por muchos años que hubiesen pasado, por muchas guerras libradas, pese a todos los logros aparentemente conseguidos en pro de la estabilidad y la democracia, existía una fuerza oculta que deterioraba o directamente perseguía y aniquilaba aquello que pudiese hacer sombra o volverse en su contra. Pensó en que tal vez avanzar sobre los adoquines de aquella calle, justo aquel día, con el propósito que perseguía, podía ser una señal. Un temblor en su mano derecha le hizo esconderla en el fondo del bolsillo de su chaqueta.

—¿Dónde comemos? Ya es hora de unas cervezas —se sorprendió diciendo Julián.

Entraron en Hofbräu, un restaurante de estilo bávaro, mesas largas con bancos de madera, grandes jarras de cerveza transportadas hábilmente por las camareras ataviadas con trajes típicos, un escenario preparado para que unos músicos amenizaran el almuerzo bajo las banderolas de colores azul y blanco.

—Podríamos estar en Múnich más que en Berlín —comento Julián a su amigo ante la sorpresa por el lugar elegido.

—¡En efecto! Buena observación. Verás, Berlín no es un lugar con una gastronomía muy típica, aquí se fusiona casi todo. En la actualidad triunfan más los restaurantes de Shushi o los Kebab. No te iba a llevar a comer un Currywurst, eso lo puedes tomar en cualquier rincón de la ciudad. Así que he pensado en este restaurante, próximo al lugar de nuestro encuentro y típico alemán. Ya que has venido hasta este país, este es el lugar ideal: buena comida, buena cerveza y encima música tradicional. No te quejes, te va a encantar.

Ricard ordenó la comida a la camarera que llegó con el tradicional traje Dirndl: falda, delantal, corpiño y blusa sexy, muy sexy y transgresora, según apreció Julián.

—Julián —dijo Ricard—. Bonita blusa la de la camarera, escote generoso, pero solo para ver, no hay nada más que hacer.

Lleva anudado el delantal en la parte derecha, señal de estar comprometida, así que deberás buscar en otra parte.

—No he venido precisamente a ligar. No tengo la cabeza para esas cosas en este momento. He venido porque tengo que localizar a una persona —empezó explicándole a Ricard—. El hijo de un industrial de Barcelona a quien quiero ver lo antes posible. Estoy persiguiendo una noticia muy importante para mí y especialmente para él. Se trata de un personaje algo particular, un líder antisistema que según mis fuentes está en la casa okupa Köpi. ¿La conoces?

Ricard abrió los ojos como platos.

—¿La casa Köpi 137? Eso es un centro cultural—okupa. Ese lugar está en un estado ruinoso. Se celebran sesiones de cine, charlas..., pero vivir ahí, que yo sepa, no vive nadie; aunque ve tú a saber. Si quieres, comemos y luego te acompaño hasta allí y sales de dudas.

Llegó la espléndida camarera con su Dirndl y todo el encanto que guardaba en él, cargada con dos jarras monumentales de espumosa cerveza en una mano y en la otra una bandeja repleta de salchichas y un fabuloso codillo horneado, atravesado mortalmente por un poderoso cuchillo.

Después de haber dado buena cuenta de los succulentos y copiosos platos y de un par de buenas jarras de cerveza, los dos hombres iniciaron el camino en busca de Llätzer Basté.

—Vamos a ver —dijo Ricard animado por la cerveza—. Estamos en Alexa, así es como llaman los berlineses a Alexanderplatz. Köpi está en este mismo barrio, casi en el límite con el de Kreuzberg. Si te parece bien, y aprovechando que ha parado de llover, podemos ir caminando y así digerimos la comida.

La tarde empezaba a dar muestras de languidecer. El otoño en Berlín acelera la caída del sol y en los días grises las sombras se apoderan rápidamente de los rincones de la ciudad. Mientras caminaban por Alexander Strasse, avanzando en dirección al río

Spree, Ricard le explicó a Julián algo que entroncaba con los personajes con los que más adelante se iba a encontrar.

—Por cierto —interrumpió Ricard mientras tenían una conversación trivial sobre la liga de fútbol alemana—, ya que estás interesado en encontrar a ese hombre, tal vez te interese que te explique que cerca de donde se encuentra la casa Köpi, en el barrio de Kreuzberg, es donde el movimiento okupa arraigó con la caída del muro, jóvenes anarcopunk de diferentes lugares llegaron a Berlín para ocupar casas, dando así salida a su espíritu rebelde, contestatario y alternativo. Allí se conmemora, como en pocos sitios, el Primero de Mayo, Día Internacional de los Trabajadores. Para celebrarlo se lleva a cabo el festival Myfest Es un acto callejero que inunda el barrio con música, teatro, circo, gastronomía y sobre todo con actos políticos de movimientos sociales. Todo ello en la misma calle, porque la calle es el lugar en el que se mezcla y convive la gente en este barrio que recibió durante la década de los 60 a una gran cantidad de ciudadanos de origen turco que llegaron a Alemania buscando trabajo, y al Kreuzberg atraídos por los bajos precios. Con el paso del tiempo el barrio fue politizándose debido a la llegada de otros colectivos, jóvenes pacifistas y de ideología izquierdista de todo el país, ya que vivir en Berlín Occidental eximía de hacer el servicio militar.

»Tengo entendido que el Myfest —siguió explicando Ricard—, pese a estar oficialmente organizado por los vecinos y los negocios locales, en realidad está financiado por la policía berlinesa con el objetivo de despolitizar el festival y apartar las manifestaciones revolucionarias. El embrión de este festival fueron las manifestaciones que se iniciaron en 1987, con una gran batalla campal, que se repitieron año tras año. Sin ir más lejos, el año pasado hubo más de doscientos heridos y más de trescientas personas detenidas. Si es cierto que la policía financia el festival, parece ser que no les está saliendo demasiado bien la jugada. Leí

el otro día un artículo que hablaba sobre un reciente estudio hecho por investigadores de la Freie Universität Berlín en el que se explica, que han llegado a la conclusión de que solo hay violencia cuando los manifestantes se sienten provocados por la policía. Yo, particularmente, no lo creo. Pienso que en este tipo de manifestaciones siempre hay grupos radicales infiltrados, bien sean de una u otra tendencia, en cualquier caso, con el fin de desestabilizar y conseguir el efecto contrario que la manifestación pretende.

Mientras Ricard explicaba resumidamente la idiosincrasia del barrio turco de Berlín y su manifestación cultural más famosa, fueron avanzando hasta cruzar el río Spree que se iba sumiendo en la bruma del otoño berlinés. Julián sintió, a medida que avanzaban por aquella ciudad, que siempre se le había representado como una ciudad herida, atravesada por una cicatriz mal suturada que emanaba un fluido capaz de distanciar tanto sus barrios como a sus habitantes. Tardaría aún años en poder reunificar verdaderamente lo que la locura humana había cortado de un tajo cuando desde 1949 se empezaron a levantar barreras entre las dos partes del Berlín ocupado, iniciando la separación política que avanzaría inexorablemente, hasta que en 1961 definitivamente se convertiría en lo que se conoció como el «muro de la vergüenza». Esa enorme y penosa brecha, duraría veintiocho años, y separaría física y mentalmente a dos generaciones. Por fortuna, aquella etapa oscura de la ciudad, del país entero, había pasado y Berlín y los berlineses avanzaban con paso lento, pero firme, en el reencuentro de dos maneras de ver el mundo. ¿Dos?... ¡Había más de dos! Nuevas tendencias se intercalaban entre los antiguos modelos conceptuales de hacer política. El movimiento anticapitalista, punk, okupa, antisistema, llámelo como quiera cada cual, tenía una presencia especialmente importante en la ciudad y más específicamente en Kreuzberg y Köpiera, una de sus sedes principales. En esos pensamientos estaba sumido Julián cuando Ricard le anunció que se encontraban en Köpenicker Strasse, 137; a las

puertas del ruinoso edificio que acogía a una parte del movimiento alternativo en aquella zona de la ciudad.

Köpi era un sólido bloque en forma de U que se encontraba en un estado lamentable ante los ojos de cualquiera que no comprendiese lo que allí ocurría desde hacía lustros. Julián empujó la valla en forma de espiga que hacía las funciones de entrada principal al recinto. Una señal de tráfico de circulación prohibida, manufacturada, manuscrita, casi cómica, lanzaba un mensaje de advertencia que inconscientemente obvió el periodista. Al acceder al interior del patio principal, una pintura mural en la fachada del edificio de grandes dimensiones recibía al visitante. La cabeza psicodélica de un león con las fauces desafiantes, flanqueada por sendas calaveras, trataba de intimidar a los recién llegados o sencillamente intentaba marcar el terreno pisado una y mil veces por quienes se oponían a la presencia del movimiento alternativo en aquel lugar. No pudo ver nada más, de pronto un enorme guante de boxeo se proyectó directamente sobre la oreja derecha de Julián, tumbándolo en lo que fue un nocaut en toda regla.

Ricard que se había quedado rezagado contemplando los grafitis que se extendían por doquier, pudo ver el impacto y seguidamente la caída sobre el asfalto resquebrajado, sucio y húmedo del patio a donde fue a parar Julián.

—¡Vaya golpe! —se pudo escuchar en alemán con fuerte acento eslavo

La voz provenía de un okupa que se encontraba sentado en lo que parecía un mullido sillón de salón desvencijado y mugriento, colocado en una de las puertas de acceso al edificio. Al contemplar en toda su amplitud el patio, Ricard vio a dos jinetes que cabalgaban sobre unas seudobicicletas customizadas con materiales reciclados para tratar de convertirlas en vehículos de combate y que vestían como personajes extraídos de la película Mad Max. El tipo que había propinado el puñetazo a Julián, lo había hecho accidentalmente utilizando una rudimentaria lanza como las que

se usaban en las justas medievales, rematada en un puño enfundado en un guante de boxeo. El personaje se abalanzó rápidamente sobre él interesándose por su estado y pidiendo disculpas en voz alta. El ataque no había sido en efecto intencionado, aunque en primera instancia fue lo que pensó con espanto Ricard.

En cuestión de minutos, el patio se convirtió en el epicentro de la Casa Köpi. Un buen número de okupas de diferentes «pelajes» se agruparon sobre Julián que había sido reclinado entre su amigo y el guerrero Nightrider, que se excusaba sin demostrar excesiva carga de culpa. De pronto la multitud fue abriendo paso respetuosamente a un personaje que avanzaba hacia el trío que formaban Ricard, Julián y el caballero. Parecía evidente que aquel hombre era una autoridad en aquella comunidad. Una mujer madura, entrada en carnes, con el pelo de diferentes colores, a juego con sus medias rasgadas y sucias, escasamente vestida para la temperatura de aquel día y con los senos desprovistos de un sujetador que se antojaba necesario para evitar que la gravedad hiciera estragos en su anatomía; aquella veterana de la anarquía, mencionó el nombre del venerado personaje: «Gerd Wiesler», anunció para ella misma con solemnidad.

Gerd Wiesler llegó hasta Julián, le tendió la mano y lo ayudó a incorporarse con extremo cuidado. Aquel hombre de rostro sin edad y de aspecto anodino, vulgar, no encajaba en aquel lugar. Más parecía tratarse del gerente de una fábrica textil o de electrodomésticos que de alguien relacionado con lo que en aquella casa acontecía: uno de los centros berlineses más radicalizados y abanderados en la causa anticapitalista. Ricard lo contemplaba sin saber qué decir. Julián trataba de entender, en primer lugar, qué o quién lo había enviado al pavimento y, en segundo lugar, mirando por el ojo sano y a través de la rendija en la que se estaba convirtiendo su ojo derecho, inflamado notablemente a causa del impacto contra el suelo frío y sucio, saber quién era aquel hombre

que vestía con jersey negro de cuello cisne, traje barato de dos piezas de color gris marengo, en un estilo muy propio de los años setenta. Bien podría decirse que aquel traje lo había adquirido en la Alemania Oriental y que aún lo mantenía en bastante buen estado, al igual que sus zapatos impolutos, pero gastados como si hubiera dado con ellos varias vueltas al planeta. Aunque Julián lo ignoraba aún en aquel momento, sus suposiciones no erran erradas.

—Lo siento sinceramente. Estos chicos son unos verdaderos inconscientes. Un día van a hacer daño a alguien o se lo harán a ellos mismos. Confunden todo constantemente. Ahí los tiene disfrazados de guerreros del futuro. Cutres y absurdos —empezó diciendo serenamente.

Todos los allí reunidos lo observaban en silencio, sin atreverse a enfrentarle la mirada.

—Están entrenando para la próxima Bike War, que se llevará a cabo en unos meses. Una batalla entre ciclistas alternativos con sus bicis recicladas y customizadas para destrozarse unas a otras. Todo un espectáculo callejero digno de contemplar. Absurdo, pero curioso —continuó explicando el caballero trajeado, el exótico personaje en medio de una fauna antagónica a su estilo.

—Acompáñeme, por favor. Debemos atender sus contusiones —sugirió el hombre, mientras los caballeros ciclistas se retiraban entre risitas nerviosas.

El observador regresaba a su horrendo, pero mullido sillón, y los ocupantes se iban diseminando por sus diferentes madrigueras.

Wiesler los guio hasta el interior de la casa. La iluminación era escasa, pero en las paredes se intuían los murales que algunos de los ocupantes más artísticos habían plasmado en algunos días de inspiración. En su mayoría se trataban de dibujos sin calidad hechos con aerosoles, aquí un símbolo okupa, allí una pintada reivindicativa, pero en algunos lugares, Julián, aún aturdido, cre-

yó vislumbrar pinturas de cierta calidad. Los rumores de la gente en el patio llegaban amortiguados por la distancia y las puertas que se iban cerrando tras ellos. Finalmente accedieron a una estancia que contrastaba con lo que hasta el momento habían visto de la casa. Era una habitación que daba al exterior. En la segunda planta del edificio, bajo los ventanales, podía observarse el patio donde había ocurrido el accidente y más allá la valla en forma de espiga y tras ella la calle. Era un mirador perfecto para controlar el acceso a la casa.

La habitación estaba decorada de forma espartana. Una cama individual, donde reposaban dos grandes cojines, hacía las funciones de sofá. Una mesa de formica azul donde reposaba un ordenador portátil que mostraba un texto en Word sin acabar. En un rincón, pegado a una de las ventanas, había una mesa de aluminio y sobre ella una cocina de sobremesa. Junto a la mesa un armario despensero también en formica azul. Una estancia en un lateral de la habitación con la puerta entornada delataba un pequeño cuarto de baño. Había algo que predominaba en aquella habitación, algo que la convertía en un lugar sereno y armonioso. Se trataba del orden, un orden riguroso, casi enfermizo. Todos los elementos que había en aquel lugar, parecían estar donde les correspondía, hasta incluso el haz de luz de la lámpara que había encendido Gerd Wiesler, se proyectaba hasta el lugar preciso, justo en el lugar de la cama donde les hizo sentar a Julián y Ricard.

Allí permanecieron, en silencio, sin hacer preguntas, ni hablar entre ellos, en espera de que regresase Wiesler del cuarto de baño.

—¡Vamos a ver ese ojo! —dijo el hombre, que ahora bajo la luz de la lámpara desvelaba en parte su edad. No se trataba de un anciano, aunque su otoño había pasado hacía tiempo.

Manos rápidas y certeras se aplicaron sobre la pequeña brecha de la ceja suturándola con dos grapas adhesivas. Aplicó un ungüento sobre los párpados inflamados que sacó de un tarro tan viejo como él, y posteriormente colocó un apósito sobre la

herida de la ceja. Al finalizar devolvió todo el material utilizado a su lugar y se apresuró a deshacerse impecablemente de los restos desechables. Puso a calentar agua y en pocos minutos los tres estaban sorbiendo té humeante, mientras la noche había caído sobre la ciudad y las sombras presidían la estancia.

—¿Y bien? —empezó preguntando el viejo— ¿Qué les ha traído hasta Köpi? No todo el mundo es bien recibido por aquí. No es precisamente un lugar para venir a hacer turismo y por lo que veo, usted —dijo dirigiéndose a Ricard—, por su chaqueta, adivino que se dedica a pasear extranjeros por la ciudad. Y usted —giró su rostro hacia Julián—, o es un turista o al menos está de paso por Berlín.

—En primer lugar, déjeme agradecerle su atención —se arrancó Julián, que ya estaba más sereno y había recobrado todos los sentidos—. Seguidamente le explicaré el porqué de nuestra visita. Mi amigo Ricard... —dijo mirando al guía, quien levantó el dedo indicé ratificando su persona—. Mi amigo es guía, como usted bien ha adivinado, pero él solo me ha acompañado hasta esta casa como favor personal, nada profesional. Y por lo que respecta a mí, mi nombre es Julián Salvado y vengo desde Barcelona para hablar con un ocupante de la casa. Tengo que verme y charlar con Llátzer Basté, o tal vez para usted será más conocido como Lazar.

El hombre no pareció escuchar lo que Julián le decía, tan solo le miraba, sin expresar nada, mientras sostenía la taza de té entre las manos, aprovechando el calor del recipiente para mitigar el frío que se colaba por todos los rincones de aquel vetusto y ruinoso edificio.

Wiesler, introdujo su caldeada mano en el interior de su chaqueta, a la altura del corazón. Al sacarla sostenía un teléfono de última generación. Aquel objeto contrastaba con las demás piezas de museo de la habitación, tanto como él mismo con el resto de

gente que pululaba por aquel lugar. Marcó un número, salió de la habitación y tan solo un leve rumor llegó a los oídos de los recién llegados. Una conversación breve, en alemán. Parecía como si Wiesler estuviera dando instrucciones. Monótono, sereno pero firme, un siseo amortiguado por la pesada puerta. Tanto Julián como Ricard se habían concentrado en tratar de captar el sentido de la conversación. Como dos viejas cotillas entrecerraban los ojos tratando de aguzar de ese modo involuntario el sentido del oído, pero sin moverse de aquella cama que hacía las funciones de sofá, siempre dentro de la isla que formaba el perímetro de luz. De pronto se hizo el silencio, seco, frío, tan solo alterado por el leve zumbido que producía el viejo ordenador. Se abrió la puerta, rompiendo la calma del lugar el rechinar de las viejas bisagras. Gerd Wiesler no llegó a entrar en la habitación. Se limitó a emitir secamente sus órdenes desde allí mismo.

—Usted —dijo dirigiéndose a Julián—. Debe acompañarme. El guía se tiene que marchar.

Claro y conciso. No había lugar a dudas. Ricard se incorporó como por un resorte. Realmente el guía tenía verdaderas ganas de salir de allí, y las instrucciones de Wiesler le liberaban de su compromiso con Julián.

—Gracias, amigo. Márchate tranquilo. Creo que he encontrado lo que he venido a buscar. Si necesito alguna cosa te llamaré.

—Por favor, sobre todo mantenme informado —dijo Ricard con preocupación en la voz.

Los dos amigos se estrecharon las manos como despedida. Ricard salió de la habitación y se perdió escaleras abajo, mientras Julián seguía al viejo escaleras arriba, que ascendía los escalones de dos en dos.

Al llegar a la cuarta planta accedieron a una amplia sala en donde se reunían un buen número de personas ocupando sillas, sillones, cojines repartidos por el suelo o cajones que cumplían la función de asientos. Todos formando un hemicírculo en cuyo cen-

tro se encontraba un personaje dando una conferencia en inglés. Un único foco iluminaba al ponente que se encontraba prácticamente en trance mientras enfervorizaba al público con sus palabras y sus gestos desmesurados. Vestía pantalón militar, camisa a cuadros rojos y negros, sobre la que llevaba un chaleco tejano repleto de insignias, chapas, y tachuelas. Calzaba botas y lucía un peinado mohicano que no llegaba a poderse considerar una cresta. Estaba tratando de explicar lo que pretendía la democracia participativa promulgada por Ken Knabb.

—Al experimentar métodos diferentes, la gente se dará pronto cuenta por sí misma de qué formas de propiedad, intercambio y contabilidad necesitan. En cualquier caso, cualesquiera que sean los problemas «económicos» que puedan permanecer, no serán serios porque los límites impuestos por la escasez serán un factor solo en el sector de «lujos» no esenciales. El acceso universal gratuito a la comida, la ropa, la vivienda, los servicios públicos, la asistencia sanitaria, el transporte, la comunicación, la educación y las facilidades culturales podrían alcanzarse casi inmediatamente en las regiones industrializadas, y dentro de un breve período de tiempo en las menos desarrolladas. Muchas de estas cosas ya existen y simplemente necesitan hacerse más equivalentemente accesibles; las que no, pueden producirse fácilmente una vez que la energía social se desvíe de empresas irracionales.

Ahí tiene a Lazar —dijo Wiesler acercándose al oído de Julián—. No tardará demasiado en concluir su charla. No les habla más de veinte minutos. Tiene el convencimiento de que los mensajes son más efectivos en charlas de quince o veinte minutos, que explayándose y alargando el tiempo. Eso es algo que se adapta bien a su naturaleza, no es un hombre demasiado hablador. El impacto y la efectividad de sus consignas no dejan dudas sobre su teoría. Da microconferencias cada día con un rotundo éxito entre nuestros compañeros.

Lazar fue calmándose, relajando el tono de su discurso a medida que se acercaba al final. Jugaba con las palabras, con el tono, con las pausas. Transportaba a sus oyentes según el mensaje y las consignas que enarbolaba; y de pronto les hacía regresar del zénit al que había llevado su charla, devolviéndoles a sus asientos en aquella sala de la casa Köpi. Igual que un prestidigitador hace aparecer una paloma de su chistera, Lazar era capaz de materializar nuevamente el habitáculo que había hecho desaparecer de la percepción de los que se habían evadido mediante su hipnótico discurso.

Semejó el aterrizaje de un planeador, o también podíamos compararlo con una de aquellas viejas canciones que finalizaban mientras el volumen iba bajando poco a poco. Así terminaba sus charlas aquel orador de primera división.

Cuando quedó en silencio, mantuvo la mirada perdida entre los oyentes, que se pusieron a aporrear el suelo, las sillas, las paredes, como muestra de reconocimiento. Tal vez aquel grupo de personas de convicciones alternativas al convencionalismo, entendían que el aplauso era una forma excesivamente capitalista para reconocer el valor de lo que aquel personaje acababa de exponer.

La gente fue abandonando la sala entre comentarios que Julián no lograba entender, aunque, por el contrario, sí conseguía interpretar que habían disfrutado escuchando el micromitin de Lazar, que no dejaba de saludar a sus oyentes a medida que estos se marchaban. Wiesler agitó la mano en el aire reclamando la atención del orador, quien rápidamente se percató y escrutó a Julián antes de acercarse.

—Lazar, este es el señor Julián Salvado. Ha venido desde Barcelona para hablar contigo —dijo Wiesler sin apartar la mirada de los dos pretorianos que custodiaban la entrada de la sala, a quienes parecía dirigir tan solo con la vista.

Lazar no pareció extrañado ante el hecho de que alguien proveniente de su ciudad se presentara en aquel lugar para verle.

Aunque en efecto mostraba en su rostro cierta mueca de recelo ante aquel desconocido.

La sala se había vaciado y tan solo permanecían en el interior los tres hombres. Julián sintió que el frío de Berlín se filtraba a través de sus botas y ascendía helándole hasta incluso las palabras que salían de su boca.

—He venido hasta aquí —empezó diciendo dirigiéndose a Lazar— después de haber presenciado el asesinato de tu padre.

Frío, directo, sintético. Julián no dudó en dar de su misma medicina a aquel speaker de microdiscursos. Recordó que una buena defensa siempre consiste en un buen ataque, y tal y como se habían puesto las cosas, con aquellos esbirros de aspecto alternativo custodiando a sus líderes, Wiesler controlando la conversación y la mirada de Lazar clavada hasta el fondo de su alma, lo mejor era desarmar de entrada al que se había convertido en el primer objetivo de su viaje.

Lazar parpadeó dos veces, dio un paso atrás, por un momento pareció que perdiera el control de la situación. Wiesler por el contrario permanecía impertérrito a las palabras de Julián.

—¿Quién eres tú y qué quieres de mí? —preguntó Lazar recobrando el aplomo y la serenidad, que se había visto amenazada hacía unos segundos—. Yo no tengo familia. No hay un padre, ni un rastro de familia que penda de mí. Si lo que explicas es lo único que has venido a decir, nuestra conversación ha terminado. Pero antes de marcharte di quien te envía para que pueda saber con qué loco he tratado.

Julián no se dejó apartar tan fácilmente y contratató de nuevo.

—Realmente no vas del todo desencaminado, todo lo que te voy a contar es verdaderamente una locura. Formas parte, aunque tú no lo quieras, de esa locura. Sé que te llamas Llátzer Basté Ripoll, que tu padre fue Félix Basté Arañó, que tu madre fue Mariona Ripoll, que perteneciste a una familia burguesa y que decidiste marcharte y apartarte de ellos al conocer la historia so-

bre tu adopción. Algo que te explicó Fausto Reyes. ¿Sigo? Si lo deseas continuamos aquí de pie y te desgrano más detalles, o si lo prefieres, nos sentamos a charlar y te explico por qué sé que tu padre o como prefieras llamarle ha sido asesinado y el porqué estoy aquí en la puta casa Köpi del frío Berlín helándome las pelotas.

Aquella nueva postura adoptada por Julián, puso en alerta a Wiesler que intuyó rápidamente que lo que aquel hombre pretendía no era fisgonear en la vida de Lazar o en las acciones que se llevaban a cabo por el movimiento que se atrincheraba celosamente en aquella vieja mansión berlinesa. Cruzó unas breves palabras con Lazar en alemán y condujeron a Julián nuevamente a la habitación donde habían estado hacía un rato, y que parecía que cumplía las funciones de despacho y vivienda de Wiesler. Volvieron a ocupar la cama convertida en sofá circundados de nuevo por el haz de luz de la lámpara, en este caso la figura de Ricardo la suplía Lazar, mientras el viejo líder tomaba asiento frente a ellos.

—Explíquese por completo, para que podamos entender qué desea —inquirió aquel hombre, al tiempo que Lazar asentía con la cabeza haciendo moverse todos sus pendientes con un tintineo irritante.

—En primer lugar —dijo Julián dirigiéndose a Lazar—, este es un asunto que creo imaginar que te incumbe exclusivamente a ti. Ya he dado suficientes detalles delante de este caballero ¿Estás seguro de que quieres que sigamos nuestra conversación sin la privacidad que debería?

—Gerd es para mí más que un amigo. Es mi oráculo, mi líder verdadero. Es el hombre mejor informado que conozco. Antiguo capitán de la Stasi que, con la disolución de la Alemania Oriental, supo reconstruirse y canalizar sus ideales en una opción de futuro. Un nuevo orden está por llegar, y los antiguos ideales comunistas debidamente aplicados y fusionados con las ideologías que explicamos en este y otros lugares conocidos como casas okupas

o antisistema nos conducirán a la victoria. No tengo secretos para Gerd Wiesler, al contrario. Necesito que esté al corriente de lo que me ataña para poder escuchar su opinión.

Aquel hombre no tenía límites. Cualquier asunto, fuese de la índole que fuese, lo convertía en un mitin, una perorata, una cascada de palabras enlazadas en un microdiscurso de efecto hipnótico, dudosamente efectivo.

Mientras tanto, Wiesler no había movido un solo músculo, como si la cosa no fuera con él. Se limitaba a observar y esperar recibir más información que procesar en su viejo cerebro.

—Está bien —dijo resignado Julián, al entender que no podía librarse del gurú berlinés.

Tomó aire y se dispuso a explicar a los dos hombres lo ocurrido la tarde anterior: la confesión de Basté sobre la adopción de Lazar, lo que este le había encargado, la irrupción del gigante, y el desenlace fatal en el hotel, así como sus conversaciones anteriores con el empresario catalán. No quiso obviar ningún detalle, al fin y al cabo, estaba hablando con la persona que había motivado todo aquello y quería que estuviese implicado, o al menos al corriente de por qué él, Julián Salvado, se encontraba en Berlín aquel día.

—No hay marcha atrás, contigo o sin ti voy a seguir adelante. Tu padre me hizo un encargo de investigación periodística y te garantizo que esta historia va a ver la luz. Necesito que estés dispuesto a colaborar conmigo, que reconozcas tus orígenes para dar fidelidad a esta historia. Hay muchas otras personas como tú, hombres y mujeres desligados de sus familias al nacer, pero tu caso puede ser, debido a la familia a la que perteneces, un revulsivo en la reivindicación que una y otra vez cae en el olvido. Hombres como Fausto Reyes, son los heraldos de un poder en la sombra que consiguen enterrar siempre esta historia y ya es hora de acabar con todos ellos. Vuestra causa puede ser muy noble y respeto vuestra ideología, pero lo que te explico, lo que tú ya sabes, aunque te lo niegues y trates de engañarte a ti mismo, es algo

que debería prevalecer en tus luchas. No lo obvies por el hecho de que tu familia fuera adinerada. ¿Hubieras actuado de igual modo en el caso de saber que un hermano tuyo hubiera sido robado y entregado a una familia pudiente? Si eres un luchador, un líder de opinión, demuéstralo y pelea contra un enemigo común en todos los frentes. La gente contra la que estáis enfrentados, el poder establecido, es la misma gente que manipuló y aún controla hoy en día nuestro mundo.

Lazar escuchaba a Julián con atención, pero Julián intuía de la comunicación no verbal que aquel hombre había construido un escudo frente a todo lo referente a su familia y orígenes. Parecía rebotarle absolutamente todo lo que iba escuchando. Parecía no sorprenderse de nada, como si lo hubiera esperado, como si aquella historia no fuera con él. Aquella actitud provocó de pronto un tremendo cansancio en Julián. Miró a sus dos interlocutores o mejor dicho a sus oyentes, porque ninguno de los dos expresó opinión alguna. Se pasó los dedos por su ojo inflamado, se mesó los cabellos, se incorporó y sintió un ligero mareo debido aún a los efectos del encontronazo con el caballero-ciclista.

—No tengo más que decir. He venido hasta aquí, te he localizado, te explicado lo sucedido y lo que creo que deberías hacer. Nada más. Allá tú y tu conciencia, chaval.

Julián abandonó la casa Köpi sin esperar a que nadie le acompañase hasta la salida. De nuevo llovía en la ciudad. Frías gotas se clavaban como alfileres en el rostro del periodista que maldecía entre dientes su situación.

Pocos minutos después de salir de aquel extraño y lúgubre lugar unos faros deslumbraron a Julián. Un coche le hacía luces mientras avanzaba lentamente hacia él. Era un viejo Trabant P60, el coche del pueblo de la República Democrática Alemana. Un vehículo fabricado en un polímero plástico cuyos últimos modelos se estuvieron fabricando hasta principios de los noventa. En la actualidad son coches de coleccionista o bien utilizados para

el turismo o, como en aquel caso, perteneciente a un nostálgico, como pudo comprobar Julián, que vislumbró tras el parabrisas la inconfundible tez de Gerd Wiesler, que le hacía señales para que entrase en el vehículo. El viejo agente había ido en busca de Julián antes de que este desapareciera bajo la lluvia berlinesa.

Aquel hombre había permanecido en silencio durante la explicación que el periodista había dado a Lazar. A Julián le había dado la impresión de que a Wiesler no le interesaba lo más mínimo lo que pudiera haber influido en la decisión de su pupilo al conocer la muerte de su padre adoptivo, ni la renuncia de este a su pasado burgués, ni tampoco lo que le había ocurrido a Basté. Ni si quiera sobre la trama de los niños robados. Creía que era algo que no le interesaba en absoluto, pero estaba equivocado.

—Suba al coche, por favor —pidió Wiesler en el mismo tono amable que cuando lo recogió del suelo horas antes.

Tal vez porque Julián intuyó que era su última oportunidad para obtener la colaboración que le había llevado hasta allí, o tan solo por no coger una pulmonía doble, abrió la puerta de plástico del Trabant y saltó al interior empapando la gastada tapicería de escay del viejo auto. Fue como trasladarse a otra época. En el interior del coche permanecía imborrable la huella de la República Democrática Alemana. En el salpicadero destacaba el emblema del extinguido país: un martillo y un compás rodeados por un anillo de espigas de centeno. El martillo representaba a los trabajadores industriales, el compás a la intelectualidad y el centeno a los agricultores. Todo ello envuelto en los colores negro, rojo y dorado de la bandera alemana. El pequeño habitáculo de aquel coche hacía que Julián se sintiera incómodo ante la fuerte personalidad de Wiesler, quién percibió la situación y trató de sacarle partido.

—No soy un nostálgico —se excusó—. Más bien economizo, me gustan mis cosas y cuanto más tiempo pasan conmigo, más me gustan. Este viejo trasto me lleva de un lugar a otro sin pro-

blemas, siempre lo he cuidado, así que él se porta bien conmigo. Eso me pasa con casi todo. Mi reloj lo llevo diariamente desde 1978 —dijo mostrando en su muñeca izquierda un Amulcor Super 23 fabricado en la RDA—. Mis ropas las cuido con esmero y me duran décadas, mis zapatos...

—Y sin embargo utiliza un teléfono de última generación —se atrevió a contradecir Julián.

—Tiene razón, pero no querrá que tenga un móvil de los setenta. No existían. ¡Bueno, sí! Ya tenía algo parecido. Una emisora que utilizaba cuando pertencí a la Stasi, pero eso quedó en desuso. Además, no era mía.

—Escuche, señor Salvado. Lo que usted ha explicado es muy grave. Usted fue testigo del asesinato de un hombre y a nosotros no nos conviene vernos envueltos en ese asunto. Yo sabía la historia de Lazar y conozco desde hace mucho las tramas sobre robos sistemáticos de niños. Todo está ligado. Antes de la Segunda Guerra Mundial nuestros países ya colaboraban en estudios sobre el control de natalidad para la hegemonía de la raza. En España les preocupaba la supremacía de la raza hispánica, en la Alemania Nazi la raza Aria; todo es lo mismo: el control y posterior sometimiento del fuerte sobre el débil. No se trata de casos únicos entre nuestros países, muchos otros utilizaron y utilizan en la actualidad métodos para controlar a los ciudadanos.

Los nazis que se refugiaron en Argentina, colaboraron muy activamente desde la clandestinidad con los gobiernos totalitaristas para la abolición del comunismo. ¿Y qué fue lo que utilizaron para descascar a esa gente? Eliminarlos sistemáticamente haciéndoles desaparecer a ellos y a sus hijos, a quienes robaron y entregaron a familias adeptas a sus ideales. Lo mismo, siempre la misma fórmula.

»Usted persigue una noticia, quiere denunciar unos hechos que vienen ocurriendo desde hace mucho, mucho tiempo y que de vez en cuando alguien saca a la luz, pero antes de que nadie

haga nada relevante, de alguna forma, rápidamente es silenciado. Los familiares de las víctimas no tienen la suficiente fuerza para llegar más allá de conseguir hacerse oír a base de insistir e insistir, gastando una energía enorme y agotadora. Algunos consiguen destapar algún caso y recuperar alguno de los vínculos que les fueron extirpados por la fuerza. En su país se ha creado una asociación que denuncia los hechos de las adopciones ilegales durante el franquismo y que duró hasta hace muy poco. Pero les cuesta mucho hacerse eco. No crea que sus compañeros de la prensa no se han interesado, pero la presión que se ejerce desde los círculos a los que no interesa que se investigue es tan poderoso, que rápidamente se silencia y nadie más que los afectados se vuelven a preocupar.

—¿Se equivoca! —replicó Julián palmeando el tablier del auto, arriesgándose a que aquella antigualla se desmontase—. No trato tan solo de denunciar de nuevo lo que hizo el franquismo y lo que los gobiernos actuales quieren ignorar. Ya sé que existen asociaciones de afectados que intentan hacerse oír, y que luchan contra ser silenciados y olvidados; y si está en mi mano, colaboraré en esa lucha. Mi encargo es otro que va más allá de la reivindicación de esos hechos. Basté me encargó destapar a quienes tratan de silenciar toda esa trama de corrupción, que desde hace décadas controlan de la forma más oscura e impune los destinos de miles de personas. Tal como usted dice, es cierto que los intentos de control de la población se ejercen a nivel mundial desde hace muchos años, y al parecer son pocas las personas que se revelan ante tal manipulación, pero ¿cómo pueden hacerlo? La gente ve pasar por delante de sus narices casos de robos de niños, corrupción en los partidos gobernantes, expolios económicos que lastran a un país entero, recortes de los derechos civiles y todo sin pestañear. Sencillamente se cambia el canal de televisión o se pasa a la página de deportes del periódico. ¿Estamos catatónicos, alienados, inmunes a esta manipulación? Me niego a quedarme con los brazos

cruzados. Acaban de reventarle los sesos a un hombre en mis narices, han intentado matarme y casi lo consiguen. Si ese seudolíder amigo suyo se muestra indiferente a lo que puedan haberle hecho a su familia, me da lo mismo. A tomar por culo las empresas o los intereses de sus antepasados o, mejor dicho, de los antepasados de quien le compró. Pero yo seguiré adelante con esto que se ha convertido en algo personal. Créame tengo poco que perder.

La lluvia continuaba empapándolo todo, rodeando a los dos hombres encerrados en el pequeño habitáculo del Trabant. Hubiera sido lo mismo entrevistarse en un submarino. Aquella situación, mezclada con los acontecimientos de las últimas horas provocó en Julián una sensación de claustrofobia que le obligó a tratar de abrir la puerta del coche.

—No se puede abrir desde el interior —explicó Wiesler mientras arrancaba el motor—. ¡Tranquilícese! Le acompañaré hasta donde desee para que pueda secarse y descansar. Más tarde hablaré con Lazar sobre este asunto. Entienda que también ha sido una noticia sorprendente para él.

Diciendo esto, se dispuso a avanzar lentamente por la calle inundada, mientras Julián luchaba con la vieja manecilla intentando bajar la ventanilla. Solo consiguió deslizar el cristal dos dedos, lo suficiente como para que el frío de Berlín liberara en parte la atmosfera de represión que emanaba de todos los elementos que componían aquel pedazo de reliquia postcomunista.

Quince minutos más tarde, el viejo Trabant se detenía a las puertas del impresionante edificio que ocupaba el hotel Park Inn by Radisson en Alexanderplatz. Una torre de acero y cristal de 37 plantas, el edificio más alto de Berlín.

Wiesler bajó del vehículo y abrió la puerta del copiloto permitiendo que Julián se apease. Le tendió la mano a modo de despedida y mientras la estrechaban, Julián sintió que aquel personaje transmitía una energía que era difícil de interpretar. Creyó comprender por qué era indiscutiblemente el líder de aquel grupo de

personas que se congregaban en la casa Köpi. Fue como una leve descarga de positividad o energía, algo así como lo que debería sentir una batería, en el improbable caso de que las baterías pudieran sentir, cuando son conectadas para recibir su porción de vida renovada. Un leve zumbido, un casi imperceptible hormigueo desde los dedos hasta el centro del pecho, que le irradiaba a las sienes, obligándole a entornar los ojos como si una potente luz lo deslumbrara.

—Tenga cuidado. El poder que se oculta detrás de lo que usted persigue es demasiado potente. No hay nada extraño en él, nada demasiado oculto hoy en día; sencillamente es un poder, como decirlo... transparente. Por utilizar un término simple. No se ve, no porque esté escondido, todo lo contrario. El poder está ahí, constantemente, eso es lo que lo convierte en peligroso. Nos envuelve, forma parte de nosotros, han conseguido impregnarnos, hacerlo cotidiano, nosotros mismos lo retroalimentamos, inconscientemente. Algo tan simple como abrir un refresco, ¡psss-siiii! —Y mientras emitía la onomatopeya, hacía el gesto de abrir una lata—, o encender el televisor. —Y nuevamente se esforzaba en simular oprimir las invisibles teclas de un comando a distancia igual de invisible—. Están en todas partes: en los alimentos, en los tintes de los tejidos, en el agua del grifo y así se permiten nuestro control. Ya no es solo un robo de bebés, va más allá, nos lo han robado todo. Cuidado con lo que investiga ya le han avisado una vez.

Y diciendo esto, Wiesler subió de nuevo al auto y se perdió en la fría noche berlinesa.

Alexanderplatz era un ir y venir de gente, todo parecía estar en movimiento. Todo lo contrario a lo que le ocurrió a Julián Salvador; el periodista se había quedado petrificado. Parecía como si la mismísima Medusa lo hubiese mirado a los ojos. Todavía sentía la corriente recorrer su cuerpo mientras las últimas palabras del antiguo agente del KGB bullían en su cerebro; lo que le había

dicho, casi de forma encriptada, era simplemente una ida de olla conspiranoide. Pero, ¿por qué? Wiesler no parecía para nada ser ese tipo de personas, todo lo contrario, hasta aquel momento le había parecido alguien muy lúcido. Y en cambio sus palabras de despedida podrían haberlas firmado un demente. Inconexas, casi sin sentido, aunque plasmando un mensaje muy claro. Poco a poco fue plegando sus pensamientos, como quien dobla un periódico, hasta asumir de nuevo su condición de persona que precisa de cobijo y alimentos. Entró en el hotel y pidió una habitación.

El Sol de Ocaña

Romance a Ocaña

Carlos Cano (1985)

Un tibio sol se esforzaba por caldear la ciudad de Barcelona a primera hora de la tarde. Era el momento en el que, si las nubes lo permitían, sentarse en la terraza del Café Español para tomar un bítter acompañado de unas aceitunas rellenas, se convertía en una de las debilidades de la encargada de vestuario del Teatro Apolo. Elegantemente sencilla y bella. Así se podía definir su estilo. Se sentaba siempre en la misma mesa, y sin tener que decir nada, Juan el camarero le servía su aperitivo preferido. El barman era un veterano de aquel mítico lugar del Paralelo barcelonés. Su hermano mayor, su padre y antes de este su abuelo, ya habían servido a los más variopintos personajes asiduos de aquel café centenario.

—¡Aquí tiene, señorita Amanda! —dijo educadamente Juan. Le gustaba tratar a algunas mujeres con esa fórmula de cortesía—. Aquí tiene su bítter y las mejores aceitunas rellenas del mundo mundial. Ya sabe que aquí fue el primer lugar de Barcelona donde se sirvieron. Las trajo el antiguo dueño, en la época de mi abuelo. Fue durante un viaje a Alcoy donde conoció a Cándido Miró quien le enseñó su fábrica de aceitunas rellenas «El Serpis». Usted

se imagina, señorita Amanda, en Alcoy, donde no hay mar para obtener anchoas ni olivos en condiciones. Fue el agua, señorita, el agua y la sal, o sea, la salmuera lo que provocó que aquel hombre marcara la diferencia.

—¿La salmuera? Tú sí que eres salao Juanito. ¡Qué cachondo y enterao! —respondió Amanda.

Toda su elegancia exterior se perdía cuando abría la boquita. Tenía una forma de expresarse que, a quienes no la conocían, les resultaba como mínimo chocante.

—¿Sabes, Juan? Ahora que me hablas de las aceitunas..., mira que están cojonudas las cabronas. Leí en una revista de esas de la peluquería, una en la que ahora que me acuerdo enseñaba la punta de la pepitilla una de esas folclóricas, la peluda... ¿Cómo se llama? Bueno, que me enrolló mucho, leí que el primer bar donde sirvieron aceitunas rellenas fue en el Torino, que abrió un italiano en el Paseo de Gracia cuando a Cristo le salió el primer diente. Así que el jefe de tu abuelo debió de hacérselo con la mujer del italiano para que le cantase quién era el proveedor, o mejor aún, igual se lo hizo con el mismísimo italiano. Mira que algunos transalpinos prefieren que los pongan mirando a Cuenca a ser tildados de cornudos. Si no, acuérdate de lo que decían de los romanos, los del pecho de lata. ¡Hay que joderse con las aceitunas! —decía estas barbaridades Amanda, mientras Juan ya estaba atendiendo a otras mesas.

El camarero conocía de sobra a la mujer y no se inmutaba con sus peroratas absurdas.

Acabó su aperitivo y se encaminó hacia la calle Nou de la Rambla, no sin antes lanzarle un beso de despedida a Juan que lo cazó en el aire con una mano mientras hacía equilibrios con la bandeja en la otra.

Mientras deambulaba por el Raval, sus pensamientos volvieron a la época en que ella identificaba aquella zona de la ciudad

como el Barrio Chino. Hubo un tiempo que le parecía muy lejano, en otra vida, así era justamente para ella; había sido otra vida la que había vivido atrapada en el cuerpo de un hombre. Era un niño aún, pero ya sabía que algo no encajaba del todo. Como aquel día que paseaba con su padre por El Chino infestado de delincuentes, putas, macarras, travestis y maricones genetianos, y al llegar a la Rambla se encontraron con Nazario y Ocaña en plena performance. Aquel niño quería también mostrarse como una mujer, vestido de otro modo, viviendo y sintiendo libremente su condición sexual, pero la férrea mano de su padre lo sujetaba más allá de lo físico, más allá de lo que todavía podía comprender.

A golpe de tacón alcanzó la Rambla y al levantar la vista se encontró frente al Bar Amaya, otro de los lugares de parada obligatoria en su paseo habitual. Entró en el local y miró de soslayo los mármoles desgastados por los tacones de las prostitutas que hicieron guardia junto a su puerta en los tiempos del puterío en la zona. No le hizo falta mirar la minuta. Encargó en la barra una copa de cava AT Roca y dos ostras gallegas junto con un taco de atún en escabeche con piparras vascas.

—Eso te va a picar en la lengua —soltó sin más el viejo desdentado que ocupaba un taburete en el extremo de la barra, y que no le había quitado el ojo de encima desde que había entrado.

—¡O el ojo del culo! —respondió ella mientras le enseñaba su dedo corazón—. Pero no serás tú quien me lo rasque. Además de cabrón eres un ignorante, las piparras no pican.

El camarero se acercó al viejo y le dijo algo que Amanda no alcanzó a oír. El hombre apuró su vino y se marchó añorando los dientes entre los que le hubiera encantado refunfuñar.

La mujer sacó de su bolso el teléfono móvil y marcó el número de Julián. Pensó que si estaba por la zona le apetecería tomar una copa con ella. El teléfono emitió las señales suficientes como para hacer que el contestador se activase emitiendo la robótica voz de

una operadora que indicaba que el teléfono al que llamaba estaba apagado o fuera de cobertura. Colgó.

Acabó sus raciones, pagó y se despidió del camarero a su estilo.
—Gracias, corazón de melón.

Los plátanos habían perdido sus hojas ya hacía algunas semanas, aunque todavía quedaban las suficientes como para convertir La Rambla en un río vegetal de tonos ocre. Amanda ascendía dirección a la Plaza de Cataluña observando las estatuas humanas. Una que le llamaba especialmente la atención era la del hombre trajeado y tocado con un bombín, pintado totalmente de blanco y sentado en un váter mientras simulaba leer un libro. Le hacían gracia las caras de estreñimiento que el artista iba poniendo mirando al espectador fijamente. Otra que también le hacía detenerse era la de los «velocípedos». Dos ciclistas vestidos de época que pedaleaban junto a sendos esqueletos que repetían sus movimientos activados por un sutil mecanismo.

Al llegar a la altura de la calle Portaferriusa tuvo la impresión de que alguien seguía sus pasos. Aceleró, hizo un amago de parada en otro de los espectáculos callejeros, el de los bailarines de breaking, y trató de perderse entre el público. Creyó que el viejo desdentado la había seguido y por un momento estuvo tentada de sacarse el zapato y liarse a taconazos con él, pero al buscar entre la gente no vio ni rastro del viejo. Tan solo reparó en unos turistas que habían bebido más de la cuenta y querían participar en el show a toda costa, una viejecita que le recordó a la Moños, y un gigante pelirrojo vestido escrupulosamente de negro que cruzó la calle y desapareció por la calle Santa Anna. «Estoy paranoica. Deben ser las ganas que tengo de que me siga un hombre», ironizó mentalmente. Acto seguido, y para tratar de ahogar la angustia sentida, giró en Tallers y se coló en Boadas, no sin antes santiaguarse, costumbre que tenía cada vez que entraba en aquel lugar, a sabiendas de que cuando saliese necesitaría apoyo divino para llegar a casa. Los daiquiris de Boadas, decían los viejos del lugar

que eran herencia del Floridita de La Habana. No en vano Miguel Boadas, fundador de la mítica coctelería, era primo hermano del propietario del famoso Floridita. Él mismo había trabajado de jovencito en el lugar aprendiendo el oficio. Así que no era de extrañar que en aquel lugar se pudiese disfrutar de uno, dos o tres daiquiris o cualquier otro de los excelentes cócteles.

Saboreaba el segundo daiquirí, sentada en el taburete más alejado de la puerta de entrada para poder controlar todo el local. Amanda era muy meticulosa con los lugares donde se sentaba en los bares, los restaurantes, las cafeterías... Era maniática, no solo con eso, sino con casi todo lo que tenía que ver a la hora de escoger un lugar: el volumen de la música, la iluminación, la temperatura. Era capaz de marcharse de un restaurante si la mesa que le ofrecían no cumplía con los requisitos que ella pedía: mesa amplia, junto a la pared, no demasiado pegada a otros comensales. Se convertía en un verdadero coñazo para los camareros y restauradores. Ella decía que con su dinero iba donde quería y que, si no estaba a gusto, «pa casa», o al bar de toda la vida, «que ya saben lo que me gusta». Allí sentada con las piernas cruzadas como era su costumbre, el recuerdo de Ocaña volvió a su mente. Fue un personaje que la marcó en el pasado y del que Amanda guardaba como un fetiche, algunos originales de sus pinturas, artículos de prensa, la película donde actuó a las órdenes de Ventura Pons, y la joya de la corona: un putto al que se llamó «El ángel azul» y que está realizado sobre sus propios excrementos, que dejó secar y pintó encima.

—¿En qué piensas, bella? Estás ensimismada en la pintura del señor Boadas con su coctelera —le preguntó el barman después de servirle el tercer daiquiri.

—¡Ah! ¡No! Pensaba en el pintor Ocaña y en su historia, su gente. Cosas mías. Me encanta su arte.

—¿Ocaña? ¿El travesti? Pues no ha llovido desde que se paseaba por aquí cerca. Vivía en la Plaza Real. ¿Lo sabías?

—¿Pues claro que lo sabía, guapito! ¿No te estoy diciendo que soy fan? Además, referirte a Ocaña como «el travesti» dice muy poco en tu favor. Él fue mucho más que eso. Es cierto que se travestía y que paseaba por la Rambla del brazo de su Camilo, o Matilde, como le gustaba que le llamaran. Y provocaban y reían y hacían que una multitud se arremolinase entorno a ellos y entonces Ocaña les enseñaba sus partes levantándose la falda. Se exhibía, les divertía y se reía con ellos. Era libertad en estado puro, desinhibido, coherente con su condición de homosexual transgresor, en una época en la que no resultaba sencillo serlo.

Amanda volvió a quedarse colgada mirando de nuevo el retrato del viejo patrón.

—¿Sabes?, guardo un artículo que explica muy bien qué pretendía Ocaña. ¿Sabes qué decía él? —volvió a explicar al barman que seguía mirándola—. Dijo: «Lo de disfrazarse es teatro, pero no falso, porque me gusta hacer teatro vestido de tía. Yo utilizo el disfraz de la mujer. No es que yo me sienta una mujer cuando me disfrazo, porque no me siento, y con esto no trato de justificarme en absoluto, lo que pasa es que me convierto en un actor vestido de mujer a la forma antigua, que me gusta mucho, y puedo interpretar papeles que me fascinan».

—Vaya que te conoces bien al personaje —dijo el barman curtido en mil discursos beodos, siguiéndole la corriente.

—Era un gran artista. Muy de su tierra, muy andaluz. Le encantaba pintar santos y altares, todo muy naíf, eso sí. Pero arte auténtico, desde adentro. Ocaña dejaba claro por qué pintaba de ese modo: «Como siempre he sido algo fantasioso, he creído en el más allá. Ahora ese más allá lo veo en la gente. Creo en los dioses de la carne, no en los de madera. Y si ofrezco culto a las imágenes es porque lo que ha quedado de la religión son los fetiches; al ofrecer culto a las imágenes lo hago también a los hombres, que son quienes las hacen. Me he quedado con los fetiches y no con las contradicciones de la religión. Ahora bien, respeto las re-

ligiones porque me parecen bellas, todas tienen su encanto y su misterio...».

—Ahora no vuelvas a referirte a Ocaña como un maricón, en todo caso como el Gran Maricón, el príncipe de los artistas maricones.

Y diciendo aquello sacó de su bolso cincuenta euros y los dejó encima de la barra. Cóbrate mientras voy al baño que tanto hablar del artista me están entrando ganas de hacer arte efímero.

Regresó Amanda de su momento de inspiración, recogió el cambio dejando una generosa propina y se encaminó lo más dignamente posible a la puerta, antes de salir volvió a dirigirse al barman.

—Recuérdalo, guapito. José Pérez Ocaña se marchó como vivió, resplandeciente como el sol.

—Pedro, me llamo Pedro. Recuérdalo también tú para la próxima vez —respondió el hombre.

Salió nuevamente a la Rambla y se encaminó hacia el metro de Plaza Catalunya. En el vestíbulo circular que hace las veces de distribuidor hacia las diferentes líneas tuvo que esquivar a manteros, músicos y mendigos más o menos mutilados. Se dirigió hacia el acceso que la llevaba al andén de la línea I que la devolvería hasta su casa en Sants.

Durante el trayecto se quedó adormilada irremediadamente debido a los efectos de los alcoholes consumidos. Abrió pesadamente uno de sus ojos justo antes de entrar en su estación y muy dignamente, erguida como una princesa, se dispuso a descender del convoy. Cruzó el largo pasillo que la acercaba a la salida más próxima a su casa. La mirada borrosa y las facultades ligeramente mermadas no le permitieron en esta ocasión percibir que alguien la seguía. A una distancia lo suficientemente discreta como para pasar inadvertido entre la gente, el gigante pelirrojo, que vestía de negro, acechaba a Amanda.

Una ráfaga de aire frío se colaba escaleras abajo, mientras Amanda ascendía al exterior del metro e iba recuperando algo

de consciencia. Cuando alcanzó el primer semáforo, el gigante salió a la superficie oteando el paisaje en busca del rastro de la mujer. Cruzó a la carrera en el último pestañeo de la luz verde del semáforo, al tiempo que su objetivo alcanzaba el siguiente cruce. Aprovechó la marquesina de la parada del autobús para ocultarse parcialmente mientras podía observar cómo Amanda se dirigía hacia el edificio donde vivía, que presidía uno de los ángulos de la plaza. Repitió la operación de cruzar en el último instante acelerando el paso para tratar de interceptar a la mujer en el momento que esta cruzaba la plazoleta arbolada y en penumbra que había justo enfrente de su casa. Al llegar a la acera algo le hizo detener su paso. Una figura se había incorporado de un salto desde uno de los bancos y se dirigía con paso firme hacia Amanda. El gigante giró en redondo y se ocultó entre los matorrales que le permitieron presenciar cómo una joven de porte atlético entablaba conversación con la mujer y la acompañaba hasta la puerta del edificio entrando con ella. Era evidente que aquella joven conocía a su objetivo, que se le había vuelto a escurrir entre los dedos.

En el rellano de la escalera, mientras esperaban la llegada del ascensor, Gemma interrogaba a Amanda sobre Julián.

—¿Segura que no sabes dónde está? Es importante que me lo digas. Creo que puede estar en peligro.

—Julián está constantemente en peligro, hace años que el peligro habita en su interior —respondió alzando el rostro y tratando de aclararse la voz. Como si se tratase de un personaje de película.

—En serio, Amanda —afirmó la policía sin mostrar emoción alguna—. Ha pasado algo que me obliga a dejar nuestra relación de lado y actuar como profesional.

—De verdad que no sé nada de él. Le he llamado esta tarde y no le he localizado. Sube a casa si quieres y trataré de averiguar alguna cosa. Haré algunas llamadas.

Entraron en el piso que la policía ya conocía, y no por eso le dejaba de llamar siempre la atención. Nada más entrar te daba la

bienvenida un crucifijo con un Cristo sin taparrabos, fumándose un porro de dimensiones considerables. El pasillo iluminado con dos neones colgados en cada pared, uno representaba el logo de un club llamado Night Banana's y el otro Super Pussy. En el salón la decoración era al más puro estilo de los años cincuenta con una cuidada selección de muebles entre los que destacaban varios sillones tapizados en color rojo, verde y sobre todo un sofá de tres plazas con tapicería de piel de vaca de manchas marrones. En una de las paredes colgaban tres grandes cuadros con fotografías en blanco y negro de actores de Hollywood: Burt Lancaster, Katherine Hepburn y Cary Grant, en contraste sorprendente con otra de las paredes donde se exhibían dos obras originales de Ocaña y el curioso «ángel azul».

—Acomódate —le dijo a Gemma—. Vamos para largo. Desapareció por el pasillo para regresar poco después vestida con unas mallas lilas y una camiseta negra de tirantes que marcaba su silueta de adolescente. Tomó el teléfono en forma de zapato de tacón y marcó el primer número.

La abnegación del gigante

Un bel di vedremo (Madama Butterfly)

Puccini (1904)

—¡Olvídala de momento! —dijo el hombre trajeado de manera impoluta, entrelazando los dedos mientras se recostaba en su caro sillón de despacho—.

Mi intención era asustarla y provocar que contactase con su amigo para traerlo hacia nosotros, pero no conviene levantar sospechas. Lo haremos de otro modo. Uno de nuestros contactos nos ha facilitado la información que estábamos buscando. Salvado está en Berlín. Ha contactado con Llátzer Basté, aunque por lo que nos dicen, ese idiota revolucionario le ha ignorado. Siempre fue un cretino y un holgazán, no va a cambiar a estas alturas. Pierde la fuerza por la boca y a nosotros eso ya nos va bien. De todos modos, convendría que fueses a Berlín para evitar que ese tipo insista. Tal vez lo mejor sería aprovechar su viaje para que «descanse en Berlín». Tú sabes cómo proceder. Confío en ti.

Fausto Reyes había dado órdenes concretas a su fiel guardaespaldas, el gigante Arrudi, para que evitase que Julián Salvado prosiguiese con su propósito de airear lo que durante décadas había perpetrado de la forma más oscura, a las órdenes de quienes realmente ostentaban el poder supremo y en aras de mantener el

control sobre miles de individuos, empresas y partidos políticos. Todo eso podría peligrar si un entrometido como Julián Salvado utilizaba la información y la memoria de Félix Basté, y aún más si el hijo de este avalase esa información. Él, Fausto Reyes, quien había trabajado arduamente para hacerse con el control de los lucrativos negocios de la familia Basté, y que pertenecía a la clase escogida para salvaguardar la Raza a base de colaborar en la trama del robo sistemático de niños no lo iba a permitir. Su brazo ejecutor Arrudi se encargaría de mantener silenciada aquella historia tal y como el Sumo Hacedor había querido que fuese.

Aquel hombre de tamaño descomunal, pelo cobrizo y vestido siempre de negro, encerraba una triste historia: de niño, en los años setenta, vivió con su madre en el reformatorio de San Fernando de Henares que en aquella época todavía estaba regentado por el grupo secular Cruzadas Evangélicas. Un aciago día, la joven madre falleció al sufrir un extraño accidente al caer por una de las ventanas del edificio cuando trataba de escapar, según el informe oficial, aunque las declaraciones de otras internas discrepaban de esa versión y apuntaban a que si la muchacha hubiera querido huir no lo hubiera hecho a pleno día descolgándose de una de las ventanas y menos aún en ropa interior. Fuera como fuera, aquel asunto había quedado cerrado y archivado y su pequeño había ido a parar a las manos de Reyes quien tenía una estrecha relación con las Cruzadas Evangélicas y un trato con la orden que incluía recoger a los huérfanos de las internas fallecidas para reubicarlos en el internado religioso San Juan Bautista de Lérida, donde recibían una formación basada en el nacionalcatolicismo. Con los años, Reyes envió a aquel internado a suficientes chicos provenientes de San Fernando y de otros reformatorios o casas cuna, como para formar un pequeño ejército de correligionarios adeptos tanto al régimen y a la fe católica, como a los designios de Reyes y sus superiores. El sobrenombre de Arrudi lo había recibido de uno de los sacerdotes que impartía clases en el internado,

un viejo jesuita originario de Aragón que, en alusión al gigante de Sallent, famoso a finales de siglo XIX y principios del XX, lo empezó a llamar así.

El muchacho era temido y respetado por sus compañeros y de forma habitual se veía envuelto en peleas y conflictos si alguno de ellos osaba burlarse de su estatura. En una ocasión cuatro internos tuvieron que ser hospitalizados debido a una pelea contra aquel portentoso muchacho. Reyes que lo visitaba de forma habitual y que tenía especial interés en él, tuvo que acudir para intervenir en su favor. Cuando el chico cumplió la edad suficiente, Reyes lo acogió en su casa y lo integró a su servicio. Desde entonces no se había separado de su mentor cumpliendo los encargos que este le encomendaba, fueran cuales fueran. Con el tiempo se convirtió en el alfil perfecto, el fiel perro guardián, el pretoriano que noche y día protegía a su amo. Siempre en la sombra, siempre en la oscuridad tan negra como su hábito.

Una oportunidad

Maybe this time (Cabaret)

John Kander/Fred Ebb — Liza Minnelli (1972)

No fue necesario tocar con los nudillos más de una vez a la puerta de la habitación del Radisson, donde Julián había pasado la noche sin poder conciliar el sueño, atento a cualquier movimiento externo que le pareciese extraño. Con los sentidos alerta, al oír la primera llamada, se tensó y miró inmediatamente por la mirilla. No pareció demasiado sorprendido al observar que la figura que estaba plantada frente a la puerta no era otra que la de Lazar.

Abrió de inmediato sin poder evitar otear a izquierda y derecha del largo pasillo en busca de algún indicio que le hiciera sospechar. La paranoia se había instalado en su interior, y no era para menos después de lo ocurrido en el hotel de Barcelona.

—Creo que te debo una disculpa —empezó diciendo Lazar nada más acceder a la habitación—. Ayer, cuando viniste a Köpi y me explicaste lo que ocurrió, reaccioné tratando de protegerme de mi pasado. He escuchado a Gerd y he podido reflexionar sobre lo que nos explicaste. Verás, no voy a negar que la pérdida de Félix Basté, así prefiero referirme a mi padre, me duele; no puedo ser tan insensible. Él me educó y me colmó con los privilegios

de un niño de bien. Pero no por ello puedo obviar lo que hizo, lo que fue y lo que representó. Colaboraré contigo en la medida que pueda y mientras no perjudique a mi gente. No quiero que se vean envueltos en un escándalo por mi culpa.

Julián no esperaba aquella nueva reacción por parte de Lazar y solo acertó a alzar un pulgar para agradecerle que hubiera recapacitado y estuviera dispuesto a ayudarlo en su trabajo.

—Voy a ponerte en contacto con un amigo a quien creo que le interesará este asunto —continuó diciendo Lazar—. Se trata de un reconocido periodista que trabaja en el periódico más independiente del país. Su nombre es Jürgen Loewi, ya le he llamado y podemos encontrarnos con él en el café del Taz, el café del diario.

Julián no pudo reprimir un pensamiento oscuro, un sentimiento irracional, incontrolable, algo parecido al pecado capital más vil y humano a la vez: la envidia. Un periodista en activo y desarrollando su carrera en un medio como el Taz que él de sobra conocía. ¿Era a quien Lazar lo encaminaba, a quien le iba a presentar como tabla de salvación? Trató de zafarse de aquella idea que sabía que no le iba a favorecer en absoluto, como le había ocurrido en el pasado. Él ya no era aquel periodista joven, ambicioso, dispuesto a pasar por encima de quien fuese necesario para hacerse con una exclusiva o ascender en la profesión. Todo lo contrario. Estaba en el fondo de un pozo oscuro, frío, angustioso. Ahora luchaba por salir de allí, tenía un objetivo y no era momento de permitir que aquella forma de entender la vida floreciese de nuevo. No iba a convertirse en aquel momento, en el frío Berlín, en un maestro Salieri orgulloso y envidioso.

—Vamos ahora mismo, no perdamos ni un minuto. Quiero conocer a tu amigo Jürgen.

La línea U2 del metro berlinés iba abarrotada a aquellas horas. Los antiguos y gastados vagones amarillos le recordaron gigantes

fichas de Lego. El convoy era como un gusano rectangular que se arrastraba por aquel subsuelo que en un momento de la historia reciente había quedado trabado en dos mundos: El del capitalismo y el del comunismo.

Por fortuna aquella mañana les permitió llegar a su destino en poco tiempo. Los dos hombres no intercambiaron prácticamente ninguna palabra. Lazar parecía ser breve en todo. ¿Tal vez escatimaba palabras para luego utilizarlas en sus micromítines? Si era así lo convertía en un economizador abusivo de su intelecto, en un rácano del verbo, o tal vez no fuese tan brillante como le había explicado Wiesler a Julián la noche anterior. Igual se trataba de un farsante, un personaje creado para esfumarse de un pasado que no sabía o no quería encarar y que había encontrado refugio en el entorno de un movimiento ávido de escuchar consignas que les hacían girar alrededor de un mundo quimérico e inalcanzable, algo así como Un mundo feliz posmoderno.

Sin decir nada, Lazar se levantó al llegar a la estación de Stadtmitte y Julián le siguió en silencio. Ascendieron a la superficie donde un tímido sol había hecho su aparición, y con ello semejaba que los transeúntes hubiesen recobrado la alegría en sus rostros. A medida que descendían por la popular Friedrichstrasse, Julián se fijó en que los soldados de atrezo que custodiaban el mítico Checkpoint Charlie y que permitían fotografiarse con los primeros turistas prescindiendo de abrigo, luciendo sus guerreras de distintos ejércitos, condenados a la liturgia de guardar la memoria de tiempos pretéritos en pos de indicar el sitio donde en una época, como si de la puerta de Tannhäuser se tratase, se dio paso a realidades que avergonzaron a Europa y al mundo occidental.

El Café del Taz era un lugar muy concurrido. Servía de punto de encuentro para los trabajadores del periódico, lugar de descanso, avituallamiento... Nada más entrar, Lazar levantó la vista y localizó en el piso superior a Jürgen, sentado en un sillón nuevo

colgado del techo. Aquello resultó excesivamente surrealista para Julián, quien tenía que tratar un asunto muy serio. Lazar siguiendo su estilo, se dirigió hacia la escalera y dejando atrás a Julián se reunió con el periodista que al verlo descendió del hueco de mimbres.

—Este es Julián Salvado, la persona de la que te he hablado antes y a quien creo que deberías escuchar —dijo sin más preámbulos Lazar a modo de presentación.

Jürgen Loewi era un hombre joven, no muy alto, delgado, de rostro afilado y mirada triste, aunque capaz de escrutar más allá de lo que simplemente se podía contemplar a primera vista. Un sagaz periodista que escuchó el relato de Julián sin interrumpirle, permitiendo que este le explicase con todo detalle lo que le llevaba hasta allí.

Jürgen había llegado a la redacción del independiente Taz hacía unos años, después de haber pasado por diferentes revistas y periódicos políticos y culturales. En esos años había ganado fama por su objetividad y talento para la investigación, siendo capaz de poner en apuros hasta a la mismísima canciller cuando publicó un artículo que apuntaba que los servicios de inteligencia alemanes (BND) habían remitido cientos de miles de datos de empresas y organizaciones francesas y de la comisión europea a la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos (NSA).

En aquellos momentos Jürgen estaba trabajando en un asunto de pederastia que involucraba directamente al hermano del papa Benedicto XVI, después de que se conociera que Georg Ratzinger dirigió el coro de niños de tres escuelas religiosas en Alemania, relacionadas con denuncias de abusos sexuales a menores.

Lo que oyó sobre el robo de niños iniciado durante el franquismo y lo profundo de aquella historia que lo convertía en una trama ideológica programada para la prevalencia y supre-

macía de la raza hispánica, fue algo que llamó la atención del periodista del Taz, que se interesó por colaborar con Julián en difundir aquella noticia y tratar de desenmascarar a los responsables que aún en la actualidad se esforzaban con éxito en ocultar aquella atrocidad.

Jürgen dio crédito al relato de Julián avalado por Lazar a quien conocía como uno de los líderes en la Köpi, y por el peso que supuso una llamada recibida minutos antes de la entrevista, en la que Gerd Wiesler le ponía al corriente sobre la veracidad de la historia del periodista catalán.

—Necesitaremos pruebas para poder publicar una noticia así —dijo Jürgen balanceándose suavemente desde su sillón huevo, como si se tratase de un enorme y parlanchín guacamayo—. Tan solo con su versión de la historia, y aunque Lazar acepte hacer declaraciones en calidad de hijo adoptado ilegalmente por la familia Basté, no sería suficiente. Necesitamos contar con documentos que avalen su versión o algún otro participante en la trama que esté dispuesto a denunciar este asunto.

—Lo sé —intervino Julián, llevándose las manos a la frente como tratando de despejar alguna duda—. Tengo material que puede probar lo que me explicó Basté, él mismo me lo proporcionó. No he tenido todavía la ocasión de revisarlo, pero estoy seguro de que nos puede ayudar a demostrar lo que me explicó.

¡Bien! Yo ahora tengo una reunión y no puedo dedicarte más tiempo. Si quieres podemos encontrarnos más tarde y le damos un vistazo a la información —sugirió Jürgen.

—Tranquilo —respondió Julián algo incómodo debido a la situación y a sus neuras—. Más tarde te llamo y nos vemos. Mientras iré echando un vistazo a la documentación, a ver qué encuentro que nos pueda ser útil.

Los tres hombres se despidieron en la puerta de Taz. Lazar se excusó con Julián diciéndole que tenía cosas que hacer y sin más se esfumó engullido por la boca del metro de Kochstrasse.

La mañana era espléndida. Hacía mucho frío, pero el sol calentaba lo suficiente como para animar a Julián a dar un paseo sin rumbo fijo, tratando de poner orden en sus ideas y reflexionar sobre la reunión con Jürgen. Enfiló Friedrichstrasse en dirección norte, hacia el río. Mientras caminaba a buen ritmo pudo admirar cómo en aquella arteria que cruza el corazón de la ciudad de norte a sur, en un recorrido de casi tres kilómetros y medio, se congregaban todo tipo de negocios y locales de ocio. No en vano había sido la calle más comercial del Berlín de entre guerras. Cruzó a la altura de Unter den Linden y pudo ver a su izquierda, en la lejanía, a través de los centenarios tilos que dan nombre a la avenida, la sólida silueta de la Puerta de Brandemburgo. Un recuerdo fugaz le cruzó por la mente. Recordó la primera vez que estuvo en Berlín, cuando aún no había caído el muro y la ciudad era totalmente diferente. Por aquel entonces era un joven estudiante de periodismo, tenía proyectos sin desprecintar y las ilusiones sin fisuras ni pedacitos de esparadrapo para recomponerlas. Sin darse apenas cuenta llegó hasta la estación de trenes situada al borde del río Spree. Unos metros más allá, adyacente a la estación, había un pequeño edificio de color azul, un pabellón conocido como «Tränenpalas» (el Palacio de las Lágrimas). Julián había visitado aquel lugar en un viaje anterior en el que Ricard le había explicado la triste historia que guardaban aquellas paredes de cristal. Cuando en agosto de 1961 se cerraron las fronteras, la estación de metro de Friedrichstrasse, que hasta entonces había sido de paso, se convirtió en estación terminal y paso fronterizo. En 1962 se construyó aquel pabellón que ahora Julián tenía justo enfrente. El objetivo fue convertirlo en el punto de control y trámites fronterizos. Como casi ningún otro lugar, el pabellón recuerda la división alemana. Muchas familias y amigos debieron despedirse allí para no poder reencontrarse nunca más. Debido a esas incontables despedidas que sucedieron hasta 1989, se le dio el nombre de «Palacio de las Lágrimas». Aquella historia y las

muestras que alberga en la actualidad el pequeño museo de la memoria reciente, le parecieron otro ejemplo de lo necios y absurdos que pueden llegar a ser los humanos.

Sumido en sus pensamientos, le pasó inadvertida la figura que lo observaba a pocos metros de distancia, situada bajo la marquesina del vetusto edificio de ladrillo marrón de la vieja estación de tren.

Embozado con una bufanda y un grueso gorro que ocultaba su pelo cobrizo, Arrudi controlaba los movimientos del periodista. Lo acechaba con un objetivo definido previamente en Barcelona por su mentor: silenciarlo y evitar que difundiera la información que pudiera haberle traspasado el viejo Basté. Pero al gigante se le planteaba un problema. A aquella hora del día, aquel lugar no era precisamente el más discreto para sus fines, así que decidió mantener el control de los movimientos de Julián y esperar hasta encontrar la mejor oportunidad.

Julián cruzó la calle en dirección a la entrada de la estación de metro pasando justo al lado de quien estaba dispuesto acabar con él. Si hubiera podido intuir por un instante el peligro que se cernía sobre su persona, nada de lo que ocurrió después hubiera sido necesario. El instinto de algunos animales para la supervivencia es admirable, presentir el peligro les hace superiores a los humanos. Esa sensibilidad de percibir que un gran peligro se cierne inminentemente sobre su entorno les pone a salvo. Julián carecía totalmente de esa virtud. No sintió nada al rozar a Arrudi, ni una ligera corriente eléctrica, ni una señal de alerta lejana, o remota en algún lugar de su ser. A diferencia de la sensación que experimentó al despedirse de Gerd Wiesler en esta ocasión las alertas no funcionaron.

Buscó la cafetería de la estación, un diminuto local que parecía varado en el tiempo, con viejas mesas y sillas gastadas por el roce de miles de viajeros que habían pasado en diferentes épocas por allí dejando su huella imborrable por leve que fuera; paredes forradas con láminas de madera que habían absorbido el aroma

de los cafés que en tantas ocasiones se habían procesado en la excelente máquina que reinaba en un lateral de la barra, una Gaggia Classic que revolucionó a principios del siglo XX el mundo del café con su exclusivo mecanismo de pistón que generaba una especie de crema en la superficie del café. Pidió un expreso al barista, que lucía una espesa y cuidada barba, vestido con camisa blanca, pajarita y delantal. Escogió una mesa en una de las esquinas del local al resguardo de las miradas ajenas, encendió su ordenador y recuperó del fondo del bolsillo de su cazadora de piel el lápiz de memoria en el que Basté había guardado la información con la que suponía que podría acreditar la veracidad de la historia. Por un momento, observó aquel instrumento y le pareció una pequeña maravilla. Era de un polímero plástico en color negro y cobre, tan agradable al tacto como a la vista. Todo lo que había visto en Basté resultaba elegante y atractivo y aquel instrumento no era menos. Lo insertó en el ordenador y aparecieron cientos de archivos, un terabyte de memoria daba para guardar mucha, mucha mierda. Buscó los archivos que estaban ordenados por formatos y fechas, recortes de prensa, fotos, cartas, facturas, vídeos... A primera vista le llamaron la atención los archivos de voz. Se apresuró a conectar sus auriculares e hizo clic sobre uno de ellos titulado Palco Bernabéu. Febrero 2009. Julián inmediatamente reconoció la voz de Basté, pero no la de su interlocutor, aunque le resultaba familiar. El acento castizo le confirmaba que el personaje en cuestión era madrileño o llevaba mucho tiempo en la capital de España, lo percibió al comprobar la eliminación de la 'd' entre vocales (terminao, acaba), o cuando se amontonan en una frase (caicacabar: que hay que acabar), o con repetidos laísmos, y lo más significativo el «ejque» utilizado sistemáticamente por el personaje en cuestión. No se trataba de algo más que una hipótesis, pero había pasado el suficiente tiempo en Madrid como para identificar el habla, y si quedaba alguna duda, el contenido del audio se lo confirmó:

Basté: Habla con tu jefe sin falta para que concrete si va a ser presidente del Madrid. No queremos que se mezclen las cosas. No es bueno para nuestros intereses.

Interlocutor: Tranquilo, Félix. Mañana tengo que verle y le transmitiré vuestra inquietud. Aunque el otro día en una entrevista con una periodista ya la dijo que el Madrí había perdido punch y prestigio bajo la presidencia de Ramón Calderón. No creo que se quiera liar con ese asunto en estos momentos. Estoy dacuerdo contigo caicacabar con esa idea. Hablaré con él.

Basté: Aunque, por otro lado, siempre nos vendría bien tenerle en el palco del Bernabéu para controlar nuestros intereses.

Interlocutor: Desde luego, ese puesto siempre ha sido estratégico para nuestros intereses. Pero no te preocupes y déjalo en mis manos. Si no es él, será otro. Ya sabes que El Gafas también está por la labor. Ese nos interesa mucho. Si Aznar no se presenta, es seguro que la presidencia recaerá en él.

Basté: Bien. Sea lo que sea, o sea quien sea, trabajará igualmente para nosotros, así que ya está bien. Que se repartan los lugares que prefieran porque quien mueve los hilos estará siempre más arriba que ellos. Pasando a otro asunto, ¿has filtrado a la prensa lo que te ordené sobre el doctor Eudaldo Peña, el ginecólogo?

Interlocutor: Sí, se lo envié a El Mundo, pero hice algo más: envié a uno de nuestros abogados a ponerse a disposición de una de las personas afectadas, una de las mujeres que fue separada de su madre, para que iniciara una demanda contra el médico. Le proporcionamos pruebas muy claras sobre la implicación de Peña en este asunto. Más aún, hemos identificado a la monja que colaboraba con él, su mano derecha.

Aquí finalizaba la nota de voz. El audio grabado supuestamente por Basté para incriminar a uno de los siniestros personajes de su historia, en la que empezaban a aparecer tal y como había sospechado semanas atrás el periodista, personajes de una relevancia que le aseguraban que si seguía adelante con el encargo de Basté

debía hacerse un seguro de vida con urgencia. Aquella información por sí sola ya era un seguro mientras permaneciese bajo su control, también era importante para avanzar en la investigación, pero aún quedaban más audios, más documentos por comprobar. Aunque aquel café de la estación de Friederichstrasse no era el lugar más apropiado para realizar aquella tarea. En todo eso pensó Julián mientras apagaba su ordenador y se disponía a telefonar a Jürgen Loewi a quien iba a convertir en el depositario de su único seguro de vida.

Único sospechoso

Pols en el vent

Kerry Livgren (1977) — Menaix a Truà (2002)

Gemma entró en el laboratorio químico de la ACC, el Área Central de Criminalística, donde pretendía continuar con el análisis de los proyectiles y las huellas encontradas en la habitación del hotel Villa Emilia. Hasta aquel momento las únicas identificadas eran las de la camarera del servicio de limpieza, las de la propia víctima y las de Julián Salvado, periodista freelance a quien se apuntaba como el principal sospechoso del asesinato de Félix Basté Arañó, empresario y prohombre de la ciudad.

La científica había pasado gran parte de la noche en casa de Amanda charlando con ella, fumando, bebiendo, imaginando a Julián en otra vida, en la que a ambas les hubiera gustado vivir, lejos de sus realidades, apartadas de lo que representaba querer a un mismo hombre de maneras distintas, de sufrirle, de ver cómo se consumía sin remedio retorciéndose en su angustia y su dolor. Las dos trataban de ofrecerse como un salvavidas a un naufrago perdido a la deriva que se les escapaba entre las manos. No eran rivales, en absoluto, pero tampoco eran verdaderamente amigas. La policía carecía de la facultad de empatizar fácilmente; le resultaba casi imposible. A Amanda siempre le había caído bien aquella mujer. Le parecía

una persona íntegra, sería y fiel, pero esas cualidades no eran las que necesitaba su amigo. Veía la relación entre los dos como un juego erótico, liberador de tensiones para ambos, pero vacío. Intuía que Gemma no podía aportar la calidez que en tantas ocasiones Julián reclamaba con la mirada más que con palabras y eso le entristecía.

Trataron de localizar a Julián a través de los contactos de Amanda, pero el único que les dio una pista fue Jorge, el barman de El Tabernito, que explicó la conversación que había tenido con Julián y el recado que le había dejado sobre la ausencia de este y la imposibilidad de contactar en unos días. No pudo evitar opinar sobre aquella visita de Julián en plena madrugada y le dijo a Amanda que le había parecido muy extraño.

Gemma era la única que conocía la historia completa explicada de boca de Julián, y ahora también sabía que había huido de la ciudad después de haberla dejado durmiendo en su piso. Era el momento de comunicar a sus superiores lo que sabía de la historia. No había lugar para los sentimentalismos y mucho menos para ocultar ningún detalle de lo que conocía. Su deber estaba por encima de todo. Así era ella, y así se iba a comportar.

Según los indicios que tenían en la policía, por el momento Julián Salvado había sido la última persona que había estado con Félix Basté en vida. Estuvieron encerrados en la habitación del hotel Villa Emilia y el periodista había desaparecido sin dejar rastro después de que asesinaran al empresario. Pero algo no acababa de encajar en aquel rompecabezas. Se había utilizado una pistola Sig Sauer 1911 con silenciador y se habían disparado diez proyectiles del calibre 22, con lo que se deducía que quien efectuó los disparos vació un cargador entero. Lo que hacía sospechar que el tirador, o no logró acertar a su objetivo o se ensañó con este, aunque no existían evidencias de ningún otro herido. La posición del cadáver, la entrada de la bala que acabó con la vida de la víctima y las trayectorias de los disparos que destrozaron parte del cuarto de

baño, sugerían a los investigadores que alguien más podía haber participado en aquel asesinato. Pero, quién y por qué.

Los interrogatorios al personal del hotel y a los huéspedes habían dado como resultado que los dos hombres se habían encontrado, como mínimo, en dos ocasiones en el mismo hotel. El recepcionista de turno explicó que vio a Julián salir del ascensor y marcharse del hotel, aunque no encontró nada extraño en el comportamiento del hombre. La habitación en la que se encontró el cadáver de Basté estaba siempre reservada para el empresario ya que aquel hotel pertenecía a uno de sus fondos de inversión. Uno de los huéspedes explicó que salió al pasillo al escuchar ruido de lo que le parecieron cristales o platos rotos y que al asomarse desde su habitación vio como se cerraba la puerta cortafuegos que daba a la escalera, aunque no llegó a ver a nadie.

El inspector Salas no estaba de buen humor aquella mañana. Los gemelos no habían querido dormir y había pasado la noche de cuna en cuna. En los últimos meses se había convertido en un insomne que deambulaba sin rumbo por las dependencias del complejo Egara donde era el responsable del Área. En más de una ocasión se había arrepentido de no haber sido él quien cogiese la baja por paternidad. Sobrevivía y evitaba errores debidos a la falta de sueño y concentración, gracias a la colaboración impagable de su compañera la subinspectora Gemma García, que en aquel momento se había encerrado con él en su despacho y lo ponía al corriente de una información que les podía causar a ambos serios problemas, al tiempo que densos nubarrones cubrían Sabadell y Terrassa.

—Deberías habérmelo contado inmediatamente. Han pasado demasiadas horas después de los hechos —dijo Salas a su subinspectora, casi sin fuerzas, pero con el tono más autoritario del que fue capaz.

—Lo sé, soy consciente, pero eso no importa ahora. He reunido toda la información que he podido y hemos analizado todas las pruebas, así que envíalo inmediatamente para que quien deba

siga con la investigación. No pierdas ni un minuto. Estoy dispuesta a asumir la responsabilidad que me corresponda.

Salas, se sentó en su puesto y marcó un número de teléfono. Antes de obtener respuesta, pidió a Gemma que saliese del despacho, lo que iba a explicar prefería hacerlo a solas.

No habían pasado ni cinco minutos cuando Salas abrió la puerta de su despacho y llamó a voz en grito a Gemma.

—¡Alguna cosa no marcha bien! —fue lo primero que le dijo a su compañera— ¿Hay algo que no me hayas explicado? ¿Algo que se me haya escapado de tu relato?

—¡No! ¿Por qué? ¿A qué se debe ese tono, esas dudas? ¿Qué te han dicho? —preguntó la subinspectora sin un ápice de alteración.

—No entiendo nada en absoluto —continuó el inspector—. Desde arriba no han querido ni escucharme, tan solo me han ordenado que archive los resultados de lo que hemos investigado hasta ahora. Parece que alguien ha decidido que las pruebas obtenidas son suficientes y concluyentes. Tu amigo es el único sospechoso, no han dejado margen para la duda, o sea que van a por él. Aunque hay otra cosa. Nada más empezar a hablar sobre el caso Basté, me han dado instrucciones precisas sobre lo que acabo de decirte. Así que no me ha parecido necesario explicar nada más acerca de tu demora en informar sobre la conversación que tuviste con Salvado. Confío en ti. Eres una tía rarísima, pero también eres una gran profesional. Por favor, Gemma, ten cuidado con este caso. Algo me dice que tu amigo está metido en algo gordo y no querría que te vieses salpicada.

El insomne Salas sabía con quién estaba hablando. Conocía bien a su subordinada y la observaba por encima de sus ojeras constatando, por su expresión serena, que podía estar tranquilo. Mientras tanto gruesas gotas de lluvia en los cristales de la ventana enturbiaban el paisaje que se extendía sobre el Vallés Occidental.

Confianza ciega

Água de beber

A. C. Jobim / V. de Moraes — Astrud Gilberto (1965)

La última hora de aquella tarde Julián había quedado para encontrarse nuevamente con Jürgen en el mismo lugar que en la mañana. El café del Taz a aquellas horas se había convertido en el after work de los empleados del diario y ofrecía un ambiente cálido y festivo, lo que le pareció a Julián ideal para poder hacer entrega al periodista alemán de algo tan confidencial e importante como los documentos de Basté, su seguro de vida. Estar rodeados de gente podría ser la mejor garantía para el anonimato. Nadie iba a reparar en dos hombres que se intercambiaban un pendrive en un entorno repleto de redactores, periodistas, informáticos y becarios veinteañeros.

Al llegar, se acercó a la barra y pidió una cerveza. El tacto con el cristal helado de la botella le produjo una sensación agradable, hacía mucho calor en el interior del local. En Berlín, como en el resto de Alemania, durante el invierno los locales están perfectamente acondicionados para evitar las frías temperaturas exteriores, pero en aquel lugar le pareció excesivo.

Instintivamente pasó la botella por su frente tratando de refrescar sus ideas mientras oteaba entre la gente en busca de Jür-

gen. No encontró rastro de su colega, pero un destello verde lo distrajo de su búsqueda. No fue exactamente un destello, sino unos ojos grandes y hermosos que se cruzaron en su exploración. De inmediato supo que estaba perdido, que algo superior a su control lo amenazaba. Eso que en otras ocasiones hubiese sido placentero, que en su instinto primitivo de cazador le hubiese provocado tener que lanzarse hacia una conquista, era algo que no podía permitirse en aquel momento. Ni le convenía, ni aquel era el lugar para dejarse llevar por aquel sentimiento. Pero lo hipnótico y el poder de aquella mirada le hacían perder de vista el propósito de su visita a aquel café. Una lucha, un conflicto interno, se apoderaba de él. Nuevamente aparecía su faceta más infantil. Se perdía por el sexo contrario, uno de sus puntos débiles, su talón de Aquiles. Gran parte de los problemas de su vida habían tenido que ver con aquella pasión irrefrenable por la seducción, y aquella tarde no iba a ser distinto.

Fue abriéndose paso entre la gente, manteniendo el contacto visual con aquella mujer, que respondió de inmediato al juego. Julián comprobó cómo se movía, cómo gesticulaba, cómo aparecía y desaparecía su nuca larga y hermosa entre el bascular de la melena negra y rizada que caía una y otra vez de un lado a otro, al tiempo que seguía el ritmo de la música. No bailaba, tan solo parecía que se dejaba mecer por aquella cadencia. No había reparado hasta aquel momento que estaba sonando una bossa nova, era una vieja canción interpretada por Astrud Gilberto, Água de beber, uno de aquellos temas que pueden transportarte desde el frío europeo de Berlín hasta las doradas playas tropicales de Bahía. Tan solo les separaban un par de barbudos calvos y tripudos, de mirada etílica, enfrascados en lo que podía ser una conversación sobre cualquier asunto, relacionado con cualquier tema que tuviera que ver con cualquier cosa. No parecían apreciar ni la música, ni a la joven que tenían justo al lado y que había trastornado al periodista. Julián pasó por en medio de los barbudos y justo

en aquel instante, cuando tenía a la muchacha delante, cuando apareció en todo su esplendor aquella mirada esmeralda, alguien tiró de su brazo haciéndole girar sobre sus talones.

—Julián, te estoy llamando desde hace rato. Pareces un zombi en busca de su presa —lo interrumpió Jürgen que apareció de improviso en el momento menos oportuno, o posiblemente todo lo contrario, en el mejor momento, porque cuando Julián giró de nuevo en dirección a la muchacha, esta estaba ocupada en un apasionado y profundo beso con uno de los barbudos.

—¡Jürgen! Gracias, tío. Acabas de evitarme una decepción.

El alemán lo miró sin comprender lo que trataba de decirle. No le dio más importancia y tiró de su brazo llevándolo hacia un lugar menos concurrido donde pudiesen elaborar un plan de trabajo.

—Julián —comenzó diciendo Jürgen—, he decidido que vamos a publicar una serie de artículos explicando la historia de Basté, del robo de niños en el inicio del franquismo, del siniestro personaje de Vallejo-Nájera. Revisaremos a fondo todo el material que te proporcionó Basté. Lo llevas contigo como me has dicho, ¿verdad?

—Naturalmente —dijo Julián mientras sacaba del bolsillo de la chaqueta su puño cerrado que guardaba celosamente el pendrive.

—¡Bien! Empezaré mañana mismo.

—¿Recuerdas que te conté que Basté no quería aparecer en esta historia, y que quería mantenerse al margen? No quería ser grabado, ni aparecer en los artículos de denuncia. Lo que pretendía era filtrar información que destruyera a quienes le habían convertido en lo que era. Aquello fue lo que Basté pretendía cuando me contrató y mientras siguiese vivo. Ahora las cosas han tomado un nuevo rumbo. Basté está muerto, asesinado por vete tú a saber quién. Muy posiblemente ejecutado por los mismos a

quien él trataba de destruir. Debemos ir directos a la raíz. Debemos explicar quién fue Félix Basté Arañó. Lo que hizo, quiénes lo ayudaron y quiénes formaban parte de la trama de los niños robados. Yo volveré a España para tratar de localizar a Fausto Reyes, tengo que enfrentarme a él y desenmascararlo. Él es el principal responsable de la manipulación de Basté y seguro que es la clave que nos puede llevar hasta los más poderosos. Tengo que convencer a Lazar para que viaje conmigo. Sería un factor importante para poder llegar hasta Reyes.

Julián tomó a Jürgen por el hombro y estrechó su mano con la de su colega, lo miró fijamente a los ojos y acercándose a su oído le dijo: «Te confío las pruebas que pueden hacer tambalearse a toda una red de fascistas, racistas y malnacidos que dominan parte de nuestro mundo. No me falles, de ti dependen mi vida y la verdadera historia de cientos de personas». Al soltarle la mano el transvase estaba hecho. Los documentos de Basté estaban en poder del hombre del Taz.

Los hilos de las marionetas

Puppet on a string

Bill Martin / Phil Coulter — Sandie Shaw (1967)

El teléfono sonó con el tono que identificaba la procedencia de la llamada. Reyes descolgó y esperó a que su interlocutor hablase.

—Maestro, no he podido interceptar a Salvado —dijo Arrudi con su voz gutural—. Se ha encontrado con un periodista alemán y sospecho que le ha pasado información.

—Es la segunda vez que me fallas en pocos días. Primero fue el engendro —dijo refiriéndose a Amanda—, y ahora has permitido que se nos escape lo que pudiera tener Salvado. Tendré que tomar medidas contigo.

El tono de Reyes no denotaba enfado, más bien frustración, como la de quien da cuerda a un reloj y comprueba que las manecillas permanecen inmunes e inertes al paso del tiempo.

—Pero, antes de eso acaba una parte del trabajo. Estoy seguro de que el siguiente paso que dé ese pusilánime será tratar que el hijo de Basté le conduzca hasta nosotros. No hace falta que te diga qué hacer. No yerres de nuevo.

El teléfono quedó mudo y Arrudi sintió una rabia incontrollable hacia sí mismo. Se golpeó en la cabeza con sus enormes

puños, se mordió los labios, se arrancó las uñas de dos dedos y lloró. Lloró con una profunda pena de sí mismo.

Nada más colgar, Fausto Reyes se dispuso a hacer las llamadas precisas. En primer lugar, marcó el número de su hombre fuerte en la policía. La respuesta no se hizo esperar, el hombre descolgó en el segundo tono.

—A sus órdenes —respondió marcialmente, como era de esperar para alguien de su formación.

—Pulido, va a hacer lo siguiente —empezó diciendo sin preámbulos, asumiendo que el comisario Jesús Pulido sabía que su tarea con respecto a aquella instrucción pasaba en primer lugar por escuchar, en segundo por actuar de forma precisa y sin demora, y tercero callar y si fuera posible olvidar...

Reyes marcó las directrices a llevar a cabo para neutralizar a Salvado manipulando los hechos acaecidos en los últimos días y quitándose de en medio cualquier escollo que pudiese significar una amenaza.

El siguiente número que marcó fue el del director del diario Análisis Digital, a quien asignó la tarea de lanzar una contranoticia.

—Ricardo, en los próximos días es posible que aparezca algún artículo del tipo de los que no nos interesan, ya sabes... Mentiras sobre el pasado. Calumnias acerca de algunos aspectos del modo de proceder de nuestra gente. Quiero que pongas a trabajar a tus mejores colaboradores, para contrarrestar las posibles difamaciones que se puedan publicar, aquí o en el extranjero.

No hizo falta más detalles, Ricardo Maza también sabía cómo proceder.

Pasó la siguiente hora movilizando a sus contactos: jueces, fiscales, abogados, prácticamente todos ellos surgidos del internado San Juan Bautista de Lérida y colocados estratégicamente en los puestos necesarios para poder controlar situaciones como la que ahora debían afrontar.

La red que Reyes había construido durante años en su zona funcionaba como un ejército preciso y disciplinado, y él, Fausto Reyes, era el general que lo manipulaba. Ahora, sin Basté, el burgués que sirvió a sus propósitos, solo debía rendir cuentas al poder superior.

Reyes recordaba a aquellos antiguos clérigos franceses que, usando diferentes entonaciones, daban voz a figuritas con representación de personajes religiosos donde aparecía la Virgen María, y que dieron origen a la palabra Marionett. Era el gran titiritero, el director de aquella siniestra orquesta.

El gigante se dirigió hacia la casa Köpi para cumplir su misión. Marchaba cegado por una culpa interior inoculada durante años por aquel fino estrategia del averno.

La verja de entrada cedió nada más empujarla. El patio estaba sumido en una oscuridad que le confería un aspecto siniestro. El gigante avanzó a grandes zancadas cruzando hasta la puerta de acceso al edificio. La mujer del pelo de colores a juego con sus medias apareció de pronto impidiéndole el paso. Parecía como si fuese la guardiana del lugar.

¿A dónde se supone que vas? —dijo en alemán sin que Arrudi comprendiese con exactitud su pregunta.

El hombre la miró sin expresión alguna y le preguntó escuetamente:

—¿Dónde Lazar?

—¡Lazar! ¿Y tú quién eres? ¿Para qué lo buscas?

Arrudi no perdió más el tiempo. Cogió a la mujer por la garganta y la levantó dos palmos del suelo. Con las orbitas de los ojos a punto de estallarle, la mujer acertó a hacer un gesto indicando el piso superior. El gigante aprovechó el espacio que dejaba el brazo en alto de la vieja para clavarle en las costillas un cuchillo de

carnicero seccionándola prácticamente en dos. Con la mujer aún insertada en el cuchillo, como si se tratase de un trofeo, avanzó y localizó la trampilla que daba al pozo de carbón que alimentaban las antiguas calderas, y sin pensarlo lanzó al fondo los despojos de la veterana anarquista.

Aquel prototipo de lacayo creado para seguir órdenes sin cuestionarlas, actuaba como un ser sin alma, un demente alienado, violento, y con un objetivo claro: atrapar a su presa. Escuchó los aplausos, golpeteos, pataleos, de un grupo de gente y cómo iban abandonando una de las dependencias del piso superior. Pasos por todos lados: escaleras arriba, escaleras abajo. Se parapetó en un ángulo oscuro y esperó a que el flujo de okupas escampase. Cuando comprobó que la gente se había marchado, subió las escaleras hasta el piso en el que se había celebrado aquella reunión. Se asomó a una de las salas. En el centro se encontraba un hombre vestido con una camisa a cuadros y un chaleco lleno de chapas reivindicativas y tachuelas, que parecía repasar sus notas a la luz del reflector que lo enmarcaba. Desde la oscuridad, el gigante pronunció de nuevo escuetamente: «¿Lazar?»

El taxi paró en la puerta de la casa Köpi justo en el momento en que un numeroso grupo de personas salían al exterior. Iban discutiendo sobre algún tema en especial porque se atropellaban las palabras los unos a los otros mientras de sus bocas salían halos de vapor. Semejaban trenes en marcha pasando velozmente delante de Julián que se apeaba del taxi. El periodista reconoció a uno de los que más vaho producía, se trataba de uno de los pretorianos que custodiaba la sala en la que dio la charla Lazar la anterior vez que Julián estuvo en Köpi. Se dirigió a él preguntándole sobre el paradero de Lazar. «Segundo piso», le respondió, siguiendo su camino sin detenerse.

En la estancia de la conferencia no quedaba nadie, reinaba un silencio que se hacía extraño para aquel lugar. Aun creía escuchar las palabras de Lazar flotando en el ambiente, resbalando por las

paredes, filtrándose entre los gastados tablones del suelo que no tardarían en ceder y hacer que todo el edificio comenzase a desaparecer. ¿Qué sería entonces de aquel mensaje lanzado sin freno en microdosis para tratar de conseguir un mundo mejor? Tal vez un mundo mejor para unos pocos que veían la vida de un modo que se desvanecía engullida por un poder mayúsculo, que dejaba hacer, mientras presionaba los delgados conductos que pudieran permitir avanzar la savia de aquel proyecto.

Le llamó la atención un objeto que brillaba en el suelo bajo la luz del foco aún encendido. Se acercó para recogerlo y al observarlo comprobó que era una pequeña chapa a la que se le había quebrado el imperdible de sujeción. En el dorso se podían ver dos banderas sobrepuestas, una roja sobre otra negra, y alrededor el lema Antifaschistische Aktion. Alguien lo observaba desde la puerta estudiando sus movimientos. Julián levantó la mirada de la chapa. Desde el área iluminada se hacía difícil ver con claridad la entrada, aunque pudo distinguir vagamente cómo alguien avanzaba hacia él pausadamente. La figura traspasó el umbral de la luz y Gerd Wiesler pareció materializarse frente a él.

—¿Señor Salvado! Volvemos a encontrarnos. ¿No me dirá que viene a integrarse en nuestra comunidad? Siempre sería bienvenido.

—De momento aún no me tienen convencido del todo. He venido para hablar con Lazar, pero parece que hoy se ha marchado a toda prisa. Acabo de cruzarme con la gente que ha asistido a su mitin y al subir aquí ya no estaba. En el suelo he encontrado esto —explicó al tiempo que le tendía la maltrecha chapa—. Realmente sería mejor que le pida a usted que le transmita mi mensaje. —continuó Julián—, al fin y al cabo, él lo consultará con usted. Verá, vuelvo a insistir en que me acompañe a Barcelona para hacerle allí una entrevista, que dé la cara y que avale lo que sabemos sobre su familia, las adopciones, Fausto Reyes y su red.

—Wiesler le escuchaba, pero no apartaba la mirada de la cha-
pa que inspeccionaba con meticulosidad.

—Entiendo... —dijo mecánicamente—. Trataré de conven-
cerle, aunque sospecho que tardaré en dar con él. Ahora debe
disculparme, tengo cosas que hacer.

Diciendo esto giró sobre sus talones y se perdió en la oscuri-
dad camino de la salida.

El Ángel Caído

Sinnerman

Nina Simone

Las sábanas estaban empapadas en sudor. Una pesadilla angustiada que se repitió durante toda la noche como un bucle sin fin lo tuvo angustiado. Julián se encontraba en el café del Taz; veía a la muchacha de los ojos verdes, pero cuando trataba de llegar a ella, la gente se lo impedía colocándose en medio, chocando con él sin dejarle avanzar. No lo miraban, era como si lo hiciesen de un modo involuntario, casual, sencillamente tropezaban con Julián haciéndole retroceder a cada paso. Finalmente, cuando consiguió abrirse camino hasta la mujer y llegar a ella, esta se había convertido en un gélido maniquí que mostraba una mueca horrenda. Se volvió tratando de huir, pero chocó con uno de los barbudos que aprovechó para besarle, introduciéndole en la boca su lengua larga y rasposa. Julián despertó temblando, mareado, sudando y conteniendo su estómago con la palma de la mano. De dos pasos llegó al baño justo para arrodillarse delante del inodoro y dejar allí los ojos verdes, el maniquí y al barbudo con su lengua.

Una vez duchado y relativamente dispuesto. Se sentó frente al ventanal desde el que se podía observar bien delimitada la silueta de la isla de los museos, la catedral de Berlín y más allá la ciudad

plana que se extendía hacia el oeste bajo un cielo colmado de nubes grises. Tan solo una gran mancha verde destacaba del resto: el gran parque Tiergarten, sin el que los berlineses quedarían reclusos entre asfalto y hormigón.

Dudó durante todo el tiempo en que contempló la ciudad. Sus dedos bailaban sobre las teclas del teléfono sin decidirse a presionar el botón de encendido de su BlackBerry. Pulsó durante unos segundos el botón hasta que un estallido de colores inundó la pantalla dando paso al menú de inicio. Para nada se hicieron esperar los pitos que informaban sobre el alud de mensajes recibidos mientras el teléfono había permanecido en el reino de los muertos. Los cinco últimos mensajes eran de Gemma. Leyó el último: «Julián, es muy urgente. Es preciso que vuelvas. Han detenido a Amanda, la acusan de participación en el asesinato de Basté». No se preocupó de mirar el resto de los mensajes. Se vistió, metió a toda velocidad sus cosas en la bolsa y salió como alma que persigue el diablo hacia el aeropuerto de Schönefeld.

Un temazo del legendario King Khan sonaba en el taxi amarillo y negro del paquistaní al que había telefoneado Julián para que le recogiera en el aeropuerto. Había quedado para encontrarse con Gemma en Las Golondrinas, los barquitos que recorren el puerto de Barcelona. En aquel lugar podían pasar desapercibidos rodeados de turistas.

Gemma lo esperaba acodada en la barandilla del puente superior de La Lolita, la embarcación que ha paseado a tantos barceloneses y foráneos por las tranquilas y pardas aguas del litoral de la ciudad. Lo observaba oculta tras sus oscuras gafas de sol, innecesarias en aquel día gris y frío. El periodista tomó asiento discretamente en la butaca posterior a la de la muchacha y se limitó a escuchar la información que esta iba a proporcionarle.

—No debiste marcharte como lo hiciste —empezó recriminando la policía—. Te aconsejé que te entregaras y explicaras lo que pasó, aunque ahora ya no tengo claro que eso hubiese sido lo mejor. Hay gente interesada en zanjar el asesinato de Basté sin hacer demasiado escándalo. La noticia aún no ha trascendido. En la policía las instrucciones son claras: Tú eres el principal sospechoso y la detención de Amanda es el cebo para llegar a ti. La acusan de haber participado en el tiroteo. Hay pruebas que sitúan a dos personas en la escena del crimen. Para colmo encontraron en el piso de Amanda una toalla del hotel, que la incrimina, y ella no sabe explicar de dónde ha salido. Han construido un relato absurdo, pero que cuando lo filtren a la prensa será lo que la gente va a creer. La historia va más o menos así: Amanda y tú teníais una relación íntima. Tus encuentros con Basté en una habitación de hotel pusieron celosa a Amanda y esta perdió la razón y trató de acabar con los dos. Mató a Basté, vació el resto del cargador contra ti parapetado en el cuarto de baño, se asustó y se marchó. Después tú te das a la fuga dejando otra puerta abierta para una segunda versión: Basté se entiende con Amanda, ahora el celoso eres tú. Reúnes a Basté y a Amanda en la habitación, discutís, matas a Basté, disparas contra Amanda que se esconde en el baño. Luego te das a la fuga. Amanda asustada sale del hotel sin ser vista.

Esos dos relatos son una jugada de ajedrez. En cualquier caso, formáis un triángulo que os desprestigia a los ojos de la opinión pública. El empresario Basté, un hombre retirado y amargado, tiene una relación homosexual con un periodista en un mal momento, que vete a saber qué buscaba de él, y acaba asesinándolo. Amalia es quien sale peor parada por no tener nada que ver. Se la presenta como la amante despechada que asesina al viejo adinerado porque se acuesta con su novio o, en la mejor de las hipótesis, como la fulana que quiere sacar tajada del viejo.

—Esas versiones no se las creería nadie —replicó Julián que no daba crédito a lo que oía.

—En condiciones normales, esas conjeturas no encajarían del todo, pero te estoy diciendo que hay interesados en que esas sean las versiones finales y que nadie va a investigar más. Yo he tratado de avanzar en la investigación aportando todo lo que sé y me han ignorado y apartado del caso. Por eso dudo que entregándote hubieses hecho lo correcto.

—La toalla la llevé yo a casa de Amanda el día de mi primer encuentro con Basté, fue una tontería. Un hurto absurdo. Quién iba a pensar lo que luego pasó. Debo entregarme y sacar a Amanda de este embrollo, pero antes tengo que divulgar una noticia y encontrar a Fausto Reyes.

La Golondrina llegó a puerto y la policía fue la primera en salir mezclada con un grupo de asiáticos que le ofreció la posibilidad de disimular su presencia en aquel lugar. Julián tenía la necesidad de mantenerse algunas horas más en libertad, aunque la detención de Amanda lo carcomía y conseguía el efecto buscado: llevarlo hasta la policía, que en aquel caso estaba manipulada seguramente por los tentáculos de Reyes y su gente. Las cosas no habían cambiado demasiado, el poder seguía en manos de los muy malos, porque él, Amanda, Lazar y todas las víctimas que había causado aquella tupida red creada por fascistas enfermos, eran los buenos en aquella historia. Eso lo tenía muy claro Julián Salvado.

Se encontraba muy cerca de su casa, pero no era prudente acercarse por allí, estaría vigilada por la policía o por los que habían acabado con Basté, que seguramente pretendían hacer lo mismo con él.

Se adentró en la boca de metro de Drassanes y tomó la línea III sin un rumbo fijo. Necesitaba pensar, ordenar su mente y buscar el modo para difundir la información que hasta aquel momento poseía. Pensó confiar en alguno de sus antiguos compañeros de prensa, en acudir a su cita con el programa en el que trabajaba y en su espacio dejar caer como una bomba lo acaecido en los últi-

mos días, pero no le parecía seguro ni el mejor modo de difundir aquella noticia. Mientras estaba rumiando la fórmula para su fin, sonó el teléfono. Era Jürgen Loewi. El alemán le informó que al día siguiente publicaría un artículo sobre los robos de niños durante el franquismo y los sucesivos casos que se habían producido desde aquellos tiempos hasta la actualidad. Se sustentaba en algunos de los documentos que había encontrado en el lápiz de memoria que Basté le había proporcionado. El periodista había puesto a sus colaboradores a investigar los extensos documentos que incluía aquel pendrive. Había contrastado la información con otras fuentes que corroboraban las sospechas de la existencia de una antigua y poderosa red creada en los años treinta, que se ramificaba y entrelazaba con los poderes de la Alemania Nazi y sus oscuras prácticas.

De pronto Julián unió los puntos que le restaban por unir y tomó una determinación en aquel vagón de metro que lo transportaba por las entrañas de su ciudad.

Bajó del tren en la estación de Passeig de Gracia, y caminó por el largo pasillo que le conducía hasta la conexión con la línea IV. Aquel trayecto le pareció infinito, se iba cruzando con otros viajeros en los que creía reconocer a todos los personajes con los que había interactuado en los días precedentes, Basté, Wiesler, Lazar, el guerrero Nightrider, Ricard... Era como una pesadilla que se repetía. Apartó la vista de los rostros de los viandantes y se centró en las vallas de publicidad que pendían de las paredes del suburbano: anuncios de productos informáticos, de perfumes que prometían el éxito por el mero hecho de rociarte con ellos. La paranoia se instaló en su mente en aquel momento hasta el punto de creer reconocer a Amanda en un anuncio de lencería en el que lo miraba recriminándole su pasividad. Se detuvo obstruyendo el flujo de la gente que circulaba en su misma dirección, un obeso apresurado le golpeó con su mochila que bien podría estar fabricada a su medida. Por un momento perdió el equilibrio y estuvo

a punto de darse de bruces contra el embaldosado. Llevaba días limpio, sin consumir ninguna sustancia, pero seguía siendo un alcohólico adicto a las drogas. No se cambia en unos días. Había tratado de ser fuerte y reemprender el «buen camino». Qué iluso, como si eso fuese así de simple: hoy quiero ser un buen chico, retroceder en el tiempo y convertirme en lo que fui otrora, destapar un nido de víboras arraigado en este mundo de corruptos, asesinos y fascistas, por el mero hecho de haber recibido un encargo de un viejo amargado y resentido. Un viejo al que le habían volado la cabeza en su presencia.

Abrió su cartera, tomó el blíster con los ansiolíticos, hizo presión con el pulgar en dos de las capsulas que los retenían y se los introdujo en la boca. Miró el anuncio de lencería y creyó ver como a Amanda, o de quien se tratase, le rodaba una lágrima de sangre que manchaba aquel precioso sujetador de la fotografía. Escupió los fármacos y un temblor se apoderó de una de sus manos. Se sentía enfermo, muy enfermo, pero nada podía detenerlo ahora de su propósito.

Emergió por la salida del metro de Poblenou, ascendió por la calle Bilbao hasta alcanzar el Camí Antic de València. El barrio de Poblenou se había transformado por completo. Poco, o prácticamente nada, quedaba del tejido de fábricas que el viejo Arañó, el abuelo de Félix Basté, había visto florecer en aquel apartado lugar de Barcelona. Alguna chimenea aún despuntaba esquivando la fiebre de la especulación inmobiliaria que trataba de conquistar los solares que ocuparon las fábricas. El complejo de edificios que inundaba la mirada de Julián aquella tarde era donde se encontraba la sede de la empresa de Basté, y en donde ahora reinaba a sus anchas Fausto Reyes. Julián lo imaginaba sentado en su despacho de la sexta planta mientras se fumaba un espléndido Cohíba.

En realidad, el periodista no sabía si Reyes se encontraba en la sede, pero su instinto, empujado por su rabia, lo había llevado hasta allí. Intuía que el viejo falangista estaba detrás del asesinato

de Basté, lo tenía más que claro. Las confidencias del empresario durante sus encuentros, evidenciaban lo que su antiguo lugarteniente había tramado durante décadas: conseguir todas las propiedades de Basté para unirlas al conglomerado de sus jefes, al tiempo que extendía su poder con la intención de hegemonizar su estirpe todavía más.

La noche ya había hecho presencia a aquellas horas y en el oscuro edificio se notaba cada vez menos actividad. Julián había estado controlando los movimientos del guardia de seguridad de la entrada y había detectado una brecha en la rutina del vigilante que le permitía acceder a los ascensores si conseguía ser lo suficientemente rápido.

Tres, dos, uno... aceleró el paso y en un instante se coló en el ascensor sin ser visto. Pulsó el botón de la sexta planta, la sensación de vacío se hizo patente. Tuvo la impresión de haber montado en una montaña rusa, la adrenalina se le disparó y pensó que aquel efecto le iba a preparar aún más para enfrentarse a quien se le pusiera por delante. El ascensor abrió sus puertas. La sexta planta era un espacio diáfano, acristalado por los cuatro costados excepto por el que ocupaba el hueco del ascensor. Los despachos se distribuían separados por ligeros paneles, igualmente de cristal, y toda la planta estaba rodeada por una terraza. En uno de los ángulos de la planta, una de las puertas correderas que daba acceso al exterior se encontraba entreabierta. La silueta de la Sagrada Familia iluminada se perfilaba al frente pareciendo como si estuviera mucho más cerca de lo que pensaba Julián. Al fondo el Tibidabo. Los dos templos expiatorios de la ciudad al alcance de quien debería pedir perdón delante del sagrado sacramento para tratar de expiar sus pecados. De pronto, alguien en la terraza, una sombra entre las sombras se interpuso entre la imagen de los dos templos y borró aquel pensamiento teológico de la mente del periodista devolviéndolo a la realidad. Fue como el efecto de tapar la luna con el pulgar. La silueta se giró dando la cara hacia el

interior, y Julián pudo comprobar que se trataba de Fausto Reyes. No fumaba ningún puro, ni tan siquiera un humilde cigarrillo; tal como lo veía allí afuera, en la terraza del edificio, no le pareció al periodista que aquel individuo fuera el personaje siniestro que había imaginado, construyéndolo con la información obtenida a partir de las declaraciones de Basté y a base de las indagaciones que había realizado sumergiéndose en Google durante horas.

El hombre advirtió la presencia de Julián y avanzó sin prisa hacia el interior. Desde el marco de la puerta enfrentó la mirada con la del periodista que corroboró que aquel anciano conservaba el aspecto de un viejo dandi: vestía traje azul de tres piezas con un motivo de raya diplomática, camisa blanca y corbata de lunares de siete pliegues, muy posiblemente adquirida en Charvet. La imagen que proyectaba Reyes puso de nuevo en guardia al periodista.

—Al fin nos conocemos —dijo el viejo falangista sin parecer sorprendido de encontrar a Julián allí—. Le creía más inteligente. Venir hasta aquí era una posibilidad, pero la más arriesgada si pretende seguir en libertad. La verdad, creí que se escondería al menos algún tiempo más, pero veo que haber detenido a su amiga ha causado el efecto deseado; porque entiendo que habrá venido para eso, ¿verdad? Para pedir que yo interceda y la liberen. ¿A cambio de qué, de que se entregue usted?

Julián lo observaba sin responderle, dejándole hablar, esperando el momento para actuar.

—Deberá entregarme más cosas, señor Salvado. Digamos... algunos documentos que no le pertenecen, recapacitar y entender que Félix era un hombre atormentado y senil, podrido por el rencor, que fabuló historias absurdas... Eso para empezar no estaría mal, sería un síntoma de buena voluntad por su parte.

—Es usted la viva imagen de un demonio, un Belcebú engominado y edulcorado, un Lucífago, un ser despreciable al servicio de seres aún más despreciables todavía. Un Mefistófeles que no ha hecho más que sembrar inquina, odio y dolor durante toda su

vida. Un lacayo del mal dirigido por el mismísimo diablo —explotó Julián sin poder contener sus palabras, mostrando toda la repugnancia que le producía aquel hombre y lo que representaba—. Es todo eso que le digo y aún más, pero ahora ha topado con la horma de su zapato. Supongo que a lo largo de los años ha sabido zafarse de sus oponentes a base de comprarles u ofreciéndoles alcanzar quimeras a cambio de su alma, que usted ofrecía a su superior, al príncipe de las tinieblas.

»Mala suerte, amigo. Ha llegado su hora. La hora de pagar por sus culpas. Es cierto que dispongo de información que el desgraciado Basté me proporcionó. Supo cubrirse bien sus espaldas. Tal vez no esperaba que usted se atreviera a enviar a sus secuaces para acabar con él de aquel modo. Lo subestimó, no lo entiendo bien, porque le conocía sobradamente. Él me buscó a mí para que investigase y destapase los casos de robos de bebés, las adopciones irregulares que han llevado a cabo los suyos desde que se hicieron con el poder en este país. Tengo a buen recaudo toda la información y cuento con colaboradores de primer orden, lejos de sus tentáculos, con los que podremos demostrar su asquerosa trama. Hasta dónde llegaremos va a ser una incógnita, pero tengo claro que usted va ser el primero en caer.

Reyes lo observaba divertido. Sin duda aquel hombre había vivido escenas similares en multitud de ocasiones, estaba habituado a enfrentarse a individuos dispuestos a todo contra él. Aunque un pensamiento peregrino cruzó por su mente: estaría más tranquilo si su cancerbero Arrudi estuviera cerca y no en el gélido Berlín.

—Todavía es más inconsciente de lo que podía imaginar, pero reconozco que tiene un par de huevos. Estando en su situación y aún se atreve a amenazarme. Podría criticar a Félix por muchas cosas, pero desde luego siempre fue un empresario inteligente, por eso contó conmigo incondicionalmente. Sabía rodearse de quien pudiera servirle para sus fines, y aplaudo que le buscase a usted. Un periodista, borracho y drogadicto, acabadísimo y con un maltrecho

honor digno de un boy scout. Plausible por parte de Basté. Usted ha conseguido mantenerse sereno unos días en busca del Santo Grial. Y lo que es más gracioso todavía: lo encuentra, lo toca con la punta de los dedos, cree que lo tiene todo nuevamente al alcance y viene directamente a mí para restregármelo por la cara y decirme que va a derruir la Torre de Babel de un soplo. Amigo, un soplo etílico no acaba con demasiadas cosas. Está usted muy acabado. Por cierto, también le diré que hizo mal en terminar con su bella esposa, cambiándola por ese engendro que ahora se pudre en una mazmorra, y su pequeña, una monada que nada como una sirena. El pelirrojo le ha echado el ojo, estará bien cuidada mientras usted se pudre en la trena. Le digo todo esto para que esté bien tranquilo.

A Julián le giraba la cabeza como una noria. Las sienas le repiqueteaban por la presión de la sangre que hervía en sus venas.

—Le dije que lo tengo todo controlado y bien protegido — volvió a decir el periodista—. Le avisé también que usted sería el primero en caer. Y diciendo esto se abalanzó contra Fausto sin que este tuviera tiempo de reaccionar. Lo agarró con una mano por la excelente corbata, ciñendo el nudo en su garganta, mientras que con la otra lo sujetaba por la parte trasera del cinturón. Empleando todas sus fuerzas lo elevó unos centímetros del suelo, tomó carrerilla sobre la cubierta de la terraza y, como si de un fardo se tratase y sin pensárselo, lo lanzó por encima de la barandilla. Reyes inició un vuelo en el que pudo ver por última vez los templos barceloneses iluminados en la noche, antes de trazar una parábola que lo precipitó contra el asfalto del Poble Nou. Y el Señor dijo a Satán: «¿De dónde vienes tú?», y Satán respondió: «He dado una vuelta por la tierra». Y te arrancaron las alas, Azael, te imposibilitaron volar, Azael. Termina pues ahora como ángel caído.

En la terraza Julián miró hacia abajo viendo como la sangre oscura de aquel malévolo personaje se extendía por la calle, al tiempo que mascullaba entre dientes: «Te dije que serías el primero en caer».

Las mariposas de la isla de Kerguelen

Back to black

Amy Winehouse / Mark Ronson (2007)

Negro riguroso en el vestir, falda de tubo, medias y blusa de seda que dejaba intuir una lencería de alta calidad. Así había decidido vestir Amanda hasta poder reunirse de nuevo con su amigo Julián. Había estado semanas encerrada en prisión preventiva, teniendo que pasar por un trato vejatorio, ordenado por aquel magistrado corrompido por el poder de Reyes, en el que la obligaron a hacerse un examen psiquiátrico y forense en el que el médico hizo una valoración de la verificación de existencia de vagina, y del canal de la misma, con el fin de determinar si el cambio de nombre en el DNI había sido correcto, o en caso contrario poder a llegar a revocarlo.

—Visto como la viuda de un torero porque así me siento. El mito de la tauromaquia me sirve para affigir mi dolor. Me disgusta pensar que hombre y bestia enfrentados, mostrando sus fuerzas, resultando ambos derrotados, es una idea que no tiene cabida en la representación de la fiesta tal como se entiende en este país. Aquí es el torero quien se debe imponer al toro, eso es lo que se considera un triunfo. Lo contrario lleva al fracaso, al triunfo del mal. Veo a Julián como un torero herido de muerte, agonizando

en esa celda donde lo tienen encerrado esos cabrones —explicaba Amanda a Gemma mientras regresaban en tren desde Alicante, donde estaba recluido Julián en el hospital psiquiátrico de Fontcalent.

Hasta allí habían llevado al periodista después del asesinato de Reyes. La policía lo había encontrado en el escenario del crimen, inconsciente debido a una intoxicación por barbitúricos. No pudo soportar más la presión, se había desbordado. Su acción lo trastornó resolviéndolo a su manera, a base de pastillas. Había estado ingresado, al borde de la muerte, mientras los acontecimientos se habían precipitado y las noticias sobre los robos de bebés iniciadas desde el Taz en Berlín habían hecho eco muy pronto en los periódicos españoles. El Mundo había tomado las riendas informativas y había lanzado una publicación especial sobre la trama de los bebés robados.

Análisis Digital publicó una contranoticia desmintiendo lo que se publicaba en otros medios. Nadie dedicó ni una sola línea sobre la red creada por Fausto Reyes. Ni una conjetura sobre la relación de los dos asesinatos de aquellos dos hombres de negocios. Tan solo breves reseñas informando sobre sus muertes. Algún artículo errático silenciado de inmediato. ¿Qué había pasado? Tal vez el juego de siempre. Intereses superiores que hacen que esas noticias se disipen como humo entre la niebla.

Pasaron los meses y nuevamente aquel asunto fue perdiendo presencia en los medios, tal y como Julián pensó que podía pasar. Pero nada había sido en vano. Por primera vez la prensa había hablado de uno de los cabecillas de la trama: el doctor Eudaldo Peña. El antiguo director de ginecología de la clínica La Lactancia había sido denunciado por una de las presuntas niñas robadas. La mujer había presentado pruebas que incriminaban al médico y a una de las monjas en aquel espantoso crimen. Iba a ser un largo y triste camino, pero la punta del iceberg había salido a flote y muy seguramente nada iba a ser lo mismo desde aquel momento.

El lugar de reunión favorito de Jürgen Loewi acostumbraba a ser el bar del Taz, y su sillón el huevo de mimbre colgante. Aquel espacio no encajaba demasiado con su interlocutor de aquella mañana, el abogado Pau Blanc, un cincuentón elegante y distinguido, con una trayectoria intachable, que había defendido los intereses de clientes de gran importancia, tanto en la política como en el ámbito empresarial. Uno de sus últimos casos de éxito había sido la defensa de un alto cargo político ligado al Opus Dei, acusado de malversación de fondos.

Mientras la ciudad de Berlín se cubría con un grueso manto de nieve, Blanc, en representación de un ente evidentemente opaco, negociaba con Loewi sobre los documentos que se suponía que este tenía en su poder. La propuesta del abogado, expuesta como si de una hábil partida de ajedrez se tratase, no dejaba mucho margen de maniobra al sagaz periodista. La pieza principal no era el rey, si no la libertad de Julián. No se trató de una negociación igualitaria, ni hubo excesiva tensión. Loewi lo tuvo claro, los artículos estaban escritos, publicados en Alemania, y en España ya se habían puesto en marcha otros colegas. El Taz había cumplido su objetivo. La trama más profunda no iba a progresar inmediatamente. Nada se iba a mover de un día para otro, había demasiados intereses en contra que impedían avanzar para desatar algo enraizado en lo más profundo de un sistema que, durante décadas, había desarrollado una costra impenetrable. Pero el virus ya estaba inoculado. Lo importante en aquel momento era devolver la libertad a Julián, el resto sería una cuestión de tiempo. «¡La liberación de Julián!», se repitió para sí mismo. Y bajo aquel axioma, pactó sin dudar con el viejo zorro de Blanc. La documentación que tenía en su poder, a cambio de interceder para conseguir un sobreseimiento libre del periodista. Goliat iba a seguir en pie y David volvería a Judá con sus ovejas.

La celda que ocupaba Julián era estrecha y estaba mal iluminada. Pasaba gran parte del día sentado en la cama, perdido en una

interminable charla prácticamente inaudible, tan solo un murmullo. No estaba solo, lo acompañaban Basté, Reyes y Vallejo-Nájera. Una compañía que trataba de evitar, pero no lo conseguía. Se colaban en su celda cuando les parecía y se ofrecían a concederle entrevistas que Julián debería publicar posteriormente.

Basté y Reyes se le aparecían con los rostros destrozados, peleando entre ellos, tratando inútilmente de conseguir una supremacía que de nada les servía ya, dejando partes de su ser por las paredes y el suelo de la celda.

El más locuaz era el psiquiatra que, más que ofrecerle entrevistas, lo trataba de analizar acribillándolo a preguntas y explicándole teorías acerca de la eugenesia en un monólogo sin fin. Sostenía que sus acciones habían sido justificadas y que «la regeneración de una raza impone una política que neutralice el daño que puede venirle al plasma germinal de los agentes patógenos, tanto físicos como psíquicos, materiales como morales. Coincidimos con los nacionalsocialistas en que cada raza tiene un significado cultural particular, y unas características biopsíquicas que deben exaltarse en sus facetas excelsas. Los españoles no tememos, ni hemos temido enlaces bastardos. Nos hemos cruzado despreocupadamente con las más diversas razas, sin perder nuestra individualidad, antes afirmándola, mientras hemos conservado la esencia de la hispanidad que alimentaba nuestra personalidad psicológica».

Algo que había sostenido Vallejo-Nájera y que había quedado grabado en la mente de Julián, tenía relación con el concepto que a aquel adepto al régimen fascista le merecían las mujeres: «A la mujer se le atrofia la inteligencia como las alas a las mariposas de la isla de Kerguelen, ya que su misión en el mundo no es la de luchar en la vida, sino acunar la descendencia de quien tiene que luchar por ella». Cuando el psiquiatra llegaba a aquella parte de su discurso, Julián trataba de rebatirlo enzarzándose en una discusión que lo llevaba a la violencia, llegando a lastimarse a sí

mismo al golpear las paredes por las que traspasaba a la fuga el ectoplasma de Vallejo.

Tan solo los tratamientos de electroshock parecían reducir los capítulos de alucinaciones y la profunda depresión en la que estaba inmerso el periodista. A medida que pasaban las semanas iba recobrando el equilibrio emocional, pero perdiendo una parte de sus recuerdos a corto plazo.

El último día de aquel año en el que Julián trató de hacer justicia en un mundo injusto en esencia, donde las reglas están definidas de antemano y de poco sirven los esfuerzos heroicos, en algún lugar de su ser albergaba la esperanza de que lo que había hecho iba a ayudar a destapar aquella trama de robos de bebés que desde mucho tiempo atrás había dañado a tanta gente. En la mente herida del periodista había un hecho que, a medida que pasaban las semanas, se transformó en un bálsamo para él. Había dado un golpe definitivo a uno de los tentáculos del mal. Reyes se había reventado en el asfalto y eso era un triunfo en sí mismo, aunque aquello le hubiera producido un cortocircuito en el cerebro. Aquel último día, el periodista pasó la tarde escuchando a lo más parecido a un amigo que encontró en aquel sórdido lugar. Se llamaba Leopoldo María Panero y llevaba media vida allí adentro. La esquizofrenia lo había cogido por las pelotas manteniéndole sin remedio en aquel lugar. Tenía una manera de hablar en la que arrastraba las palabras a gran velocidad, haciendo que su discurso fuera en ocasiones difícil de entender. Y aún lo complicaba más el hecho de que introdujese frases en francés citando a Poe o Mallarmé. Fumaba compulsivamente al mismo tiempo que bebía Coca-Cola. Julián no llegó a saber si su estado de hiperactividad era debido a su enfermedad o a la cantidad de cafeína que ingería, aunque en ocasiones entraba en una especie de trance, en el que iniciaba un monólogo recitando poemas, sus poemas. Leopoldo le confesó una mañana que él no estaba loco, que estar allí era por voluntad propia y que su obra poética nunca hubiese podido ser creada si no hubiese estado refugiado en aquel lugar.

Con la mirada oculta en las cuencas hundidas, desde su boca oscura, una caverna en su rostro surcado de arrugas repletas de historias, aquel hombre se recitó a sí mismo:

Himno a Satán

«Ten piedad de mi larga miseria».
Les fleurs du mal. Charles Baudelaire

Tú que eres tan solo
una herida en la pared
y un rasguño en la frente
que induce suavemente a la muerte:
tú ayudas a los débiles
mejor que los cristianos
tú vienes de las estrellas
y odias esta tierra
donde moribundos descalzos
se dan la mano día tras día
buscando entre la mierda
la razón de su vida;
yo que nací del excremento
te amo
y amo posar sobre tus manos delicadas mis heces.
Tu símbolo es el ciervo
y el mío la luna:
que caiga la lluvia sobre
nuestras faces
uniéndonos en un abrazo
silencioso y cruel en que
como el suicidio, sueño
sin ángeles ni mujeres
desnudo de todo

salvo de tu nombre
de tus besos en mi ano
y tus caricias en mi cabeza calva
rociaremos con vino, orina y sangre
las iglesias
regalo de los magos
y debajo del crucifijo
aullaremos.

Aquel último día del año Julián comprendió que debía recobrar la cordura y salir de aquel lugar antes de acabar como su nuevo amigo.

Una pista de despegue

Toi qui regardes la mer (Papillon)

Jerry Goldsmith — Nicolette (1973)

Una templada mañana de abril, Julián abandonaba el Hospital Psiquiátrico de Fontcalent. Delgado, demacrado, con el pelo largo y canoso, vestido con unos vaqueros, una camisa militar y su cazadora de piel. Cuando Gemma lo vio avanzar hasta ella arrastrando los pies y con la mirada perdida, entendió que aquel hombre había pasado por un calvario durante los meses de reclusión. Julián llegó a su altura, soltó la mochila donde llevaba sus pocas pertenencias y la abrazó con fuerza sin poder reprimir el llanto.

Todo ha terminado ya, Julián. Nos marchamos a casa —fue lo primero que le dijo la policía a su amigo, mientras se dejaba abrazar impertérrita.

De camino a Barcelona, Gemma conducía su viejo y fiel Saab 900 turbo plateado. En el asiento del copiloto, Julián absorbía el monótono paisaje que le ofrecía la autopista.

—¿Qué día es hoy? —preguntó él.

—Domingo, 11 de abril.

—¡Abril! Como el nombre de mi pequeña. Tengo que hablar con ella. ¿Qué sabe de todo esto? Le he vuelto a fallar, tenía que haber ido a verla competir... hace tanto...

—Abril sabe que has estado hospitalizado por una fuerte depresión. Clara no quiso que viniese a verte. Aunque ha sido lo mejor para ella.

—Por supuesto. Yo tampoco hubiera querido que me viese ahí adentro. Es un lugar horrible. Sabían bien lo que hacían al llevarme ahí si querían castigarme. Ahora necesito que me pongas al corriente. El abogado me ha explicado que mi caso fue sobreseído y que me concedían la libertad ahora que ya estaba en condiciones psíquicas aceptables. La verdad es que he estado bastante perturbado, pero no hasta el extremo de creer que me suelten así sin más después de tirar a aquel demonio desde un edificio. Esa gente es peligrosa y vengativa, no van a quedarse con los brazos cruzados. Me cuesta recordar algunas cosas, me han dado duro en el cerebro para tratar de devolverme al mundo, pero aún consigo retener información.

—Para, Julián. Tranquilízate y procura pensar en ti, en tu salud. Cuando lleguemos a casa deberás hablar con alguien que podrá darte mejor información que yo sobre lo que quieres saber, pero por el momento descansa.

Julián se recostó en el asiento, reposó su cabeza sobre su cazadora hecha un ovillo y se fue quedando dormido mientras veía como el paisaje se sucedía velozmente al otro lado de la ventanilla, desvaneciéndose y materializándose de manera consecutiva, según sus ojos se entornaban o volvían a abrirse. Contempló miles de ácaros flotando entre sus pestañas, nadaban en las lágrimas que empapaban sus ojos, lo acunaban y le susurraban frases ininteligibles que imaginaba en función del fluir de su pensamiento. Un sueño plácido le acompañó durante el trayecto, un sueño voraz y profundo como en hacía tiempo no había tenido.

El largo paseo por el espigón del Passeig de l'Escullera le permitía encontrar el sosiego que en ocasiones le faltaba. Era extra-

ño, pero cuando caminaba hacia el horizonte marino, imaginaba aquel paseo como una pista de despegue en la que antes de llegar al final se elevaría como un aeroplano y la ciudad quedaría a sus pies. Allá arriba sería libre, nadie podría alcanzarlo, ni pedirle explicaciones, ni tan siquiera podrían dirigirse a él. Soledad absoluta para observar el mundo con la mirada de un ave y cagarse encima de quien quisiera de forma literal y anónima. Pero aquel día no caminaba solo, le acompañaba Jürgen Loewi, el periodista del Taz había viajado a Barcelona para reunirse con Julián ahora que sabía que su estado emocional le permitiría abordar el tema del que quería hablarle. Se acercaba la hora de la comida y Julián no quería que en aquel lugar donde encontraba la paz, su pista de despegue, se hablase sobre un asunto tan desagradable y triste para él. Hubiese sido un sacrilegio. Aquel lugar era una especie de templo para su espíritu. Así que tomó a Jürgen por el brazo encomiándole a acompañarle hasta un restaurante que había descubierto recientemente, cercano al Arco de Triunfo donde la tortilla de bacalao y la tarta de queso podían conseguir que cualquier nube negra que le pasase por la cabeza o el alma se evaporase. Aquellos manjares surtían un efecto más potente y benigno que el Haloperidol con el que le habían estado tratando. No podía evitar sentirse embotado, tener los circuitos neuronales alterados debido a la electricidad con la que le habían tratado y con la mierda que le habían medicado, en ocasiones inyectada y regularmente ingerida. Le costaba interactuar con normalidad. Era como si todo lo que había pasado, y a lo que aún trataba de enfrentarse, no fuera del todo con él. Se sentía en un segundo plano. Como si un androide lo supliese y él estuviera a los mandos de una consola que dirigiera los pasos y las palabras que su avatar diera y dijera. Pero esa sensación desapareció nada más introducirse en la boca un pedazo de la excelente tortilla de bacalao. Ya antes lo pudo intuir, tan solo la presencia de aquel plato de huevos batidos, mezclados con un bacalao de calidad superior. Retirados de la sartén

justo en el punto en que la cocción convertía a los dos elementos en una mezcla viscosa y melosa envuelta en una coherente piel de huevo cuajado. Era el momento en el cual, el cocinero de mano experta, creía que su fórmula cobraba la vida que él, Dios supremo de aquel plato, tan simple como honesto, sabía que debía retirarla del fuego para servirla de inmediato y obrar el milagro.

Mientras saboreaba bocado a bocado aquella maravilla, Julián no existía para nada ni para nadie. No le importaba el resto del mundo, ni el caos y el exterminio al que suponía que la humanidad estaba abocada. Tan solo masticaba lentamente. Al finalizar la tortilla, continuó ausente dirigiendo sus movimientos pausados y metódicos hacia el postre que había encargado: la tarta de queso que completaba la epifanía de aquel momento. Aquel pastel era el complemento ideal. La fusión de los tres quesos: azul, fresco e idiazábal, representaban para aquel manjar lo que Athos, Portos y Aramis fueron para Dumas.

Jürgen no salía de su asombro viendo como Julián disfrutaba y parecía mutar mientras acababa su última porción de tarta. Al terminar el bocado, Julián miró al alemán dispuesto a retomar los temas pendientes.

—Ahora, amigo, explícame que ha ocurrido en mi ausencia.

Jürgen Loewi le explicó a Julián detalladamente cómo había gestionado la información que contenía el lápiz de memoria de Basté. La publicación de algunos de los documentos que demostraban cómo se habían llevado a cabo las ventas de bebés, la intervención del doctor Eudaldo Peña y de la monja con la que había colaborado estrechamente para urdir engaños y adopciones irregulares. Declaraciones grabadas por el propio Basté autoinculpándose y señalando a Fausto Reyes como a uno de los cabecillas de la trama. De cómo la prensa española había tratado aquel asunto y cómo se había vuelto a silenciar. Le confesó que una parte importante de la información no la había podido utilizar; no podía señalar a algunos personajes importantes. Era lo suficiente-

mente cauto e inteligente como para haber hecho una selección de la información que abordaba la trama de los bebés robados y daba a entender claramente dónde originaba aquel oscuro asunto y cómo con el paso de los años y los cambios políticos en España se había transformado en un asunto principalmente económico en manos de mercaderes sin escrúpulos. El resto de documentos los había entregado a cambio de la libertad de Julián. No había opción, o lo hacía de aquel modo, o Julián se hubiera podrido en aquella celda. Él, Jurgen Loewi, periodista independiente del prestigioso Tageszeitung, había cumplido su palabra con Julián y dejaba clara su ética periodística difundiendo la noticia.

Te lo agradezco —dijo Salvado al alemán—. Te lo agradezco enormemente. Has hecho lo que debías y me has salvado el culo. Pero discrepo sobre que la trama solo haya tenido que ver últimamente con dinero. Hay intereses que van más allá del puramente económico, esa red es muy amplia, acapara a mucha gente. Unos es posible que solamente lo hagan por dinero, pero hay otros que persiguen un fin que va más allá y quieren mantener vivas las teorías de Vallejo-Nájera y del nacionalcatolicismo más recalitrante.

Jürgen se levantó, le estrechó afectuosamente la mano y se despidió deseándole la mejor de las suertes. Antes de marcharse le dio una última indicación:

—Llama a este número —le sugirió entregándole una hoja de su bloc—. Pertenece a Amalia Maluda. Se enteró por amigos comunes de las declaraciones de Basté y de su muerte. Me localizó con la intención de que la pusiese en contacto con Lazar. Creo que ahora que tú estás mejor es preferible que te ocupes. Hasta siempre —dijo a modo de despedida antes de salir a la luz primaveral que en las primeras horas de la tarde inundaba aquel rincón de la ciudad.

Julián pudo contemplar como la figura de su amigo se alejaba cruzando el Arco de Triunfo como si celebrase una victoria que él no podía compartir.

Detendría el sol sobre Lisboa

Estranha forma de vida

Alfredo Marceneiro / Amalia Rodrigues (1965)

A bordo del tranvía 28 que traqueteaba por las empinadas rampas zigzagueantes a la sombra del Castillo de San Jorge, Julián buscaba con la mirada el lugar donde debía descender. Había quedado con Amalia en el Mirador de Santa Lucía. Bajó del viejo tranvía de un salto estando a punto de estrellarse contra el adoquinado. Una vez más comprobó que los tiempos de atleta se alejaban a pasos agigantados. Recobró el equilibrio con el disimulo que lleva implícito el orgullo herido. El sol en la vertical de la ciudad se reflejaba sobre el río Tajo emitiendo destellos dorados que cegaban al tratar de mirar algunos de los cruceros que atracaban en el puerto lisboeta. El periodista comprobó como una mujer perdía la vista en el horizonte recostada en la barandilla del mirador. Llevaba una pañoleta sobre los cabellos plateados y vestía de un modo informal: botas, vaqueros y una cazadora roja sobre un jersey de color negro. Julián esperaba encontrar a alguien con un estilo más clásico. Le pareció más una roquera que la afamada reina del fado. Aquella mujer debía de haber sobrepasado los setenta años, pero allí parada y vestida de aquel modo no los representaba en absoluto. Él se había preocupado de parecer

elegante, no siempre se reúne uno con una estrella del folclore portugués. Vestía un informal, pero elegante traje en color crudo y una camisa blanca, un fular marrón le abrigaba el cuello de la brisa atlántica.

—¿Amanda? —preguntó a corta distancia de la mujer, modulando la voz.

La fadista lo examinó con un rastro de aprobación en la mirada, al tiempo que asentía con la cabeza y seguidamente soltó un escueto: «Eu mesma».

Julián se presentó e iniciaron juntos un paseo por aquel barrio que olía a algo familiar para el periodista. Los olores que ascendían desde las blandas aguas del Tajo se mezclaban con los aromas que salían de una pequeña taberna, de un minúsculo portal o de un puesto ambulante de venta de sardinas asadas. Ropas tendidas en los balcones, niños jugando a la pelota en una plazoleta, mujeres que sacan al sol sus sillas de anea para iniciar una charla. José Saramago nos invitaba a perdernos en Alfama, dejarnos llevar por nuestros pasos hasta desorientarnos y que como por arte de magia apareciese ante nosotros el barrio en estado puro. Aquella mezcla de olores imágenes y sensaciones inevitablemente le transportaba hasta la Barceloneta que se resistía a desaparecer bajo el manto del turismo de masas, y a la que a él le encantaba trajinar una y otra vez.

Durante un buen rato, mientras ascendían por empinadas escaleras de piedra, doblaban esquinas, cruzaban por pasadizos entre los muros de las centenarias casas, no se dijeron nada. Se rozaron los cuerpos obligados por las estrecheces de los callejones que los absorbían como la boa absorbe a su presa. Julián se limitó a seguir los pasos de la mujer que conocía perfectamente cada rincón por el que pisaban.

Cuando Amalia decidió empezar a hablar habían llegado hasta el Castillo de San Jorge, el punto más elevado de Alfama. No podían ascender más allá, el siguiente escalón les hubiera transportado hasta el mismísimo cielo de Lisboa. Aquel momento le hizo

recordar un breve poema de Fernando Assis Pacheco que decía: «Si fuese Dios detendría el sol sobre Lisboa». El pensamiento se le interrumpió al escuchar las palabras de la cantante.

—Señor Salvado. Como le dije en nuestra conversación, he preferido hablar con usted en persona. No me fio de la tecnología. Soy ya demasiado mayor como para fiarme de nadie ni de nada. Le agradezco que haya venido a Lisboa porque lo que tengo que decirle, aunque no nos llevará más de unos minutos, creo que es importante tal y como han ido las cosas. No le haré perder el tiempo con las historias de una vieja folclórica a la que ya todos tratan de senil. Aunque le puedo garantizar que estoy perfectamente en mis cabales. Tal vez algún oporto más de la cuenta me desata la lengua y los años me desinhiben para decir lo que en ocasiones ni siquiera pienso. Pero lo piensan otros a los que respeto y admiro y yo me hago con su pensamiento y desde mi modesta atalaya lo escupo a los cuatro vientos. Vieja y cansada de la estupidez humana, así me siento. Perdone, he empezado diciendo que no le haría perder tiempo. He estado al corriente de lo que ocurrió con Félix y con lo que usted ha estado persiguiendo. Me lo explicó ese chico tan amable, ese periodista alemán... Jürgen. Mi viejo amigo Pereira, un experto periodista de los que muerden y no sueltan hasta tener la noticia bajo control, rastreó lo que publicó El Mundo hasta llegar a la fuente de la noticia del robo de bebés y las muertes de Félix y Fausto. Todo eso me llevó de nuevo hasta esa vieja y triste historia, entonces tuve la certeza de que había llegado el momento de entregar a quien corresponde los documentos que Mariona me entregó y me pidió que custodiase por si en algún momento su hijo Llátzer quisiera saber su origen. En estos papeles podrá averiguar quién fue en realidad su madre biológica. Mariona nunca cejó en el empeño de averiguarlo, aunque no quiso compartirlo con Félix. Prefirió que permaneciera en el olvido. Pero cuando Llátzer abandonó a su familia al enterarse de todas las mentiras, entendió que algún

día, muy probablemente el muchacho quisiera saber su verdadera procedencia. Ella no hubiera sido capaz de hacérselo saber en vida. Todo su mundo se puso del revés y no lo pudo soportar. El resto de la historia estoy segura que ya la conoce.

Señor Salvado, se lo pido por favor, entréguele a Llátzer el conocimiento de su verdadero origen. Sé que son miles las personas que nunca tendrán esa oportunidad, nunca podrán encontrar a sus madres biológicas. Han pasado demasiados años, en algunos casos, y demasiadas losas se han puesto encima de esas historias. Usted tiene la oportunidad de que al menos uno de ellos pueda saber la verdad.

El periodista miró el sobre de color marfil que le había puesto en las manos Amalia. Le pesaba como debían de pesar las Tablas de la Ley en brazos de Moisés. Un mandamiento que le condicionaba y al que no se podía negar después de todo lo que había hecho hasta aquel momento. Volver a empezar con otro fin. Ya no se trataba de buscar y denunciar a los criminales sin rostro. Se trataba de poner fin a una mentira, una entre miles.

Tras despedirse de Amalia, con la promesa de cumplir con su petición, Julián regresó al aeropuerto. Nada le retenía en la ciudad de la luz, donde el sol se resiste a esconderse en el Atlántico más allá del estuario del Tajo.

Desde la terminal, mientras esperaba la salida de su vuelo, hizo una llamada al móvil de Lazar. El buzón de voz emitió aquel mensaje mecánico en el que una operadora invitaba a todo el que llamaba a dejar su mensaje. Julián no hizo ni siquiera el intento de grabar una palabra. Seguidamente llamó a Jürgen, quien le explicó que tampoco él había podido contactar con Lazar en Berlín. No lo había vuelto a ver desde el día que se encontraron los tres en el café del Taz. Lo había buscado para ponerle al corriente de los artículos publicados, pero parecía como si se le hubiera tragado la tierra. De pronto, le acudió a la memoria la chapa que encontró tirada en el suelo de la casa Köpi y las palabras de Gerd

Wiesler. Tuvo la certeza de que el viejo espía iba a ser el único que podría llevarle hasta Lazar. En aquel momento, por la megafonía del aeropuerto otra operadora de voz metálica indicaba que debían embarcar.

Aterrizó en Barcelona a media tarde de un día luminoso y cálido que hacía confundir mayo con agosto. Mientras recorría el finger que lo vomitaría hasta la terminal, encendió su teléfono en busca de cobertura. Tenía una prisa enorme por poder comunicar con Gerd Wiesler. En cuanto percibió la señal que indicaba que su terminal estaba listo para poder hacer una llamada, buscó en la agenda, seleccionó el número y oprimió el botón verde. Un tono, dos, tres y una voz inconfundible que se anticipaba siempre a todo.

—¡Señor Salvado!

—Herr Wiesler —empezó diciendo el periodista—. Espero que esté usted bien —continuó con aquel tópico formal—. Quería preguntarle por Lazar. He tratado de hablar con él, pero no tengo forma de comunicar. Le he preguntado a un conocido común, pero tampoco sabe nada de él desde hace meses. Seguro que usted podrá ayudarme.

Un vacío se produjo al otro lado de la línea. La respiración de Wiesler se pudo escuchar como preludeo a su respuesta.

—El último día que nos vimos en Köpi pasó algo que cambió los planes de Lázar y también los míos.

—Si quiere hablar con él deberemos encontrarnos en Praga. Deme unos días para organizar un encuentro. Quedemos dentro de dos martes, a las ocho de la mañana, en el Puente Carlos, junto a la cruz con cinco estrellas. Ahora lo siento, pero tengo que colgar. Me esperan.

De nuevo el vacío al otro lado, pero en esta ocasión no se escuchaba respirar. Wiesler había colgado. Aquel hombrecillo no

había dejado atrás el juego de espías al que había dedicado media vida. Con lo sencillo que hubiera sido haber quedado en un café. ¡No! Tenía que ser en un puente con más de seiscientos años junto a una cruz con cinco estrellas. ¿Qué mierda era aquello? ¿Un puñetero juego? Julián se maldecía de nuevo por su habilidad para estar metido siempre en embrollos, y aquello tenía pinta de volver a llevarle a otro lío.

Nepomuceno

Imagine

John Lennon (1971)

Avisó de su inminente viaje a Praga a su amiga Zuzana, una escultora a la que conoció en Barcelona hacía algunos años cuando expuso su obra en la galería Trama. Ella era una joven artista con una proyección internacional prometedora y él, por aquel entonces, un periodista respetado y preocupado de consolidar su carrera. Eran otros tiempos. La vida aún no le había clavado los dientes en sus propias carnes. Aún era de una pieza y no un rompecabezas como en la actualidad. Su amiga Zuzana sería quien mejor podría llevarle hasta la dichosa cruz de cinco estrellas en el Puente Carlos.

Las ruedas del Boeing 737 de Czech Airlines chirriaron de ese modo en el que la fricción del neumático contra la pista puede crisar los nervios del más templado. Fue cuando la mujer levantó la cabeza del hombro de Julián donde había reposado desde pocos minutos después del despegue en Barcelona. El periodista miró a Amanda que trataba de recomponerse de la mala postura mientras buscaba el pintalabios en el fondo de su bolso infinito.

Julián no había podido, ni querido evitar que Amanda lo acompañase a Praga. Cuando le dijo que debía ausentarse unos

días a la capital del Moldava por un asunto de trabajo, la utilera le recordó que tenía una deuda contraída con ella desde hacía demasiado tiempo de visitar aquel lugar. Tal vez no se daban las mejores condiciones. Posiblemente aquella ocasión no se prestaba para hacer turismo, que fue lo pactado en su momento, en uno de los aniversarios de la mujer, uno de aquellos aniversarios que nunca tenían una fecha fija y que era ella misma la que los anunciaba unas semanas antes.

En realidad, Julián sabía que no era sencillamente que Amanda se quisiera cobrar la deuda, también entendía que no estaba dispuesta a dejarle marchar solo, después de haber estado últimamente más tiempo ido que cuerdo. No tendría que habérselo explicado tal como hizo en su viaje a Lisboa. Fue por no oírla protestar y porque prefería ir con ella que no que se lo contara a Gemma y tuviera que lidiar con ambas. Aunque si lo pensaba bien, también necesitaba de su amiga en aquellos momentos, así que se pusieron rumbo a Bohemia y emoción.

—¿Qué sabes sobre Praga? —le preguntó Amanda mientras el taxi les conducía al centro atravesando avenidas flanqueadas de edificios de corte soviético, algunos de los Panelák que hay en la ciudad, las conejeras construidas a partir de los años cuarenta o cincuenta y que consisten en paneles de hormigón prefabricado que permitió dar viviendas «dignas» a millones de personas después de la II Guerra Mundial.

—Sé que hay una cerveza de puta madre. Una cerveza suave y fina que sustituye al agua. En esta ciudad tienen agua de sobra. El Moldava tiene un caudal enorme, así que hicieron muy bien en convertirlo al alcoholismo ¿Necesito saber alguna cosa más?

—¡No! Eso me parece suficiente para empezar. Mejor que pienses en la cerveza que no en tu cruzada. Por lo poco que me has explicado sobre el motivo de este viaje, doy por bueno que tu primer pensamiento sea sobre la Pilsener.

La tarjeta de crédito que le entregó Basté hacía ya bastante tiempo que había dejado de hacer que los datafonos se corrieran al introducirla en su ranura. Su capacidad económica no le permitía optar por mucho más que un hotelito en las cercanías del río, cercano al puente de La Legión y equidistante a la Plaza Wenceslao. Se alojaron en el hotel Pav que le había reservado Zuzana y en el que en otra ocasión de memoria más placentera ya había conocido.

Recordaba que justo al lado de aquel hotel se encontraba U Flekû una de las tabernas más populares de la ciudad. Un lugar poco agradable por encontrarse repleto de turistas, pero donde la Pilsener, o la cerveza morena original de la casa, se servía a cientos de litros al día. Una fábrica en pequeña escala donde bautizar a su amiga antes de dar unos pasos por los adoquines de la ciudad.

No fue una cerveza, ni dos, ni tres. Salieron de U Flekû bebidos y con aquella euforia transitoria que produce la buena bebida, borrachos como para regresar directamente al hotel y dormir una buena curda. Pero ambos metabolizaban el alcohol como si dispusieran de riñones biónicos, que eran la envidia de sus hígados, primos hermanos del paté más etílico.

Con Amanda colgada de su brazo, dirigieron sus pasos hacia la ciudad vieja atravesando la extraña Plaza Wenceslao, que más que una plaza asemeja una avenida. Realmente, en la actualidad es eso, una avenida. Un lugar protagonista en el siglo XX. Aquí se leyó la declaración de independencia de Checoslovaquia, el joven estudiante Jan Palach se suicidó en protesta por la ocupación Soviética, y fue escenario de masivas manifestaciones durante la Revolución de Terciopelo. Nada de aquello ocupaba ni un pensamiento de la pareja que desfilaba a través de la arbolada calle Na Příkope en dirección a la Torre de la Pólvora. Unos metros antes de llegar a la famosa torre que da paso a Stare Mesto, la ciudad vieja, Julián levantó una mano para llamar la atención de la mujer que le esperaba en aquel lugar. Alta, delgada, de piel muy clara disimulada por un

maquillaje rosado bien aplicado, y donde el eyeliner denunciaba que una artista de pulso firme había trabajado el cat eye creando realmente una mirada felina digna de los años cincuenta. Vestida con prendas de corredora, lista para iniciar una carrera o haberla terminado: mayas Nike, chaqueta y camiseta técnica de la misma marca, y una figura que rivalizaba con la de Amanda, a la que no esperaba encontrar acompañando a Julián.

—Zuzana, que alegría volver a encontrarte. Estás igual que la última vez que nos vimos —dijo cortésmente Julián a modo de saludo—. Te presento a mi amiga Amanda, creo que te había hablado alguna vez de ella.

—Hola, Julián. Sí, creo que sí —respondió escuetamente la checa mirando de soslayo a Amanda.

Amanda conocía aquella mirada, aquel modo en que algunas personas percibían su condición sexual desde el rechazo, desde la ignorancia o con una actitud de desprecio irracional.

Amanda se limitó a estrecharle blandamente la punta de los dedos más que la mano que le ofreció escrupulosamente la es-cultora-deportista y por lo que percibió, algo homófoba. Atravesaron la vieja y oscura torre que en el pasado guardó la pólvora y en la que nace la calle Celetná, dando paso a la ciudad vieja. Avanzaron charlando sobre el pasado y los recuerdos hicieron que Zuzana dulcificase el semblante y la mirada a medida que se acercaban a la plaza del ayuntamiento. De pronto Amanda, que no participaba en la conversación y se entretenía admirando los hermosos edificios barrocos, góticos, modernistas e incluso cubistas, y las numerosas tiendas de todo tipo que hay en la calle, se quedó parada y absorta con la torre que se distinguía en un ángulo de la gran plaza.

—¡Coño! El puto reloj astronómico —soltó aquel exabrupto que solo entendió Julián y que a oídos de los checos y turistas que paseaban a su alrededor sonó igual que podría haber sonado: «¡Albricias! El maravilloso reloj astronómico». Aquella era la ma-

nera en que Amanda funcionaba, toca decir coño, puto, pues lo digo y punto. No importa qué piensen los demás, no importa si mi vocabulario no incluye palabras cultas y sí malsonantes. Me la suda. Y se la sudaba de verdad. Julián lo sabía, la entendía y no la juzgaba, todo lo contrario, le encantaba que fuera de aquel modo espontáneo, sincero, fresco, sin encorsetamientos ni reglas fijas; una persona clara y directa.

—Si lo prefieres, puedes quedarte a contemplar el espectáculo que representa el reloj cada hora —dijo Zuzana dirigiéndose a Amanda, y usando su precario castellano—. Faltan pocos minutos para la hora en punto, merece la pena que te quedes a verlo. Mientras, yo acompañaré a Julián hasta el puente para indicarle dónde se encuentra el lugar en el que tiene mañana su cita.

Antes de que la pintora y el periodista desaparecieran por las callejuelas alledañas a la plaza y fueran engullidos por la calle Karlova dirección al río, el mecanismo del reloj medieval inició su centenaria coreografía, dejando a Amanda con su boquita roja formando una ‘o’.

Llegaron al puente cuando la tarde se iba apagando y el crepúsculo se cernía sobre el Castillo de Praga. El cielo encarnado parecía arder sobre los palacios que forman el castillo. Se acodaron en la balaustrada del puente sobre las antiguas piedras. Aquella imagen de la ciudad se había grabado en la retina de Julián en otra ocasión, con la misma compañía que en aquel momento, pero en diferentes circunstancias y otras expectativas.

—Pensaba que vendrías solo —le dijo Zuzana—. No esperaba que vinieras con tu amiga, y dijo amiga dejando un silencio entre «tu» y «amiga» que le dejó claro a Julián su incomodidad por la presencia de Amanda.

—Pues ya lo ves, he venido con mi... amiga —devolvió de revés el periodista.

—Comprendo. Mira —dijo cambiando de tema la checa y señalando al otro lado del puente, hacia la rivera de Malá Strana,

la ciudad pequeña—. Si sigues por el puente, en este lado derecho encontrarás la cruz con cinco estrellas bajo una placa con la imagen del suplicio de San Juan Nepomuceno. Creo que ya te he ayudado por el momento. Cuando tengas tiempo para mí llámame.

Se abalanzó sobre su mejilla, le besó, y dando media vuelta inició una carrera cual gacela grácil de Bohemia, en el caso de que hubiese gacelas en Bohemia.

Regresó hasta el hotel dando un largo paseo. Descendió desde el puente hasta la pequeña isla de Campa que a aquella hora empezaba a ser invadida por las sombras del anochecer. Cruzó el Puente del Amor, y llegó hasta el muro de John Lennon donde los praguenses han dejado sus consignas reivindicativas desde el día de la muerte del Beatle. Buscó un pequeño espacio entre los grafitis, sacó de su bolsa un rotulador y escribió: «Todo va a estar bien. Si no está bien, no es el fin». Aquel aforismo de Lennon movía al positivismo y mejoraba el ánimo de Julián. No lo pudo remediar y se colocó sus auriculares mientras dirigía sus pasos hacia el Puente de la Legión envuelto en los compases de la música que John imaginó y creó para el mundo.

Amanda le esperaba sentada en un tranquilo y agradable rincón del pequeño restaurante que se encontraba en la esquina de la calle del hotel. Mientras esperaba, la mujer absorbía información sobre la ciudad de una antigua guía Lonely Planet. Para leer utilizaba unos lentes, de esos que se compran en las farmacias, que le conferían un aspecto intelectual que seguramente había estudiado mirándose una y otra vez en el espejo, colocando el pulgar y el índice sobre la barbilla con cuidado de no estropear el esmerado maquillaje, y con un rictus de científica o de profesora de literatura.

Cuando llegó Julián, se sentó frente a ella sin hablar, observando a su amiga que estaba absorta en lo que la guía le descubría. La lectora levantó la mirada por encima de las gafas, y como si Julián hubiese estado allá hacía horas le explicó:

— ¡Sorpréndete, Jul! Has venido hasta esta ciudad para re-
unirte con un tipo que debe llevarte hasta otro fulano. Te vas a
encontrar con él en el lugar desde donde se dice que tiraron a un
santo al río. ¿No podría haber escogido otro lugar? ¡Julián, que ya
se ha caído demasiada gente desde las alturas!

—Venga Amanda vamos a pedir la cena y no desvaríes hacien-
do paralelismos sin sentido. Mañana tengo que madrugar.

Aquella noche la terminaron con una charla tranquila y agra-
dable como hacía tiempo que no tenían. Habían pasado dema-
siadas cosas en los últimos meses, pero tal vez el influjo del viaje
o la distancia de su entorno habitual les había permitido volver a
encontrar la buena sintonía que siempre habían tenido entre los
dos. Comieron un sabroso gulash y utopenec acompañados de
Knedlíky, y lo regaron todo con unas excelentes cervezas Svijany
rubias como la mismísima guerrera Sarka. Antes de ir a descansar,
y siguiendo las buenas costumbres acabaron con unos tragos de
Bercherovka.

El taxi amarillo le dejó junto a la iglesia de San Francisco de
Asís, bajo la atenta mirada del Rey Carlos IV, que desde su estatua
imponente hacía el gesto de entregar un documento. Julián lo vio
nada más poner un pie en el suelo y por más escéptico que fuese
no pudo evitar interpretarlo como una señal. Él iba a tratar de
hacer lo mismo aquella mañana: entregar un documento a Lazar.

El acceso al puente a aquellas horas estaba semidesierto, nada
que ver con otros momentos del día en el que miríadas de turistas
lo transitan arriba y abajo. La bruma matutina que emanaba de
las pardas aguas del río confería al puente y sus estatuas un am-
biente espectral que erizaba la piel del periodista. Costaba divisar
el extremo de Malá Strana envuelto en la niebla. Julián avanzó
sobre los adoquines del puente. Soplaba un aire frío que le estre-

meció aún más, e instintivamente le hizo subirse las solapas de la cazadora y guardar las manos en los bolsillos. La mirada al frente en busca del lugar donde parecía advertir la presencia de una figura apoyada en la balaustrada del puente. Apretó el paso mientras pensaba que Gerd Wiesler siempre aparecía como un mago en un espectáculo. Aquel tipo le ponía de los nervios. Efectivamente, allí estaba. Como una estatua más, vestido tal y como Julián lo había visto en las anteriores ocasiones: con su jersey negro de cuello cisne y su traje gris sesentero. Su mano se apoyaba sobre el bloque de piedra que forma la balaustrada donde se encuentra la cruz, cada uno de sus dedos tocaba una de las cinco estrellas. Cuando Julián llegó a su altura, le dijo:

—Siempre que he venido a Praga, he cumplido este rito de colocar mi mano en este lugar, poniendo cada uno de mis dedos en las estrellas, y pedir cinco deseos. La leyenda dice que haciéndolo de este modo se concede uno de los deseos. Hasta la fecha así ha sido. Este lugar es especial, sobre todo a esta hora. Espero que no le haya importunado demasiado que le haya citado aquí. Creía que la receta del mito de esta cruz estrellada podría serle de utilidad. ¿Quiere probar?

—Pensaba que los comunistas no creían en este tipo de cosas. Marx y Engels no predicaban precisamente creencias místicas, los tenía por ser más prácticos. Aunque la frase: «Un fantasma recorre Europa. El fantasma del comunismo», podría abrir la puerta a creencias más esotéricas. Déjeme probar a ver si la magia del puente, Juan Nepomuceno, y Praga me ayudan

Diciendo esto, Julián posó su mano y estiró los dedos hasta tocar las cinco estrellas. Cerró los ojos y quién sabe si pidió algún deseo.

Wiesler le condujo a través de la Pequeña Praga, remontando la calle Nerudova cuando el barrio iniciaba su actividad, los comerciantes abrían las puertas extendiendo sus productos; una librería aquí, un restaurante allá, una tienda de recuerdos acullá...

El viejo espía avanzaba con paso firme junto a la fachada de una casa donde dos atlantes moros parecían abrirles el paso entre los edificios del barrio. Mientras caminaban, al Berlínés se le ocurrió explicarle uno de los cuentos de *Malá Strana* de Jan Neruda. Julián no daba crédito, todo aquello empezaba a ser *sui generis*.

Entraron en los terrenos del barrio de Harzani al dejar Nerudova y continuar por Úvoz. En aquel cruce apareció una increíble tienda-taller de marionetas donde el mismísimo dueño parecía estar colgado de unos alambres que dirigiesen sus movimientos. El esfuerzo físico, el relato que iba narrando Wiesler, las marionetas en la puerta del taller, todo aquello estaba colapsando la frágil estabilidad emocional de Julián. Lo salvó la bella música que emitía el carrillón de la preciosa iglesia de Loreto, que como un bálsamo calmó la angustia que crecía en el interior del periodista. Por un momento se detuvieron a escuchar las campanas del santuario permitiendo a Julián recobrar el aliento y el sosiego. Había estado a punto de colapsarse y aquel remanso de paz, junto con el chute de antidepresivos que se acababa de tomar, le permitía continuar adelante. No por ello dejó de renegar entre dientes contra Wiesler:

—Tengo bastante con el cuento de Neruda. No es necesario más. Además, espero que Lazar no se encuentre más allá de Moravia porque si no se va a quedar sin historia que recuperar.

El viejo Stasi se limitó a seguir adelante impertérrito, como el que escucha llover.

Pocos metros más adelante giró hacia el oeste y se aventuró entre pasillos a través de los edificios. Atravesaron recovecos y escalinatas que recordaron a Julián su paseo por la Alfama lisboeta. De pronto aparecieron en una plazuela, frente a ellos se alzaba majestuoso el Monasterio de Strahov, la Abadía Premonstratense.

—Hemos llegado —dijo escuetamente Wiesler.

—¿Aquí es donde está Lazar? ¿En un monasterio? No entiendo nada en absoluto.

—Sígueme y saldrá de dudas. En un momento nos reuniremos con Lazar y podrá comprender.

Entraron en el monasterio y se dirigieron hasta el Salón Teológico. Por los pasillos encontraron a algunos «hermanos Blancos» como se les llama a los monjes Premonstratenses que saludaron a Gerd Wiesler con deferencia. Julián no daba crédito a lo que iba viendo. Al llegar al salón encontraron reunidos a un reducido grupo de oyentes, entre ellos algún hermano blanco, y frente a un enorme atril que sostenía un incunable de incalculable antigüedad, se encontraba Lazar ataviado con un hábito verde, dando una de sus microcharlas. Julián perdió su mirada en el impresionante techo barroco repleto de ornamentos, molduras de escayola y frescos de una belleza extrema. Bajó la mirada y reparó en los globos terráqueos que se repartían por la sala. El lugar era impresionante, pero aún lo era más aquella escena de Lazar dando una charla en la sala de aquel monasterio, a personajes tan diferentes a los okupas de la casa Köpi de Berlín.

Minutos más tarde la charla de Lazar acababa. El microdiscurso había cambiado ostensiblemente; les acababa de dar una charla sobre antropología teológica.

La sala quedó vacía y Lazar se acercó hasta Wieser y Julián que esperaba poder entender alguna cosa de aquella escena que había presenciado.

—Bueno, Julián, volvemos a encontrarnos en las mismas condiciones en que nos conocimos —exclamó Lazar.

—¡En efecto! Aunque el discurso, tu aspecto, los participantes y el lugar distan mucho de la primera vez. ¿Qué tiene que ver el okupa reivindicativo y antisistema con una especie de teólogo vestido con hábito?

—Más de lo que puedas imaginar. Antes de instalarme en Berlín, formé parte de la comunidad antisistema en la casa Milada, aquí en Praga. Durante mi estancia conocí a uno de los monjes de Strahov, uno de los hermanos blancos, quien escuchó una de

mis charlas. Este monje habló con su abad y me invitaron a dar una charla sobre el reparto de la riqueza en el mundo. Me sorprendió mucho que los Premonstratenses se interesaran por ese tema y más aún porque el orador fuera un antisistema como yo, pero accedí de inmediato. Fue en este lugar donde conocí a Gerd.

—Después de la caída del bloque Soviético —intervino Wiesler— tuve la ocasión de colaborar con los monjes de esta abadía. En la década de los 50, con la abolición forzosa de los monasterios por el régimen comunista, los monjes fueron expulsados. En 1989 la administración del Monasterio volvió a manos de los Premonstratenses y, como le decía, pude colaborar en la recuperación y reconstrucción.

—Me oculté en este lugar —empezó explicando Lazar— para protegerme de la gente de Reyes y recuperarme de las heridas después de que su perro fiel, Arrudi, tratara de acabar conmigo. Aquella bestia se presentó en la Köpi después de una charla, me agarró como si fuera un muñeco y me arrastró hasta un lugar apartado de la casa donde me estuvo machacando con saña. Si no llega a ser porque Gerd llegó a tiempo y le descerrajó tres tiros en su enorme cabeza pelirroja, hoy no lo podría contar.

—Fue la noche que usted encontró en el suelo de la sala la chapa de Lazar —le aclaró Wiesler al periodista—. Después de eso, nos deshicimos del gigante y traje hasta aquí a Lazar. El Abad no podía negármelo. Ahora todo ha acabado para vosotros —siguió explicando—. Tú, Julián, has conseguido destapar para la opinión pública, a través del Taz y de los medios que le han dado cobertura en tu país, el caso de los robos de bebés y has acabado con el canalla que lo encabezaba. Ahora Lazar no es importante para esa gente, él no tiene ningún interés en su pasado con los Basté.

—Es posible —intervino Julián— que no tenga interés en la fortuna de los Basté, pero si estoy aquí es por algo que creo que sí podría ser de tu interés —dijo dirigiéndose a Lazar—, y espero

que usted, a quien escucha de manera incondicional sepa aconsejarle.

Diciendo esto, sacó de su bolsa el documento que le había entregado Amalia en Lisboa, que desvelaba para Lazar la identidad de su madre biológica y se lo entregó.

—Si bien no creo que ni yo ni nadie acabe nunca con esto que tanto tiene que ver con la maldad humana, por el momento sí creo que he cumplido con mi parte. Te deseo lo mejor Lazar y os agradezco a ambos vuestra ayuda en este asunto.

Con estas palabras se despidió de aquellos hombres y se dispuso a salir del Monsaterio de Strahov, marchándose para reunirse con su amiga Amanda en el centro de Praga.

Una forma de hablar

Steer Your Way

Leonard Cohen (2016)

El cielo estaba límpido y azul, surcado de gaviotas nerviosas que graznaban feroces y acechaban sobre Julián que regresaba de uno de sus imaginativos vuelos sobre el Passeig de l'Escullera. Habían pasado algunas semanas desde su regreso de la ciudad del Moldava donde había tratado de cerrar el círculo del capítulo más oscuro de su vida. La tranquilidad de su barrio marinero, el retorno a sus lugares de culto, el regreso paulatino a su espacio en la radio, parecía que le devolvían poco a poco la estabilidad que precisaba para seguir adelante. ¿Adelante? ¿Seguir adelante? ¿Qué quiere decir esa expresión? Julián ya no creía en seguir o no seguir, tan solo vivir, dejarse llevar por la corriente de la vida, fluir. Adelante es dividir la vida en segmentos. Atrás, quedarse parado. Seguir adelante... Es una forma de hablar, podríamos decir, frases hechas. Pero en realidad nos aferramos a esas frases hechas, a esos modos de hablar que de un modo u otro condicionan nuestro pensamiento y hacen que limitemos nuestras vidas a medida que las pronunciamos. Julián quiso romper con esos tópicos, ese tipo de método fonético aceptado inconscientemente por los hábitos y las costumbres. Es algo cultural, algo intrínseco con el que aquel hombre había roto.

El sol le cegaba, aunque no lo suficiente para ver cómo se abalanzaba hacia él aquella niña. La había percibido antes siquiera de verla llegar. Era su Abril, su hija. Se había soltado de la mano de Gemma al ver llegar a su padre. Se fundieron en un abrazo y fue entonces cuando Julián entendió que no todos los deseos se cumplen, pero de cinco uno no está nada mal. La cruz de cinco estrellas dio la razón a Gerd Wiesler una vez más.

Epílogo

Lo que habéis leído forma parte de una realidad novelada, aunque no por ello menos cruda y veraz. Algunos de los personajes son mera ficción, a otros se les ha cambiado el nombre. Hay a quienes, aunque lo hiciese, sería imposible no identificarlos, como en el caso del comandante Manuel Vallejo–Nájera, el que merece ser mentado con detalle, así como a sus jefes y colaboradores. Algunos de los datos mencionados están extraídos de la obra del profesor Ricard Vinyes Presas Políticas © (RBA Colecciones), a quien agradezco su esfuerzo, firmeza y lucidez para analizar tan terribles capítulos de nuestra historia reciente. Otros textos son de las propias obras del Dr. Nájera, y sus pensamientos científicos y políticos.

Soy consciente de que estas páginas no profundizan en ninguna de las causas que abordan. Pasan superficialmente por temas transcendentales que son, para quienes las han vivido, lasas pesadas y difíciles de superar. He tratado de ser lo más respetuoso posible con los distintos colectivos que forman los personajes de la novela. Como en todos los aspectos de la vida, cada caso, cada persona, merecería una historia por sí sola. Aquí se aúnan maneras de vivir con las que nuestra época ha tenido que lidiar, en parte motivado por el hermetismo y la tiranía de cuatro décadas de totalitarismo que hoy en día nos persigue y nos lastra como una secuela que solo el paso del tiempo, la educación y el respeto mutuo será capaz de reparar, siempre que los cielos permanezcan a salvo de las amenazantes nubes oscuras del pasado.

No me queda más que daros las gracias por vuestro tiempo, paciencia y dedicación.

Espero que hayáis pasado un buen rato y os haya podido transmitir algún mensaje.

Índice

Cuervos en el estómago	9
Una primavera oscura.....	17
Pacto con el diablo	21
Presas	33
Fundido a negro	39
Uña y carne	47
Un cura como Dios no manda	55
Pseudociencia	59
Contradicción	63
Punto de inflexión.....	81
Mein Kampf.....	101
El Sol de Ocaña.....	125

La abnegación del gigante.....	135
Una oportunidad.....	139
Único sospechoso	149
Confianza ciega	153
Los hilos de las marionetas	157
El Ángel Caído.....	163
Las mariposas de la isla de Kerguelen.....	173
Una pista de despegue	181
Detendría el sol sobre Lisboa.....	187
Nepomuceno.....	193
Una forma de hablar.....	205
Epílogo.....	207

